

**DIVINA
PROVIDENCIA**
VALÉRIE
TONG CUONG



Valérie Tong Cuong

Divina Providencia

Traducción del francés de Teresa Clavel Lledó Título original: Providence Fotografía de Gary Isaacs / Trevillion Images Ilustración de la cubierta de Elsa Suárez Copyright © Éditions Stock, 2008 Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2009 Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A. Almogàvers, 56, 7 o 2' - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99 www.salamandra.info Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos. ISBN: 978-84-9838-217-4 Depósito legal: B-26.263-2009 1ª edición, julio de 2009 Printed in Spain Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdaguer, 1 Capellades, Barcelona

para Éric

«Soportémoslo, pues, todo con valor, porque las cosas no suceden por casualidad, como creemos, sino a su debido tiempo.»

SÉNECA, De la providencia

OceanofPDF.com

Goodbye Marylou

- ¡Ah, no! ¡En mi taxi ni hablar! ¿Va a limpiar usted la mierda después?
¿Verdad que no?

Noté que el sándwich se me despachurraba entre los dedos. Algo me impelía a reaccionar: contesta, Marylou, vamos, dile que tienes derecho a alimentarte, a que te respeten, dile a este gilipollas que te la suda, porque te la suda, ¿no?

La circulación había perdido fluidez desde hacía unos minutos. Casi las dos menos cuarto. A ese paso no llegaría a tiempo.

- Oiga, perdone, ¿es normal que esto vaya tan lento?

El tipo suspiró al tiempo que movía su cabeza medio calva.

- Bueno, depende...

- Lo que quiero decir es cuánto cree que tardaremos en llegar.

- ¿Le parezco un adivino?

- No, claro que no. Lo digo porque llevo mucho retraso.

- Como todo el mundo -respondió él tamborileando con un dedo en el volante.

Por un momento pensé en esas frases fantasmas, esas contestaciones feroces, esas miles de réplicas nunca dichas, sofocadas para siempre, invisibles, en esas garras desafiantes que jamás han salido de mi cuerpo.

Ahora estábamos parados. Delante de nosotros, un hombre había bajado del coche y observaba el atasco.

- ¿Qué pasa? -preguntó el taxista tras bajar la ventanilla-. ¿Quién ha organizado este cacao?

- No veo muy bien -contestó el hombre-. Parece que es un camión de reparto que intenta meterse en la calle peatonal y se ha quedado atascado en el cruce. Va a costarle pasar.

- ¡Vaya mierda de barrio!

El taxista apagó el motor. Alrededor, los gases de los tubos de escape rielaban al sol. Las trece y cincuenta minutos. Manos sudadas, corazón en un puño, tremendas ganas de ir al baño. Yo tampoco era adivina. Sin embargo, vislumbraba mi futuro inmediato en una pantalla gigante. El señor Farkas saldría hecho una furia de su despacho en cuanto me viera. Me arrebataría el bolso de las manos y empezaría a gritar poniendo a toda la planta por testigo: «Pero ¿ustedes ven a esta tía? ¡Será plasta! ¡Más inútil y no nace! ¡Si no es capaz ni de hacer unas fotocopias a tiempo!» Luego cogería los expedientes, lanzaría el bolso al suelo con rabia y acabaría de humillarme con una frase como: «¡Ah, y haga algo por usted, Marylou, suda usted más que un trozo de mantequilla al sol, es una dejada, muchas gracias por dar una imagen tan buena de la empresa!»

No hacía falta ser adivina para saber que nadie rechistaría. Todos bajarían la cabeza, se pondrían a rebuscar algo en un cajón, fingirían hablar por teléfono. Contentísimos de tenerme como pararrayos.

Yo no se lo tomaría en cuenta; si estuviera en su lugar, haría lo mismo. Hace mucho que me resigné, la clase de los oprimidos tiene su propia jerarquía. Estoy en el peldaño más bajo de la escala. «Pero, aun así, en la escala», señaló el señor Farkas la única vez que en diez años me atreví a pedirle un aumento. «¿Es que delira, Marylou? ¿En qué mundo vive? ¿Cree que forma parte de los desfavorecidos? Le explicaré cuál es su situación: con el salario mínimo y el subsidio de madre soltera, cobra usted al mes más que un obrero cualificado. ¡Váyase con ojo, Marylou, no tengo más que dar una patada a la pared para que caigan del techo quince como usted!»

El señor Farkas me asusta, me hace daño, pero tiene razón: me las apaña bien. No hay más que echar un vistazo alrededor. Aquí, por ejemplo, en esta calle colapsada que apesta a muerte: ese indigente que a duras penas se tiene en pie, con la mano a modo de visera para protegerse del sol. Debe de tener cinco o diez años más que yo, pero parece un viejo. Está solo: si se

abandona, es que nadie se interesa por él... y que a él no le interesa nadie. Esa es mi teoría: basta sentirse responsable de alguien para salir adelante. ¿La prueba? Mi Paulo y yo. Por más palabras nuevas que invente el señor Farkas para insultarme, por más que casi todos los días me haga tirar el café que acabo de llevarle pretextando que está frío, o demasiado fuerte, o no lo suficiente, no tengo más que pensar en la sonrisa de Paulo para olvidarme de todo. O mejor aún, en su última redacción: describe una situación embarazosa de la que hayas sido testigo. Mi Paulo contó la tarde en que su profesor de lengua dio la clase delante del inspector con un resto de lechuga entre los dientes. Yo le dije: ¡Paulo, eso es suicida, piensa otro tema! No, contestó él, no podría dar con una historia tan divertida, y menos si hay que inventársela.

Al día siguiente, el profesor le devolvió la redacción colorado como un tomate: ¡Qué cara más dura, Paulo! Y le puso la mejor nota de la clase. Ése es Paulo, mi paraíso, mi baza secreta.

- Tenemos para rato, se lo digo yo.

Me sobresalté. El taxi no había avanzado ni un centímetro. El indigente, el sol, las agujas de mi reloj. Quince cayendo del techo, Marylou.

- Me bajo aquí.

- Lo sabía -dijo el taxista, volviéndose-. Lo raro habría sido que siguiera. Y yo me meto la carrera por donde me quepa, ¿no?

Un san Cristóbal luminoso se balanceaba colgado del retrovisor. Mucho menos eficaz que un Paulo, seguro. Añadí diez euros a la cantidad que marcaba el taxímetro, pagados de mi bolsillo mientras experimentaba la sensación confusa y familiar de ser cobarde e idiota a la vez. Después fui corriendo en zigzag entre los coches hasta la boca del metro. El peso del bolso me destrozaba el hombro. Cinco expedientes de ciento cincuenta páginas, más las carpetas de anexos... Debería haber cogido una mochila, pero ésa era justo la clase de idea que siempre se me ocurría demasiado tarde.

El señor Farkas había insistido en que la reunión se celebrara en nuestros locales. Estaba prevista para las tres. Yo no sabía nada del asunto, salvo por el sibilino orden del día que había mecanografiado esa mañana y la tensión reinante en la oficina desde hacía cuarenta y ocho horas, peor que

de costumbre. Algunos jefes susurraban agitando calculadoras de lo más sofisticadas. El señor Farkas iba de un lado para otro apretando los puños. Rompía los periódicos sin siquiera haberlos abierto. Hay que reconocer que muchas veces se leían críticas violentas en esos diarios, que lo tachaban de enterrador, de aprovechado, de buitres, algo que lo sacaba de sus casillas. Su sociedad compraba empresas al borde de la quiebra y las relanzaba, para luego venderlas y obtener así grandes beneficios. Corría el rumor de que ganaba mucho dinero, sumas astronómicas que depositaba en el extranjero a fin de evadir impuestos. Incluso se mencionaba el blanqueo, la mafia rusa... y es cierto que por nuestros pasillos a menudo te cruzabas con rusos. Seguramente eso explicaba la visita, una mañana de la semana anterior, de una mujer menuda de pelo gris muy corto. Por supuesto, nadie me había dado la menor explicación, pero yo no era tan idiota: la mujer iba escoltada por dos policías armados hasta los dientes y parecía de un humor de perros. Durante el tiempo que había durado el encuentro con el señor Farkas, los policías habían estado vigilando la planta ceñudos, sin apartar el dedo del gatillo, como si esperasen un ataque terrorista. Habían conseguido que me asustara. Al cabo de un rato, la mujer se había marchado flanqueada por su escolta, con más cara de malas pulgas si cabe. Después de haberlos acompañado hasta el ascensor, el señor Farkas había llamado al director financiero a su despacho y lo había cogido por los hombros con una familiaridad sorprendente. Saltaba a la vista que estaba satisfecho de la jornada.

El pasillo olía a sudor y polvo. Oí llegar el tren cuando me disponía a pasar el torniquete. Entonces pensé en Paulo, al que le repito a diario que nunca corra para coger el metro. Pero Paulo no trabaja para el señor Farkas, y si pago a un estudiante de la Politécnica (sí, de la Politécnica) para que le dé clases de repaso dos veces por semana es precisamente para que pueda aspirar a una vida diferente de la mía. Así que eché a correr como una loca mientras el bolso me golpeaba cruelmente el omóplato, bajé los peldaños de la escalera de cuatro en cuatro al tiempo que sonaba la señal y me metí de cabeza en el vagón justo cuando se cerraban las puertas.

- Lo ha pillado por los pelos -dijo una señora sentada en el primer banco.

- Sí -contesté.
- Pero es peligroso...
- No me gustaría quedarme sin trabajo.
- Comprendo -dijo, con la mirada perdida.

La miré más de cerca. Tenía algo desazonador. Intenté ahuyentar la sensación, pero no, imposible. De repente, supe lo que ocurría: esa mujer se parecía a mí. Volví la cabeza, observé a las personas que había alrededor: todos nos parecíamos. Quizá no compartiéramos los mismos rasgos, ni el mismo color de piel o pelo, ni éramos del mismo sexo, pero la mayoría tenía la misma forma de curvar los hombros y relajar el vientre; pertenecíamos al mismo pueblo, estábamos agotados por los mismos combates.

Mientras el tren se ponía en marcha, conté las estaciones para calcular el tiempo. Seis estaciones, más cinco minutos a pie, o sea, dos corriendo. Llegarás a tiempo, Marylou. Tendrán sus preciosos expedientes, tan preciosos, por cierto, que te has visto obligada a cruzar media ciudad para que los fotocopien en un sitio «seguro», según el señor Farkas. Unos kilómetros más en mi contador personal. Una gota de agua comparada con el resto, una hora y media de ida y otro tanto de vuelta todos los días entre autobús, metro y tren de cercanías. Me niego a legarte eso, Paulo. Tendrás medios para vivir bien, te lo prometo.

Su voz en mi corazón, su voz ronca, mi niño ha hecho el cambio antes de tiempo. Dice: ¿Te das cuenta, mamá?, dentro de nada estaré acabado, será demasiado tarde para las carantoñas.

- ¿Acabado, Paulo?
- Claro, seré mayor del todo, ¿no?

Se queja de mi ausencia. Dice que preferiría que cobrase el subsidio de desempleo y estuviera en casa, en lugar de cobrar el salario mínimo y estar en galeras. Esas palabras en su vocabulario a los doce años recién cumplidos... me pregunto si es normal.

- Y las clases particulares, ¿cómo las pago, Paulo?
- No las necesito, estoy dotado para las mates, la profe lo ha dicho.

Lo peor es que tiene razón. Calcula de maravilla. Este chiquillo parece que nació con una calculadora de serie. Con su metro treinta y nueve de

estatura, Paulo me explica que quien más necesita las clases del estudiante de la Politécnica soy yo. A su manera, desde luego: tiene dotes para la diplomacia.

- Estoy más tranquila si te controlan.

- Justo eso es lo que quería decir, mamá.

Desde que ha empezado la secundaria, Paulo ha cambiado. Sigue teniendo la cara redonda y la piel suave, pero sus ojos son diferentes. Hay momentos en que parece que se sumerge en los seres, en los objetos, que se pierde en ellos. Y al instante siguiente, zas, suelta uno de sus chascarrillos. Porque mi Paulo es ingenioso. Capaz de hacer reír a un muerto a cualquier hora del día o la noche. Se mueve entre dos mundos, la fantasía y la razón, la rebeldía y la sensatez. Se interroga. Me interroga. También está cansado. El trayecto para ir al colegio apenas es menos largo que el mío, pero hay una buena causa: en nuestro barrio no podía seguir, era un asesinato en toda regla, como dijo la directora el día que me convocó. Yo estaba impresionadísima, y ella no me dio tiempo para pensar.

- Mire, conozco un excelente centro de secundaria, el director es amigo mío. Paulo tendrá que darse una buena caminata, pero vale la pena, créame.

En menos de cinco minutos, el asunto estaba arreglado. Yo no sabía si derrumbarme o alegrarme. Por una parte, no había elegido nada, como siempre; la directora había decidido por mí. Por otra, era la primera vez que alguien me ayudaba. ¡Tenía un enchufe! ¡Un privilegio, un favor! No estaba previsto en absoluto que esas cosas fueran a pasarme, así que no iba a quejarme, ¿no?

¡Y a Paulo, había que verlo! ¡Rebosante de orgullo, con lágrimas en los ojos!

El chirrido del acero en los raíles. La brutalidad del frenazo me empotra contra el asiento. Debo de estar soñando. ¿Se trata de un complot? La voz del conductor resuena en el vagón de metro: «Señoras y señores, a causa de un accidente de usuario, nos vemos obligados a permanecer parados hasta nuevo aviso.»

Vale. Esta vez, Marylou, no te libras. Tenía que pasarme hoy. A mí. ¿Por qué? «La reunión del año. Todo el mundo en sus puestos, y que no se mueva ni un pelo», advirtió el señor Farkas. No se conformará con una

bronca, ni hablar. Va a ponerme de patitas en la calle ipso facto, así de sencillo. Ya pude verlo en acción con la contable el mes pasado. Hará venir a la directora adjunta, una horrible mujer guapísima, altísima y maquilladísima que es la encargada de personal. Me empujará hacia ella y le dirá: Despido inmediato, que se largue, no quiero volver a ver a esta gilipollas, y que no la oiga ni chistar, o le endilgamos falta grave y adiós al subsidio.

Estaba muerta de calor. Me faltaba el aire. La cabeza me daba vueltas. Todos mis sueños, todos mis planes al traste. El cine del sábado con Paulo. Las vacaciones en la playa este verano. La inscripción en yudo.

- ¿No se encuentra bien? -preguntó la señora de enfrente.

No, no me encuentro bien, señora. Tengo la sensación de que voy a morirme. Desde hace diez años vivo atenazada por el terror de que llegara este día, y aquí está, sucede en este momento, aquí, delante de usted. Me he pasado diez años doblando la cerviz. Cerrando las escotillas desde las nueve de la mañana hasta las seis de la tarde para no ver ni oír en qué me he convertido. Diciéndome por la noche en mi cama: Otro día ganado, Marylou. He avanzado sorteando obstáculos. Manteniendo el equilibrio. Y de repente, un paso en falso. Un pie sobre la zona resbaladiza, el principio del fin.

En el vagón, la gente hacía comentarios.

- «Accidente de usuario», eso es lo que dicen cuando alguien ha caído en las vías.

- ¡Vamos, que se ha suicidado! La verdad es hay que estar desesperado para tirarse al metro.

- Una vez saltó uno desde el andén donde yo estaba. Creí que iba a vomitar; la sangre salpicó hasta los carteles publicitarios. Fue repugnante.

- Al parecer hay dos casos de éstos a la semana, imagínese.

La señora sacó un paquete de chicles y me lo tendió.

- Tome uno. Tiene mala cara.

Rehusé con la cabeza, pues la angustia me había dejado sin habla.

- Si lo que le preocupa es el trabajo, en la ventanilla le harán un justificante.

No me sentí con ánimos para contestar; compartir mis desgracias nunca ha sido mi estilo.

- Hay que mirar las cosas por el lado bueno -insistió la señora-. Yo, cada vez que un accidente me hace ir más despacio, en la carretera, por ejemplo, pienso que tengo suerte, que podría ser mi cuerpo el aplastado bajo la chapa hecha un acordeón.

Por favor, que se calle. En el edificio lujoso, junto a los muelles, deben de estar tomando asiento en la gran sala de reuniones. A estas horas, el señor Farkas ya ha decidido mi suerte. Contagia su nerviosismo a Mélanie, la chica de recepción, que ha cometido el error de no llamarlo para avisarle de que los expedientes habían llegado. ¿Cómo iba a hacerlo?

El tren se puso en marcha con lentitud.

«El servicio queda interrumpido hasta nuevo aviso -anunció la voz del conductor-. Se ruega a los pasajeros que bajen en la próxima estación.»

Pensé en el suicida. Pensé en ese mundo que llevaba dos horas recorriendo. Un atasco monstruoso, un vagabundo tambaleante, un taxista de mala uva, un suicida. Y dentro de nada, mi carta de despido. Hay que ver el lado bueno de las cosas, había dicho la mujer. Pero no conseguía ver más que a Paulo, que muy pronto sólo verá en mí a una madre fracasada, rota, incapaz de darle lo que merece.

Estábamos en el andén. Los últimos pasajeros salían del tren; por un instante, me entraron ganas de tirar los expedientes a las vías. Suicidio de las famosas informaciones ultraconfidenciales. La reunión del año hecha confeti. Por puro gusto.

- Adiós y ánimo -se despidió la señora.

Si no paraba de correr, podía llegar a mi destino hacia las tres y diez. No había practicado deporte desde la infancia, pero estaba en buenas condiciones físicas. Al menos desde ese punto de vista tenía suerte: había nacido en una época en que los pobres podían aspirar a gozar de buena salud. Mis padres me alimentaban a base de fruta y verdura comprada a precios insignificantes a los pequeños productores del mercado, y estaban tan pendientes de mi higiene como de un cazo de leche al fuego. No estaba expuesta ni a padecer obesidad ni a tener caries. Nunca había fumado. Era

fuerte, resistente, infatigable, no de esos que echan el hígado por la boca a los cien metros, ni siquiera en pleno verano. ¡Vamos, Marylou, corre!

En la calle, mi carrera molestaba a los transeúntes. ¿De dónde salía esa chica con la cara sudorosa, que corría como si le fuera la vida en ello? Corría porque tenía que hacerlo. Porque eso aún dependía de mi voluntad. Corría porque era mi trabajo llevar los expedientes. Sabiendo lo que me esperaba, otros habrían tirado la toalla, se lo habrían tomado con calma, habrían parado para beber agua, pues estaba prácticamente deshidratada. Pero era más fuerte que yo. «Ser bueno a veces no es tan bueno», suele repetir Nadège, mi vecina de rellano, con quien a veces me tomo un café cuando Paulo no está. Tiene razón, es un problema mío, me entrego demasiado. Pero ya soy muy mayor para cambiar. Además, ¿para qué? ¿Por quién? En vez de convertirme en otra persona, prefiero reducir mi campo de acción. Esa es mi táctica para limitar los abusos. No intento hacer amigos. Mi única familia es Paulo, y en cuanto a los hombres, este tema se acabó desde que su padre se fue; podría decirse que me inmunizó. Amigos, amantes y marido, sinceramente no, así de claro. Puesta a llevar sola sobre mis hombros mi vida y la de Paulo, prefiero evitar los espectadores y estar concentrada.

Empezaba a notar un calambre más abajo del ombligo. No valía la pena que mirara el reloj, ya estaba llegando.

Paulo me había enseñado un truco que había aprendido de su profe de yudo: aísla tu dolor y hazlo desaparecer. Traza un círculo imaginario y encierra dentro tus sufrimientos.

Había llegado a la puerta del edificio. Al cabo de un minuto como máximo, todo habría acabado. El señor Farkas explotaría y después el tiempo se detendría. El vientre dejaría de dolerme.

Unos metros, Marylou. El vestíbulo lujoso, las plantas exóticas, el mármol italiano, el conserje, el ascensor.

Las puertas estaban abiertas de par en par. Me metí de cabeza en el ascensor y pulsé el botón.

Royal Albert Hall

El cambio climático es un asunto feo para nosotros. Me refiero a quienes tenemos más de setenta y cinco años. Dicho esto, también es otra razón para llevar a cabo la misión que me he impuesto. Al ritmo con que nuestro querido sistema está destruyendo el planeta, el calor podría matarme antes que el cáncer. Aunque... He de confesar que cuando Martin, mi médico, me informó hace unos meses de los estragos de la enfermedad, sentí como un puñetazo en el estómago. Setenta y ocho años, más de cincuenta recorriendo el mundo a lo largo y ancho sin un solo tropiezo. Hasta los resfriados puedo contarlos con los dedos de una mano. Y de repente un cáncer, figúrense.

He sido presuntuoso: como el destino me había tratado muy bien, había imaginado que moriría de viejo en la cama, a ser posible mientras durmiera, sin molestar a nadie, ni a mí mismo. Cambio de planes, pues. Al pobre Martin le temblaba la voz cuando me expuso sus conclusiones. Por motivos evidentes, no nos vemos con frecuencia, pero sé que me aprecia. Aunque cada uno con su estilo, nos parecemos: dos solitarios, dos refugiados voluntarios que huimos de los demás tanto como de nosotros mismos, él en sus quirófanos, yo en las grandes obras en construcción.

- Bueno, Albert, cómo te lo explicaría... mmm... Iré al grano, sí, sin duda es mejor, ¿no? Sobre todo tratándose de ti, que detestas los ambages, los rodeos, las perífrasis... Entonces, bueno... para que me entiendas...

- ¿Es cáncer?

Tiempo atrás, había sentido un extraño dolor en un testículo. Al palparlo, había notado un abultamiento duro. Después, los trastornos

digestivos habían empezado a ser cada vez más frecuentes. Comenzaba a sospecharlo. Hicimos las pruebas. Confirmado: cáncer en el testículo izquierdo. Hasta ahí, estaba tranquilo: ya se sabe que se opera muy bien. Además, las secuelas, a mi edad...

- Desgraciadamente, hay también metástasis en el pulmón -había añadido Martin bajando el tono-. La situación es...

¿Grave? Bastante. ¿Cómo de bastante? Bastante para que ingreses mañana a primera hora en el hospital.

- Ah.

La ventaja de haber cumplido setenta y ocho años es que no tengo ninguna reunión que cancelar, ninguna firma de contrato que retrasar, ningún accionista al que tranquilizar. Y la ventaja de ser un viejo solterón es que tampoco hay muchas personas a quienes apenas, ni siquiera a quienes avisar. Aun así, telefoneé a Dan. Nos vemos en contadas ocasiones, pero la familia es la familia, ¿no? Se mostró amable... o educado, resulta difícil decirlo. Insistía en ayudarme. Qué proposición superflua: después de setenta y ocho años viviendo solo, uno está organizado.

Tomé la decisión tras unos días de tratamiento y sin entusiasmo. Que yo recuerde, nunca me he sentido unido a mi hermana. De pequeña ya era un ser incapaz de sentir y manifestar ternura. Seca con mi madre, recelosa con mi padre, distante conmigo. Guapa, tan rubia como yo moreno, la piel clara y las extremidades finas, cuando yo tenía espaldas de nadador, piel mate y facciones toscas. Y a pesar de su carácter irritable, fue mimada, agasajada, adorada por mis padres, mientras que yo recibía una educación basada esencialmente en reprimendas y castigos.

A los veintidós años se había casado con un tipo de una fatuidad insoportable que, pese a ello, fue acogido como un héroe: había domado a la fiera. Yo acababa de cumplir veintisiete y su aparición en mi espacio vital supuso para mí la señal de salida.

- Quiero saber la verdad, Martin.

Hablando claro, quiero saber cuándo voy a palmarla. No juegues conmigo a ver cuál de los dos es más listo. Necesito la estimación más precisa posible. Nada de «aproximadamente» ni «más o menos». Recurre a las estadísticas, Martin. Mójate. Yo soy un hombre de números, ya lo sabes.

- Como supondrás, estamos haciendo lo posible -dijo él suspirando hondo-. Sin embargo, la enfermedad nos ha tomado la delantera. Si hubiéramos tenido indicios antes... pero ahora... Albert, cómo te lo diría...

Te propongo que llames a las cosas por su nombre. Debe de ser la palabra metástasis la que se te queda atravesada en la garganta, ¿no, Martin? Nunca he oído a nadie pronunciarla sin bajar la voz, incluidos los médicos. Así que no hay necesidad de circunloquios, la operación de las pelotas era el *appetizer*, muy bien. Ahora llegamos al plato fuerte. Vamos, adelante, dilo.

- Unos meses. Como máximo un año, siendo optimistas.

Mierda. Es poco, qué narices. Me creía más fuerte. Mi vientre sólo encaja a medias la noticia y se pone a hormiguar.

¿En qué piensa uno cuando le queda un año para hacer funcionar el cerebro, los miembros, el corazón? Yo puedo decírselo, pues ahora lo sé. Dejemos a un lado la fase de angustia, de rechazo, de negación. Aunque, por supuesto, te angustias, te resistes con uñas y dientes durante un tiempo... tampoco demasiado. Entonces piensas en *la huella*, te preguntas: ¿Qué voy a dejar? ¿Qué quedará de mí, de mi ser, de mi alma? Presientes que, una vez reducido a cenizas y dispersado a los cuatro vientos, la memoria de los otros puede hacerte vivir, en el mejor de los casos, unos años suplementarios. No te resignas tan fácilmente a desaparecer de la faz de la tierra, así que intentas erigir tu pequeño monumento personal.

Nunca fundé un hogar. Rompí cuidadosamente mis escasas relaciones amorosas por miedo a que me destruyeran antes de tiempo. Me dediqué en cuerpo y alma a mis proyectos como arquitecto y más adelante a mi empresa. Decían que había triunfado, expresión que detestaré hasta mi último suspiro. La verdad es que había aprendido. Había visitado más de cien países, estudiado siete lenguas, leído cientos de libros, conocido a miles de personas. Sin embargo, jamás desapareció una sensación de agujero abierto en el abdomen que se apoderaba de mí sin previo aviso y noche tras noche me dejaba al borde de las lágrimas. Mi nombre figuraba en letras enormes en la fachada de edificios en París, Washington, Madrid y Berlín. También escalaba en neón azul rascacielos de Shanghái, Hong Kong y Tokio. Era conocido, reconocido, apreciado, respetado. Me presentaban

como un erudito, como un espíritu libre e incluso a veces como un ejemplo. Tenía más condecoraciones que un ministro. Todo en vano: el agujero no se cerraba.

Al poco de casarse, mi hermana Clélia había dado a luz a un niño tan guapo y rubio como ella: Dan, al que mi madre de inmediato quiso con locura. Descanse en paz, pero ese amor me hizo mucho daño. Dicen que el papel de abuelo permite otro punto de vista; en unos años mi madre prodigó a su nieto más ternura y atención de las que me concediera en toda su vida. Mientras yo ponía todo mi empeño en sacar matrículas de honor para que se sintiera orgullosa de mí, a Dan le bastaba existir para que lo venerara.

¿Podrás ver, mamá, este último gesto que hoy te dedico? En tu nombre, los haré felices: a Dan, a Clélia y hasta al cretino de su marido. Dentro de poco más de dos horas, su vida dará un vuelco. Quienes tan mal han disimulado sus celos y su acritud, lo celebrarán con champán y me besarán como si siempre me hubieran querido. Porque el fruto de mi trabajo durante cincuenta años, de mi sudor, mis obras de arte, cuentas corrientes, muebles e inmuebles, todo será para Dan y Clélia, y por una sola razón: porque tú lo habrías deseado.

Si por lo menos no hiciera tanto calor... Había pensado ir andando hasta el despacho del notario. Quería sentir mis articulaciones, dejar que la planta de los pies se aplastara contra el zapato, contar los pasos, observar las rejas que rodean los troncos de los árboles, ahuyentar a las palomas, levantar los ojos para descubrir alguna maravilla arquitectónica en una fachada cualquiera. Pero el sol se entretenía en secarme los bronquios. Pobre Albert, ¿qué ha sido de tu cuerpo atlético? Hace poco, te complacías en repetir a tus setenta y ocho años series de abdominales a diario. Dos meses más tarde, te quedas sin aliento tras veinte minutos de paseo.

A unos metros de distancia, un taxi esperaba aparcado en la parada. Estaba de suerte, pues a esta hora normalmente es imposible dar con uno Ubre.

- ¿Adónde va? -refunfuñó el taxista mientras me metía en el coche-. Le guste o no, le advierto que hay zonas donde no pondré las ruedas de mi taxi. -Lo fulminé con la mirada: no vale la pena gastar saliva, la autoridad no exige ninguna explicación de manual-. Era una manera de hablar -añadió el

hombre, con un deje de inquietud-. Es que desde esta mañana, con este calor y los atascos, sólo he tenido problemas.

Un san Cristóbal con luz intermitente, especialmente feo, se balanceaba colgado del retrovisor. Le di la dirección del notario.

- Eso está hecho -dijo el taxista arrancando.

Lo más doloroso, al fin y al cabo, llegó después de Dan. Cada vez que hablábamos por teléfono, te lamentabas: «¡Tu hermana podría darme una nieta! Todas mis amigas tienen montones de nietos, y yo sólo a Dan. ¿Cuándo va a decidirse?»

Nunca supusiste que yo también pudiera darte esa alegría. Una o dos veces mostraste vagamente tu sorpresa por el hecho de que siguiera soltero, así, sin más. Es verdad que no daba muchos motivos para esperar nada. Aun así, esa indiferencia ingenua me rompió el corazón. Desde que el mundo es mundo, y a juzgar por mis lecturas y experiencias, las madres sólo siguen dos pautas en el trato de sus hijos varones: la fusión, y entonces los miman hasta la asfixia, o la abnegación, y en ese caso los sirven sin límites. ¿Por qué tuve que ser yo la excepción de la regla?

A medida que avanzábamos, la circulación se volvía más fluida: en los barrios elegantes, la muchedumbre no se adentra y raramente hay retenciones. A ese paso, llegaría con una antelación de media hora larga. Y cuando te queda un año de vida, no malgastas media hora hojeando un diario económico en la sala de espera de un notario.

- Lléveme a L' Adorée, vamos a hacer una pausa.

- ¿Dónde está?

- Es el salón de té que queda al final de la avenida.

Entre las diferencias horarias, las reuniones interminables, las teleconferencias, las preaperturas de las Bolsas, los consejos de administración y las visitas a las obras, mi cuerpo se había olvidado de los placeres sencillos, como degustar un pastel regado con una copa de champán.

El taxista me dejó ante la puerta de hierro forjado. En el interior, una decena de personas esperaban que las atendieran devorando con los ojos el expositor. Fresa silvestre, chocolate amargo, rosa, pistacho, cien variedades se ofrecían a la glotonería. Vamos, Albert, demuestra originalidad por una

vez: ¡cuando a uno le queda poco tiempo por delante, se vuelve audaz, explora!

- Y usted, caballero, ¿qué tomará?

- Un pastelillo de violeta.

La joven dependienta me entregó mi trofeo.

- ¿Y la señora? -preguntó a continuación.

Detrás de mí, una mujer con traje de chaqueta, pelo recogido en un moño, collar de brillantes y facciones maduras desplegaba una sonrisa glotona.

- De violeta, qué buena idea. Jamás se me habría ocurrido.

- Lo siento, le he servido el último a este señor.

- Vaya... -dijo la mujer-. Para una vez que me lanzo...

- La violeta es más apropiada para una dama -intervine tendiéndole el pastelillo-. Yo tomaré un ópera, señorita.

Me senté junto a la ventana. Fuera, el taxista esperaba apoyado contra el coche, todavía enfurruñado. La mujer salió del salón de té con expresión alegre y agradecida. La vi tirar el envoltorio a una papelería y morder con ganas el pastelillo. Después dobló la esquina y desapareció.

El sabor del chocolate. El burbujeo del champán en la copa. Es el bautizo de Clélia, sólo tengo cinco años. Mamá ha decorado la casa como un castillo de cuento de hadas: la escalera está cubierta de hiedra y azucenas; unos farolillos proyectan en todo el jardín una luz mágica y la cuna de mi hermana destaca sobre una alfombra de plumas de oca inmaculadas, mientras que del techo cuelgan unas guirnaldas de flores de seda realizadas con esmero por mis tías.

Hay bullicio, gritos de alegría, canciones. En el alborozo general, nadie está pendiente de mí. Terriblemente solo, me zampo la mitad de la tarta antes de desmayarme y vomitar, inconsciente, con la cabeza bajo la cuna.

- ¿El señor desea algo más?

- La cuenta, gracias.

Subí de nuevo al taxi. El taxista estaba escuchando una emisora de informativos.

«Dramática explosión en un inmueble situado a orillas del Sena -decía el locutor-. Todavía se desconoce el número exacto de víctimas. Los

equipos de socorro se encuentran en el lugar de los hechos, así como la policía, que ha iniciado las primeras investigaciones para determinar la causa del siniestro.»

- Estamos apañados -comentó el conductor-. Otro atentado de los árabes.

«Mucho más afortunado ha sido un hombre que se ha tirado a las vías en el metro de París y sólo ha sufrido fracturas leves», prosiguió la voz.

- ¡Bah...! Si en lugar de tirarse se pega un tiro, no hay milagro que valga, se lo aseguro.

«El tiempo: Podrían producirse tormentas al final del día, acompañadas de fuertes lluvias.»

- Déjeme aquí -le ordené al taxista antes de que le diera tiempo a añadir otro comentario sutil.

Se había levantado una ligera brisa que volvía el aire respirable. Terminé el trayecto a pie sin dificultad, contento de estar un momento solo. En la calle, sombreada por árboles centenarios y flanqueada por inmuebles señoriales, reinaba una calma total. Allí la vida debía de ser de una tranquilidad desesperante, animada como mucho por el paso de colegiales bien educados peleándose por la merienda, o por los ladridos de esos perros en miniatura que tanto gustan a la cuarta edad acomodada. En resumen, el marco perfecto para el despacho de un notario.

No tuve que llamar abajo, pues la puerta estaba entreabierta. En el interior reinaba una actividad intensa que contrastaba con la inmovilidad exterior. Varios pasantes iban apresuradamente de un lado a otro cargados de expedientes, con los ojos fijos en la punta de sus zapatos, en un silencio extraño. El grosor de la moqueta, los cortinajes, la discreción de los timbres de teléfono, todo parecía calculado para evitar el menor ruido. De pronto me sentí incómodo.

- Espere en la sala -sugirió una de las recepcionistas-. El señor Jambert va con unos minutos de retraso.

Me dirigí hacia la doble puerta blanca. En el momento que iba a empujarla, oí la voz aguda de Clélia.

- Lástima que papá y mamá ya no estén en este mundo -decía-. Esto los habría reconfortado.

¿Era posible que por fin compartiéramos una opinión?

- No vendas la piel del oso antes de haberlo matado -oí decir a Dan-. No estamos seguros de nada.

- ¿Por qué, si no, nos habría convocado aquí? De todas formas, sólo nos tiene a nosotros.

- Nunca hemos estado unidos -añadió Dan-. En particular vosotros dos.

- Lógico -repuso Clélia.

- En cualquier caso, nos ha tocado la lotería -intervino de pronto mi cuñado con su voz de falsete-. ¿Te imaginas si tus padres hubieran escogido a otro? Al de la cuna de al lado...

Retrocedí un paso, de forma instintiva. Pero un paso más o menos no cambiaba nada, ya que oía perfectamente.

- Yo conozco a unos -dijo Dan- que se dieron cuenta al cabo de dos meses de que el crío que les habían endosado era trisómico. Por suerte, sucedió en el extranjero y pudieron devolverlo. Es terrible confesarlo, pero no seamos hipócritas, yo habría hecho lo mismo en su lugar.

Notaba una opresión en el pecho. Inspira, Albert.

Esas miradas de mi madre... ¿Mi madre?

Recuerdo frases olvidadas: «No sabes la suerte que tienes», «Los hay desagradecidos».

Un vacío en el vientre.

A pocas personas les comunican dos veces en una misma vida la muerte de sus padres. Pues mira, te ha tocado.

Inspira de nuevo, Albert. No vas a palmarla ahora, ¿no? ¡Seguro que tienes algo mejor que hacer, compañero! Hace diez minutos te sentías solo en el mundo; ahora sabes que lo estás. Los parámetros acaban de cambiar.

- Bueno -dijo mi cuñado-, ¿qué puñetas hace Santa Claus? ¿Quiere prolongar el suspense o qué?

Entré.

- Hola a todos. Me alegro mucho de veros.

Dear Prudence

De pronto, mis tripas hicieron un ruido raro. Metálico y huidizo. Música, habría afirmado mi abuelo, incapaz de expresarse de algún modo que no fuera poético. Para todo tenía una explicación o interpretación. Sin arrogancia ni certezas exageradas. Cuando me sorprendían su sagacidad y conocimientos, él juraba que no era más que un intermediario, un portavoz. Aseguraba que no tenía ningún mérito, ya que su saber procedía de sus padres, los cuales a su vez lo habían recibido de los suyos y así sucesivamente.

La cadena virtuosa, por desgracia, se había roto conmigo: yo no tenía respuesta para nada. Me extraviaba en dudas y temores. A fuerza de analizar el mundo, de buscar hasta el más mínimo error, de desenmascarar las falsas apariencias, había perdido la confianza en todo, empezando por mí misma.

Y no sería Clara Prot quien cambiara la situación. Una vez al mes como mínimo, encontraba la manera de desanimarme: «¿Qué quieres que haga, Prudence? Si sólo dependiera de mí, dejaría que te hicieras cargo de este expediente, pero, en fin... en fin... Sabes muy bien...»

Me suplicaba que fuera comprensiva. Alegaba que acabaría por imponerme, como si ella estuviera rindiendo cuentas a una instancia superior cuando era la jefa, la *boss*, la directora general, pero olvidemos a ese dechado de mala fe.

Desde hacía siete años trabajaba en el despacho: suficientes para resignarme. Además, si he de ser sincera, Clara no tenía la culpa: mi renuncia se remontaba a mucho antes, a la época del instituto.

Antes... ah, antes era distinto. Una vida adornada de alegría y amor. Evidencias ingenuas, amistades puras, jornadas serenas. Al final del día, un grupo de niñas nos sentábamos a los pies de mi abuelo para escuchar sus historias repletas de sentimientos nobles, naturalezas buenas, sabanas misteriosas y niños valientes. Todas las noches, cuando los murmullos de los adultos trenzaban su suave música, me dormía placenteramente, impaciente por sumergirme en el sueño. «Princesa Prudence, tu nombre significa "prudencia", que rima con presencia y providencia», susurraba mi abuelo acariciándome el pelo.

¿Qué razón había para ocultarme la verdad? ¿Qué razón, para permitirme soñar así?

El día que cumplí once años, el mundo se oscureció. Moriste. Me parecía inadmisibile. Por lo visto, sólo a mí me lo parecía: tus amigos, tu propia familia consideraba normal que hubieras muerto dado que tenías más de ochenta y cinco años. Habías vivido bien. No tenías miedo de irte. Según ellos, incluso eras un hombre afortunado: morir así, de repente, sin sufrir, ¿qué más puede pedirse?

¡Qué va! Sé perfectamente que no pensabas soltarme tan pronto. No era tu estilo dejarme en manos del destino deprisa y corriendo, y encima sin avisar. La muerte te pilló por sorpresa, y lo único que espero es que te diera tiempo a hacerle una de aquellas muecas tan chulas que te salían estupendamente y que hacían que me partiera de risa.

Nos fuimos de Dakar. Por más que mamá fingía ante los demás, sentía demasiado dolor para seguir rodeada de tus cosas, beber en tu jarrita de cristal, regar tu jardín. Ya no soportaba buscar tu reflejo en el espejo colgado sobre el sofá verde. Nos estrechábamos la una contra la otra, disimulábamos nuestras lágrimas. La situación no podía prolongarse, así que decidió que nos marcháramos. Entonces empecé a tener problemas.

- Toma, las fotocopias -dijo Victoire, tendiéndomelas junto con los contratos originales.

- ¿Y los anexos? -pregunté pasando un dedo por las carpetas naranja.

- ¿Los anexos? -repitió la muy hipócrita-. Lo siento, no he tenido tiempo. Clara llegará de un momento a otro, y me ha pedido que le saque el contrato de Realprom. -Se agachó y rascó uno de sus tacones de aguja-.

¡Mierda, he vuelto a pisar un chicle! ¡Esos putos imbéciles no saben utilizar las papeleras!

Era tan guapa como tonta y malhablada. Y hay que reconocer que excepcionalmente guapa. Además, se llamaba Victoire: un nombre conquistador. Permite todas las audacias, te empuja hacia lo imposible; no te amilana como un pobre y pequeño Prudence.

«Victoire y Prudence. Reconoceréis que entre vosotras dos, entre la victoria y la prudencia, estoy increíblemente "guardaespaldada"», bromeaba Clara.

Le gustaba dárselas de informal utilizando términos tan apropiados en su boca como unas botas camperas en los pies de la reina de Inglaterra. Sus reflexiones estaban a veces tan fundamentadas que llegaba a preguntarme si no me habría contratado por mi nombre. ¿Por qué no? Después de todo, ya quedaba bastante claro que me quería para halagar su ego.

«Yo sé lo que vales, Prudence, pero, francamente... sí, francamente, reconoce que me arriesgué. Podemos hablar sin tapujos, ¿no? Todo el mundo no es como yo, Prudence. ¿Has visto a muchas personas de color en los despachos de la competencia? ¿Y en un puesto directivo como el tuyo, además? Pero soy así, ¡me río de los intolerantes! A mí los racistas me la sudan.»

En mi lugar, muchos se habrían salido de sus casillas, habrían puesto el grito en el cielo y esgrimido amenazas. Yo no. Por culpa de mi nombre, seguro. Yo prefería protegerme las espaldas. Aguantar, mirar para otro lado, fingir no haber oído nada, continuar sonriendo. Para olvidar mi cobardía, jugaba con mis tarjetas de visita. Pese a todo, yo era alguien. Abuelo, si lo hubieras visto... Mi despacho, situado en la avenida más elegante de la ciudad. Inmueble con jardín privado, mostrador de recepción de teca y recepcionista vestida con traje de chaqueta de marca. Tengo una agenda con cubiertas de piel y mis iniciales grabadas. Escribo sobre una carpeta con un bolígrafo Dupont que me regaló Clara Prot después del caso Dilleman (un tercio de los ingresos trimestrales del despacho y una veintena larga de noches en blanco en mi activo). Llevo ropa hecha a medida.

- Por cierto, ¿no te lo he dicho? Ya he elegido los zapatos. Unos Manolo Blahnik, los vi en *Vogue*. Te lo juro, son tan sublimes que no estoy segura

de comprarlos, pues la gente acabará por mirarme sólo los pies...

Victoire se casa el verano que viene, y la boda es su principal tema de conversación. De la mañana a la noche, en cuanto se le presenta la ocasión, me habla del vestido, del restaurador, del florista, del viaje de novios, del *wedding planner*. Raramente de su novio, con quien me cruzo a veces cuando viene a recogerla, un operador de Bolsa con cara de maniquí, o sea, un tipo guapo, rico, de buena familia, el complemento perfecto para ella... por consiguiente, tonto de remate también, no podría ser de otro modo.

Uy, uy, uy... cuidado, Prudence: estás enfadándote, esto empieza a parecer acritud. Y sí, mira por dónde, quizá lo sea. En mi vida no hay ningún agente de Bolsa. Ni ningún hombre, si vamos a eso. No tengo tiempo. Ni sitio. ¿Dónde y cuándo podría conocerlo?

Pero no me quejo: para los buenos ratos, mantengo el mínimo vital gracias a mis primos del extrarradio. Tiene gracia, entre todos recorremos el cinturón completo. Estamos tan bien repartidos que hemos acabado por ponernos los nombres de las puertas de la ciudad: yo soy Passy, la más favorecida del grupo. Dos veces al mes nos reunimos, comemos, bebemos y hacemos balance de nuestras vidas. Raramente de la mía, pues siempre me retraso y pillo las conversaciones empezadas. La última vez, sin embargo, a Orléans, que acaba de cumplir veinte años y asiste a clases de teatro, le pareció oportuno interesarse por mí.

- Estamos hartos de que llegues siempre tarde. Además, ¿para qué? O más bien, ¿para quién? ¿No te joroba hacer de machaca mientras otros se aprovechan de tu trabajo? ¡Lo tuyo es pura esclavitud moderna! ¡Ya puestos, no sé por qué no le limpias la casa a Clara!

Una verdadera sindicalista: tiene la actitud, la rabia, la elocuencia, todo.

- A tu edad es fácil ser idealista -contesté.

- Lo fácil es salirse por la tangente con tópicos. A ver, di, ¿piensas esperar a la jubilación para empezar a vivir?

- Reconoce que estás malgastando la vida -añadió Italie, mi prima preferida-. Una chica guapa como tú, ¡qué despilfarro!

- Eh, eh, calmaos -intervino Bagnolet, buen chico y experto contable en una gran empresa-. Prudence trabaja mucho, mira hasta dónde ha llegado.

- Justo lo que yo decía -masculló Orléans.

Las lágrimas pugnaban por salir. Sin embargo, Dios sabe que hace mucho que aprendí a controlar mi sistema lacrimal. ¡Orléans estaba tan viva, tan llena de esperanza! Qué inocente. Pero, al fin y al cabo, no me correspondía a mí hacer que se estrellara, pues de eso antes o después ya se encargaría la vida.

- Cada uno lo juzga desde su punto de vista -concluí. Y apuré mi copa.

Victo iré se volvió sobre sus talones (con tacones altos). ¿Cómo se las arregla para andar con eso y, sobre todo, con semejante desenvoltura? Si no se hubiera operado los labios y se contoneara menos, casi parecería un ángel. Lástima, los detalles son terribles: siendo benévola, en vez de un ser angelical, parece una vulgar buscona.

Vuelta al expediente. Mis tripas gimieron de nuevo, reclamando algo más que el tazón de cereales del desayuno. Un vistazo al reloj: demasiado tarde para hacer planes. Clara iba a llegar en menos de media hora y yo no había terminado las conclusiones.

- Ah, por cierto, Prudence, se me había olvidado por completo, qué idiota -dijo Victoire volviendo sobre sus pasos mientras se apartaba de la cara la lisa cabellera con un movimiento ridículo, muy de serie Z. Como hastiada.

- Date prisa, por favor, voy con retraso.

- Se trata de Clara. Llamó esta mañana para avisarte, pero estabas hablando por teléfono, así que cogí yo el mensaje. Resulta que el tipo que saca a pasear a *Bob* está enfermo.

- ¿Y qué tiene que ver conmigo?

- Me ha dicho que te pregunte si... bueno, excepcionalmente, claro, si podrías encargarte tú.

Respira, Prudence. Mantén la calma.

- No lo entiendo.

- Sólo esta tarde. Ya sabes que *Bob* tiene un problema: necesita correr una hora todos los días.

- Victoire, dime si me equivoco, pero ¿no es verdad que he cursado ocho años de estudios superiores?

- Pues claro, no tiene nada que ver.

- Espera, algo más. Dime si me equivoco, pero ¿no soy la directora de este bufete?

- Sí, Prudence, pero...

- En ese caso, ¿por qué iba a pedirme Clara que sacara a pasear a *Bob*?

- Como te puedes imaginar, ha barajado todas las posibilidades, estaba realmente contrariada, te lo aseguro.

- Muy bien. Pero a ti, que, te lo recuerdo con todo el respeto, eres una simple secretaria, no te lo ha propuesto, y tampoco al vigilante del edificio ni a su madre, su hermano o su mejor amiga. ¡Ni a la madre, el hermano o el mejor amigo de *Bob*, mierda! -La superrubia se queda lívida. Me contengo unos segundos, es necesario aguantar-. Hay algo que se me escapa, Victoire.

Ella calla. Piensa. Su cabeza va a cien por hora, Victoire sabe filtrar información, hacer síntesis, resúmenes, pero ahora está sobrepasada, pierde pie.

- Bueno... -Su rostro se ilumina-. Seguro que es porque confía en ti. -La escruto. Me gustaría ser un microorganismo que recorriera su cerebro, aprovechar la ebullición para estudiar el asunto. Vamos, Victoire, un pequeño esfuerzo-. Me refiero a que... Bueno, lo mejor es que se lo pregunte directamente a ella. Después de todo, llegará dentro de un momento.

Se escapa hacia la puerta, felicitándose en silencio, aliviada. Ha encontrado la solución: devolución al remitente. Asunto concluido, ningún daño previsto. Ella y yo lo sabemos: Prudence, por prudencia, no preguntará nada. Y aunque lo hiciera, ¿qué respondería Clara?

«Vamos, Prudence, déjate de paranoias, por favor, te he pedido un favor como persona de confianza, es muy sencillo, sabes lo importante que es para mí *Bob*, el pobre, sin ejercicio va directo al infarto, si pudiera lo sacaría yo misma, pero es imposible. Esta tarde estaré en la reunión de Realprom, defenderé ¡tu! expediente, Prudence, sostendré ¡tus! argumentos, desarrollaré ¡tu! demostración.»

A los once años se producen sucesos extraños. El cuerpo cambia, el trasero de las chicas se redondea... salvo en las Victoire y similares, que sólo adquieren las formas estrictamente necesarias. Los pechos crecen, no

siempre los dos al mismo tiempo. Los chicos se sienten dueños de un poder ilimitado. Son más pequeños, pero más fuertes y organizados. Saben detectar a las frágiles, las ofendidas, las tímidas. Sus hormonas se ponen a gritar y el alboroto que arman ahoga las quejas de las chicas.

A los once años, los chicos se transforman en monstruos. No todos, pero la excepción no nos sirve, ¿para qué?: esos otros están en otra parte, con la cabeza en sus universos particulares. O bien son débiles y en el mejor de los casos callan, y en el peor, se dejan llevar y miran. A los once años, el concepto de paladín desaparece después de años de existencia gloriosa para no reaparecer -eventualmente- hasta el bachillerato.

Ante el vuelco que da el mundo, se forman alianzas. Algunas chicas adoptan estrategias. Unas se disputan el puesto de mujer del jefe; otras entregan su cuerpo sin estrenar a cambio de la promesa muda y vana de ser amadas. La mayoría se agrupan en pandillas cerradas, en las que las pasiones se desatan y las traiciones se multiplican.

Llego a la escuela de secundaria a los once años y es como si el cielo se encapotara de repente. Soy la única estudiante negra. Me ponen mote, a veces bromea cuando me ven pasar, pero en general se comportan como si no existiera. Ya no soy la princesa Prudence, tampoco una colegiala como cualquier otra, sino el eslabón estafalario de mi clase.

Las otras niñas lucen vestidos que valen tanto como una bicicleta. Se maquillan entre clase y clase y se convidan a fiestas a las que nunca me invitan. Viven historias de amor complicadas, que relatan detalladamente y sin complejos. Salen de dos en dos cuando acaban las clases. Yo me quedo sola. Me doy perfecta cuenta, no estoy a la altura.

Una mañana, una de ellas se me acerca durante el recreo.

- Prudence, tenemos que hablar. -¿Sí?

Se trata de la chica más popular del colegio. La más espabilada. Se llama Laurie, lleva pantalones anchos y diademas de bisutería en el pelo. Es la reina de la clase, alguien importante. Raramente me dirige la palabra. Soy demasiado diferente para formar parte de su grupo. Soy indescifrable. «Con ese corte a lo Jackson Five, ¿quién va a interesarse por ella?», soltó riendo un día que yo estaba justo a su lado. La ventaja que tiene no contar para nadie es que pasas inadvertido en todas partes y oyes un montón de cosas.

Laurie prepara su golpe de efecto.

- Verás, resulta que Antonin...

Antonin pertenece a la categoría de los débiles-pero-amables que callan. Está en quinto. Me parece muy guapo porque tiene pecas y las pecas me fascinan. Además, Antonin saca buenas notas, lo que a mis ojos supone un criterio esencial. Pero, en fin, asociar a Antonin con mi nombre es pura ciencia ficción. -¿Qué?

Por más que intento escuchar la voz de la razón, que me amenaza en silencio, incluso me insulta, mi estúpido corazón se desboca de pronto. La mirada de Laurie se pasea por mi falda de terciopelo.

- Le gustas.

¿Cómo? Espera, Laurie, más despacio, que se puede sufrir una parada cardíaca a los once años, ¿no?

- ¿Quién te lo ha dicho?

- ¿Tú quién crees?

Tengo tanto calor que estoy a punto de desmayarme, pero me concentro, hago acopio de fuerzas para la batalla. Resistir el golpe, adoptar un aire desenvuelto. Entonces, ¿no había sido producto de mi imaginación cuando, ayer mismo, mi mirada se había cruzado con la suya?

- Quiere salir contigo.

- Ah. Vale, de acuerdo.

¡Habría que estar chiflada para negarse! La mano de Antonin en la mía. Iremos al fotomatón, juntaremos las caras, a lo mejor sus pecas se pegan como calcomanías a mi piel. Saldré con él del colegio. Me explicará las mates. Me convertiré en la mejor de la clase, gracias a él. Será el primero y el último, la historia más bonita del colegio. Antonin y Prudence, Prudence y Antonin.

- Pero no te embales, ¿eh? -prosigue Laurie-. Quiere salir contigo, aunque con ciertas condiciones.

- Ah.

Estoy dispuesta incluso a darle mi pluma estilográfica chapada en plata, lo más valioso que tengo. De todas formas, lo mío es suyo, ésa es mi concepción de la pareja.

- Una: que le dejes tocar los pechos y la cosa. Dos: que todo quede en secreto. -Los ruidos del patio quedan silenciados de golpe. Sólo oigo el batir de mi sangre contra las sienes-. Me refiero a que no hay que hacer ninguna demostración en público -añade Laurie-. Tú actúas como hasta ahora, todo igual. No quiere que os vean juntos. Oficialmente, no hay nada entre vosotros. Eh, Prudence, ¿me oyes?

Veo fuegos artificiales, blanco, verde, amarillo. Negro. Prudence se queda sin fuerzas. Laurie se precipita para cogerme en el momento que mis pies dimiten. Con una mano, me sujeta contra la pared; con la otra, me da palmaditas en la cara. Es de las que mantienen la sangre fría. No tiene intención de dejar que un vigilante intervenga en este asunto.

- Oye -dice-, me da la impresión de que la propuesta no te convence. Me he prestado a esto por hacerte un favor; si no te interesa, no pasa nada. Pero si quieres un consejo, piénsalo un poco. Hay bastantes chicas que estarían encantadas de salir con él. -El timbre reverbera en las paredes. Toca clase de lengua-. Tenemos que ir a clase, Prudence.

Victoire ha desaparecido, pero el efluvio que deja su perfume impregna mi despacho. Abro la ventana, a la porra la refrigeración. El aire entra, se cuela por todas partes, limpia el ambiente de Victoire, la suprime, la borra. No es suficiente. Siento náuseas. Mi mirada no se aparta de la cubierta naranja de los expedientes. Mi cerebro se atasca, sólo hay una palabra en la cabeza, y ladra, me lame, me muerde: «perro». Me levanto y me acerco a la pared. Sobre la chimenea decorativa, un espejo antiguo comprado por Clara. Me aproximo. Me inclino. Recuerdo las observaciones de Italie. ¿De verdad soy guapa? Me he hecho las trenzas más apretadas que de costumbre y me las he recogido en un moño a causa del calor. ¿Estoy loca? Olfateo, el olor está cambiando. Me da miedo. Me doy miedo. Cierro la ventana; el tufo se extiende, me rodea, se intensifica: ya no es el perfume de Victoire, es el hedor de la renuncia. Apesto a cobardía. ¿Cómo no lo he notado antes? Me avergüenzo. Me avergüenzo por quienes creyeron en mí, por quienes pensaron que me querían. Me avergüenzo por mi madre, por mi abuelo. Por los hijos que nunca tendré, lo juro.

Apilo los expedientes. Me falta redactar un resumen, pero ahora ya me tiene sin cuidado, Clara tendrá que contentarse con lo que hay. Se enfadará,

amenazará con reducirme la prima. Muy bien. ¿Qué voy a escribir en mi carta de dimisión? Poca cosa: lo esencial. La gota que ha colmado el vaso. *Bob*. Unas cuantas frases que le daré en mano, puesto que ha de pasar a recoger los expedientes. Así me ahorraré la cola en la oficina de correos. ¿Cómo reaccionará? Probablemente, encogiéndose de hombros. No te ilusiones, Prudence. No se enterará de nada nuevo porque ya lo sabe todo.

Mi único consuelo es que me echará en falta: desde cierto punto de vista, soy imprescindible.

Estaba cerrando la agenda cuando sonó el teléfono. Descolgué maquinalmente.

- ¿Prudence?

- ¿Clara? ¿Eres tú? -A duras penas la reconocí. Su dicción era confusa, como si llevara una mordaza.

- Prudence, ha pasado algo horrible.

Ah. ¿Un camión ha atropellado a *Bob*? ¿Te has roto una uña? ¿Has perdido las gafas de sol, te has dejado la tarjeta de crédito en el cajero automático, vas retrasadísima y me llamas para que te lleven (para que yo te lleve) los expedientes al lugar de la reunión? Pobre Clara, vas a sufrir un buen chasco.

- Prudence, ¿me oyes? Me cuesta hablar.

- Te oigo, Clara.

- Estoy en el hospital.

- ¿Qué?

- ¡En-el-hos-pi-tal! -repite impacientándose-. Tengo una alergia terrible. ¡Es espantoso! El volumen de mi cuerpo se ha triplicado y estoy toda cubierta de placas rojas.

- ¿Una alergia a qué?

- A la violeta, bueno, supongo, sólo puede ser eso. Me he comido un pastel en L'Adorée, menuda ocurrencia, en fin, da igual: ¡parezco un monstruo, Dios mío!

- Lo siento mucho.

- Vale, Prudence, pero no te llamo para que me compadezcas -articula con dificultad-. El problema es que no podré asistir a la reunión de Realprom. Tienes que ir en mi lugar. -El estupor me deja muda-. Prudence,

¿estás ahí? No te preocupes, te las arreglarás muy bien. -Me habla como una madre a una hija que va a coger sola un autobús por primera vez-. Le explicas a Versini lo que ha pasado. Le dices que estaré disponible esta noche. Que puede localizarme en el móvil.

Los pensamientos rebotan en mi cerebro a la velocidad de una pelota de squash. Prudence, la situación acaba de cambiar radicalmente. Introduce los datos y reconfigura a toda velocidad. Parece que ha llegado el momento.

- Prudence, di algo. Es absolutamente preciso -añade elevando el tono- celebrar esa reunión. ¿Algún problema?

Pensar deprisa. Calcular.

- Ninguno. Sólo comentar un detalle contigo, Clara.

Me cruzo con Antonin en el momento de entrar en clase. Me detiene con un ademán. Se asegura de que estamos solos. O sea, de que las personas importantes del colegio no están cerca, ni Laurie, ni Stan, el equivalente masculino de ésta, ni ningún miembro de su guardia pretoriana. Un mechón de pelo le cae sobre el ojo izquierdo: se parece a un chico de una serie americana que veía mi madre antes de que nos trasladáramos. Qué guapo es... A su lado me siento diminuta. Completamente oscura. Comprendo que no le apetezca que lo vean conmigo. Montones de chicas harían mejor pareja con él. Chicas de ojos claros y pelo lacio, no una morenucha con el pelo a lo Jackson Five.

- ¿Has hablado con Laurie? -susurra.

Aun así, las rubias deben de andar faltas de argumentos, pues aquí está la prueba: lo que Antonin está esperando es mi respuesta.

- Bueno, no pasa nada -añade con expresión decepcionada mientras permanezco muda de emoción-. Supongo que es que no. Ahora he de irme, tengo física. -Hace un leve movimiento con la cabeza para apartarse el mechón de los ojos-. Hasta luego, Prudence.

Su clase está en el piso de arriba. Se aleja. Ya ha llegado al final del pasillo y en menos de un segundo desaparecerá de mi campo visual.

- Es que sí -murmuro.

No hace falta pedir opinión a nadie para saber lo que pensarán. Yo ya tengo formada la mía. Soy una puta, una zorra precoz, una piltrafa. Me

importa un comino. Cuando se tiene hambre, se come lo que hay, decía mi abuelo. Eso es exactamente lo que voy a hacer.

- ¿Victoire?
- ¿Sí, Prudence?
- ¿Puedes venir un momentito, por favor?
- Voy.

OceanofPDF.com

Ground Control to Major Tom

La contemplé un momento. Estaba en una postura rara... aunque ¿no era una persona realmente rara?

Torso boca abajo, caderas de lado, una pierna estirada y la otra doblada. La piel mate contra las sábanas marfil, el pelo corto revuelto en la nuca, los dedos delgados con las uñas cortas, cuadradas, los hombros en forma de T: una obra de arte.

- Me voy, Libby.

Ella suspiró.

- Pues venga, menos hablar y más hacer, que todavía llegarás tarde -dijo en un tono frío, casi de desprecio. Siempre se muestra despreciativa después del amor, como si se odiara por ser lo que es. Yo he acabado por acostumbrarme. Sé que me quiere. Es rara, y punto.

- ¿Quieres que cenemos juntos esta noche?

- No me apetece salir. Además, tengo trabajo. Quizá mañana.

Se levantó con un movimiento brusco, sin duda para invitarme a que me moviera también. Se dirigió hacia la cocina. La oí servirse un café, abrir el frigorífico. Salió con una manzana en la mano. Al pasar delante de mí, le dio un gran mordisco sin dirigirme una sola mirada. Noté que yo ya no existía. Me reincorporaría a su vida más tarde, cuando ella lo decidiera. Mientras tanto, seguramente escribiría un artículo, vería una película, holgazanearía.

Me encantaba imaginarla sola, ante el ordenador, con un cigarrillo en la mano, todavía medio desnuda. Venga, vete, Tom. Sabes que de lo contrario esto acabará mal. Se volverá y te dirigirá una palabra mordaz, una palabra

dardo. Por supuesto, diez minutos después dejará un mensaje en tu teléfono, un poema, de una sutileza tan maravillosa que te hará tambalear. Esa es su especialidad: borrar. Borra las mentiras, las maldades, los malos recuerdos, le basta una frase. Esa es Libby: empieza por matar y luego resucita a su víctima con un simple borrado. Es todopoderosa. La adoro.

Cerré la puerta con delicadeza por si se había sumido ya en sus pensamientos. Al bajar la escalera, pensé en las flores que iba a mandar. Todavía es época de girasoles, en la floristería de al lado de la facultad hay unos espléndidos en el escaparate. Encargaré dos ramos, o mejor tres: detesta las cifras pares, le parecen planas y aburridas. Tres ramos, entonces. Diez girasoles en cada uno, para iluminar su tarde. Escribiré una nota: «Iluminas mi vida, Libby.» Sí, lo sé, es un lugar común por excelencia, mi poesía se queda estancada en la orilla, no poseo su estilo ni talento, el vuelo de su pluma ligera y ácida, maravillosa, deslumbrante, pero da igual: conoce la intensidad del amor que le profeso, mi Libby, mi adorada.

Llegaré tarde a la facultad. Bueno, ¿y qué? Soy el profesor. Que los alumnos esperen. Además, eso los alegrará, incluso desearán que no me presente. ¿A cuántos de esos mocosos les interesan de verdad mis clases? ¿A un puñado? La mayoría se pasa el tiempo charlando. Arman tanto jaleo que a veces me cuesta oírme en el anfiteatro, pero lo cierto es que me da absolutamente igual. Que hablen, que canten, que bailen durante mis clases. Acepté el puesto porque resultaba halagador para mi amor propio, no por vocación. Me gustaba ver mi nombre asociado a una universidad prestigiosa. Y además, pensé en Libby: el nombramiento constituía la prueba irrefutable de que era un intelectual, y no sólo un tipo que ganaba dinero produciendo películas.

«Buena jugada -había dicho Libby al enterarse de la noticia-. A partir de ahora te acercas a pasos agigantados a la condecoración.»

Soy un hombre honrado: al aceptar el cargo, asumí las obligaciones que implicaba. Trabajé los temas, preparé mis intervenciones minuciosamente. He publicado en revistas especializadas y participado en varios coloquios con títulos eruditos. En resumen, he llegado a ser alguien. Ahora aparezco en el *Who's Who* y soy un hombre respetado, si no respetable. Un buen partido, en definitiva: apenas cincuenta y siete años, bastante buen aspecto,

divorciado, un hijo mayor, rico aunque no tanto como antes (aquello explica esto), pero lo suficiente para llevar a Libby a pasar el fin de semana a las Maldivas sin pensárselo dos veces. Soy solvente desde todos los puntos de vista, un productor influyente, a quien invitan todas las noches a cenas mundanas y cercano al gabinete del ministro. A Libby le encanta. Hace cálculos.

- ¿De verdad no puedes ayudarme? ¡No debe de ser tan complicado comentárselo al ministro! Caballera de las Artes y las Letras, con eso me conformaría. ¡Cuando pienso que esa arpía rubia de la tele no ha tenido más que chasquear los dedos para que se la den! Si basta con comentar tres películas de arte y ensayo en una cadena desconocida...

- Esa arpía, como tú la llamas, ha escrito varias obras de teatro y publicado un estudio muy bueno sobre la Nouvelle Vague.

- No puedo creer lo que estoy oyendo. ¿Te gustaría acostarte con ella o qué?

No sé qué es lo que Libby prefiere de mí, si mi agenda, mi cuenta corriente o el amor infinito que siento por ella.

Me repite a menudo que le soy indispensable, sin precisar en calidad de qué. Prudente por naturaleza, me guardo mucho de preguntar el motivo.

La portera me ha sonreído al verme. También le convengo. Para asegurarme su total colaboración, cada vez que voy a casa de Libby le doy una buena propina. Como la visito día sí y día no, represento la mayor parte de sus ingresos. Pero no es una mujer ingrata. Pone mucho de su parte en nuestra relación, se emplea a fondo. Guiños, palabras amables, pequeños favores a discreción. Sube los ramos de flores a cualquier hora. Mete los sobres por debajo de la puerta. Enfría el champán y lo deposita a la temperatura adecuada ante la puerta de Libby cuando ésta vuelve de un viaje, una entrevista, un programa. Puedo encargarle cosas las veinticuatro horas del día. Si es preciso, pone a trabajar a su marido; por ejemplo, para transportar un mueble antiguo que Libby ha visto en un anticuario. Como guinda, me vigila la bicicleta. Me han robado dos en tres semanas justo debajo de mi casa, lo que es inimaginable delante de la de Libby: mi portera favorita la vigila más atentamente que un guardia de seguridad un furgón blindado cargado de dinero.

«No se moleste en atarla, señor Tom, no le quitaré el ojo de encima.»

No sale de su asombro de verme pedaleando vestido con traje, pero no hace el menor comentario, es muy lista. Sin embargo, no hay más que ver su expresión intrigada cuando monto en la bici. Ah, estaba más tranquila antes, cuando aparcaba mi deportivo delante de la puerta. Aquello casaba más con el personaje. Pero resulta que hace un mes se despertó mi conciencia ciudadana. Dos ruedas, impulso, muslos apretados, torso erguido y sanseacabó.

La portera quedó desconcertada, Libby se puso a aplaudir como una niña: «Fantástico, Tom. Es muy sexy.»

Me suplicó riendo que me pusiera unas mallas de ciclista debajo de los pantalones, así que obedecí. Siempre que nos citamos, me atavío como un corredor, enfundado en mi *culotte* malva; fue ella quien eligió el color. ¿Quién va a sospecharlo? Es uno de nuestros pequeños secretos; éste forma parte de los más placenteros. Con los muslos comprimidos y *Le Monde* hábilmente metido bajo el brazo, pillo de reojo mi reflejo en los escaparates y me encuentro bastante elegante.

- Que tenga una buena tarde -dijo la portera mientras yo le daba a los pedales.

Un coche pasó en tromba -y eso que la calle era estrecha-, con las ventanillas bajadas y la música a todo volumen. Todo mi cuerpo se estremeció. Mi camisa se empapó de sudor mientras mis pulmones se llenaban de un oxígeno ardiente. Entonces pensé en Libby, que vivía desde principios de verano con los estores bajados, en penumbra, organizando metódicamente la circulación del aire de una habitación a otra. Obsesionada por la oscuridad.

Cuando dormía en su casa, a veces abría las ventanas al amanecer para dar paso al sol naciente.

- Cierra eso, es insoportable -decía ella, que despertaba en el acto.

- Eres un vampiro asqueroso, pero te quiero con locura.

- Calla, estoy durmiendo.

Necesitaré veinte minutos para llegar a la facultad, contando la parada en la floristería. A no ser que deje lo de las flores para mañana. Pensándolo bien, quizá sería más razonable. Porque mañana le tengo preparada una

gran sorpresa y esos girasoles podrían embellecer la escena. Sí, iré al amanecer con un bonito termo de plata maciza, una *baguette* recién horneada, mermelada de guindas artesana y un trozo de mantequilla fresca. Hasta ahí, nada extraordinario: le llevo el desayuno dos o tres veces a la semana. Primero cogeré en la cocina su taza preferida, la servilleta de lino bordada y el azucarero de porcelana. Después colocaré la sorpresa y serviré el té en la taza. Cuando todo esté preparado, me sentaré a su lado. Me inclinaré sobre su cara y le soplaré en el oído. Ella se incorporará ligeramente apoyándose en un codo, arrugará la nariz y gruñirá:

«¿Ya? ¡Es prontísimo, Tom, no he dormido casi nada!»

Le acariciaré la nuca sin contestar. Entonces se colocará las almohadas alrededor y buscará la mejor postura para desayunar. Acercaré la bandeja para que no tenga que estirar el brazo. Levantará la tapa del azucarero y en ese momento la verá, suntuosa entre los cristales blancos. Abrirá los ojos con estupor... ya imagino su sonrisa excitada. ¿Conseguirá la Reina de la Réplica encontrar la palabra idónea? Apuesto a que no. Mi Libby besará la lona. Noqueada. Juego, set y partido a favor de Tom. Semejante maravilla sólo admitirá un silencio asombrado.

He elegido el anillo yo mismo. Habría podido pedir ayuda a una amiga, pero éstas detestan a Libby, así que no, gracias. Además, por encima de cierta cifra en la cuenta corriente, uno nunca está realmente solo en la place Vendôme. He invertido tiempo y dinero; resultado: es sublime. Mejor aún: principesco. A la dependienta de la joyería le temblaban las manos. No todos los días se ve desaparecer de golpe tantos quilates. Pero nada es demasiado bello ni demasiado disparatado ni demasiado caro para ti, Libby. Esta vez no tendrás absolutamente ningún motivo para evocar a mis ex. Se acabaron los comentarios acres sobre mis amores pasados. Habrás de reconocer que eres la única mujer de mi vida, puesto que tienes delante la prueba: te pido la mano, corazón mío, y firmo con mi sangre. De ti, Libby, nunca me divorciaré, porque eres mi luz negra, mi excepción, la que suprime de golpe a las demás.

La calle desembocaba en una arteria ancha y de mucho tráfico. Los conductores, exasperados por el calor, avanzaban en desorden exponiéndose a chocar mientras el concierto caótico de los cláxones se sumaba al frenesí

ambiental. Me divertía adelantar a los grandes coches pedaleando. Me volvía para observar a los prisioneros de la circulación y saboreaba sus expresiones ceñudas. ¡Vamos, Tom, más deprisa, fuerza en esas pantorrillas, deja que pase el aire bajo la camisa, disfruta de tu libertad, corre!

Debía de circular a veinte, quizá a veinticinco kilómetros por hora cuando ocurrió. Todo sucedió muy deprisa, en una fracción de segundo. Oí un chillido agudo, luego apareció aquella imagen de cabello rubio, el suelo que se acercaba, el ruido del metal al doblarse, la sensación de mi cuerpo al rebotar, el manillar hincado en el vientre, el choque de la cabeza contra el asfalto. Por un instante tuve miedo. Pensé que iba a acabar como un gilipollas la víspera del día más importante de mi vida. Palmarla mientras circulaba en bicicleta por una acera, ¿cabe imaginar una situación más pasada de moda? Dios mío, Libby. Iba a cubrirla de oprobio.

- Tom se ha matado en un accidente.

- ¡Pobre! ¿Cómo ha sido?

- En bicicleta, una caída en la acera.

Perdona, Libby. ¡Morir de un infarto, de una cirrosis galopante, a causa de un aneurisma o de alguna porquería romántica, pase! ¡Pero por caerse de la bici...!

La chica gritaba tan fuerte que tuve que rendirme a la evidencia: todavía me encontraba lejos de estar muerto.

- Joder! ¡Serás gilipollas! Mis Louboutin, ¡te has cargado el tacón!

Lejos de estar muerto, incluso era muy capaz de protestar.

- El gilipollas le pide perdón, pero cree que no lo es tanto. ¿Le importaría echarme una mano?

- Dios mío, lo siento, no me dirigía a usted, le hablaba al capullo ese de *Bob*. ¡Joder, *Bob*, capullo!

La sangre me chorreaba por la mejilla. ¿De dónde salía? Intenté evaluar los daños, moví primero las piernas y luego los brazos con precaución. A primera vista, ningún miembro roto, sólo la sensación de un puño clavado en el vientre y, sobre todo, una herida con mal aspecto desde la rodilla izquierda al tobillo. En cuanto a lo demás, estaba por ver.

- ¿Quién es *Bob*?

- Ese -dijo la chica, suspirando y señalando un perro de raza indefinida, patas cortas, gordo y con un grueso collar de cuero negro que nos miraba plácidamente. Puafff-. Ese mierdoso acaba de cargarse mis zapatos - prosiguió la rubia. Al ver que yo le lanzaba una mirada significativa, acabó por tenderme la mano-. Uy, pero si tiene la pierna... y la cabeza... Sangra por todas partes. ¿Cómo se encuentra?

Poco a poco, la pierna herida empezaba a dolerme.

- Cada vez peor -respondí, al tiempo que me percataba de que había perdido un zapato.

La chica me retiró un mechón de pelo con un dedo.

- ¡Es horrible! ¡Parece un agujero! Creo que veo el hueso... Madre mía, no es posible, encima me la voy a cargar -se lamentó.

Era fascinantemente tonta. Lo nunca visto, y Dios sabe que en mi oficio se conoce a un buen número de especímenes. Cuánto me habría gustado tener una cámara para filmar aquella escena surrealista.

- Y todo por culpa de Idi Amin -prosiguió, meneando la cabeza-. ¿Podría explicarme alguien qué he hecho para merecer esto?

- ¿Idi Amin?

- Olvídelo, es el sobrenombre de una compañera de trabajo. ¡Una negra, vamos! Bueno, sobre todo una tocacojones de cuidado, una auténtica dictadora que se cree que es alguien porque tiene un título universitario. Ha sido ella la que me endosó al chuchó. ¡A mí! No puedo creérmelo... Y ahora, ¿para quién es el marrón, eh?

- Si el perro es suyo...

- No es su perro, ella sólo tenía que sacarlo a pasear. Pero a causa de un pastel... Bueno, no voy a contarle mi vida... Hay que pedir una ambulancia. Lo llevarán a urgencias -decidió, levantando la tapa de su teléfono móvil.

- No se moleste, me las arreglaré.

- ¿Está loco? ¿Sabe en qué estado se encuentra?

¡Vaya si lo sé! Acabo de salir de casa de Libby, así que, debajo del traje... sí, podría definirse como un estado cómico. Para que se tronche de risa el hospital entero durante una buena decena de años. El ciclista marca paquete malva, como si lo oyera. No, no hay que dejar que lo vean,

de ningún modo, uno tiene su reputación, qué caramba. Voy a levantar eso que me sirve de piernas y a hacer lo necesario para que mi vida íntima continúe siéndolo algún tiempo más. Se me ha pasado la edad de alimentar la antología de disparates de los estudiantes en la web; los de urgencias tendrán que esperar.

Estaba a quinientos metros escasos de casa de Libby, donde siempre tenía ropa de recambio en previsión de cualquier eventualidad. Las heridas parecían importantes, pero me sentía lo bastante fuerte para dar un rodeo y desembarazarme de las pruebas de mi perversión. Iría a que me cosieran después.

Convencer a la rubia de que me dejara en paz no fue muy difícil. Después de haber encontrado el zapato que me faltaba, insistió un minuto más en ayudarme simplemente para guardar las formas. Luego fingió creer que yo no estaba tan mal, me dio una tarjeta y desapareció en compañía de *Bob*.

Sentía un dolor que iba extendiéndose por la espalda. Me pregunté si la edad nos volvía más vulnerables. ¿Te caes de la misma forma a los veinticinco años que a los cincuenta? ¿Se sufre más cuando se envejece? ¿Es una simple cuestión de percepción y entorno, de costumbres y comodidad?

Llamé a la facultad para avisar que no iría. A continuación, sujeté el manillar torcido de la bicicleta con una mano y el sillín con la otra. Era extraña la sensación de estar a la vez disminuido físicamente y tan decidido, concentrado en el objetivo, con una mente de acero.

Es una pregunta que me ha inquietado con frecuencia: ¿qué dirías, Libby, si me viera reducido a ir en silla de ruedas? ¿Qué harías con nuestro amor? Una diferencia de edad de veinte años no es asunto baladí, y además, los hombres son menos resistentes que las mujeres, se estropean antes, lloran a la primera heridita.

Ella no soporta que hable de estos temas. Se las arregla para introducir un toque de humor. De su humor.

- Si vas a sufrir un accidente, ten al menos la elegancia de palmarla.
- Vale, pero supón que sobrevivo...
- Ya me resulta bastante difícil cuidar de mí misma.

Es una afirmación tan cierta como falsa. Cierta, porque no hace nada por ella misma. Falsa, porque delega para todo. Yo cuido de ella. Sus amigos también: esa pequeña camarilla permanente y atenta que no me soporta. Encanta a unos y otros mejor que una serpiente de cuento de hadas. Hace carantoñas, ronronea, pide, exige. Y todos nos apresuramos a complacerla, yo el primero. Todas las semanas descubro que tiene un reloj diferente, un cuadro nuevo colgado de la pared, una joya antigua. El reloj se lo ha regalado ese famoso joyero, agradecido de que lo represente en una gala; el cuadro, ese cineasta japonés de cuya película ha hecho una crónica entusiasta, me explica. Esa agenda de piel de serpiente, su amiga Aline, por su cumpleaños. Aline, la buena amiga siempre a sus órdenes, la que comparte las cargas conmigo: recoger a Libby en el aeropuerto (los taxis son una vulgaridad), esperarla en el dentista o la masajista, ir por su ropa a la tintorería.

A veces me mosqueo. Ella se echa a reír como una niña mimada... lo que es.

- ¡No irás a ponerte celoso porque se interesan por mí! Reconoce que en el fondo te sientes orgulloso.

Entonces me interrogo sobre ello; es verdad, me gusta saber que gusta. Que seduce. Que pululan a su alrededor, que se arrastran, que abren los ojos maravillados. Porque, a fin de cuentas, soy yo quien duerme en la cama de la maravilla. Pese a todo, me sentiré mejor cuando nuestro amor sea oficial: ya no me apetece despertarme solo la mitad de la semana. Libby asegura que quiere conservar una dosis de independencia, que es mejor tener dos pisos que uno. Yo sospecho que se ha atrincherado detrás de ese argumento por rechazo a una simple vida en común. Con ella es todo o nada. Muy bien, Libby, pues he elegido. Será todo: la alianza en el dedo y nuestros dos nombres en la puerta.

Con el cuerpo agarrotado, llegué por fin al edificio. La portera apartó las cortinas de ganchillo. «¡Oh, señor Tom!», pude leer en sus labios. Parecía sinceramente impresionada cuando abrió la puerta.

- Cuánto lo siento, señor Tom.
- No es tan grave, tendrá arreglo.
- Oh, no, no lo creo, eso le va a doler.

- ¡Vamos, señora Almeida, no estoy al borde de la muerte! -Ella hizo la señal de la cruz, y fue en ese momento cuando empecé a dudar. Una sensación imprecisa, sin más-. Si pudiera encargarse de la bicicleta... Está para el desguace. Ah, y hágame el favor, pídamme un taxi dentro de diez minutos. Me cambio y me voy directo al hospital, me he ganado unos cuantos puntos de sutura.

Hizo un gesto de aprobación, pero la noté incómoda, huidiza. Se metió precipitadamente en la portería antes de que yo hubiera puesto un pie en el ascensor.

¿Cómo iba a imaginarlo?

Introduje la llave despacio: Libby podía haberse vuelto a dormir. Después, me bastó dar un paso. Enseguida vi un gran bolso sobre la mesa del salón, del que sobresalían una camisa blanca y un jersey de entretiempo gris claro que yo no conocía. Un teléfono móvil que no era ni el mío ni el de ella. Una chaqueta corta y entallada, cuidadosamente colgada en el respaldo de la silla. Un paquete de Rothman rojo. Unas llaves de coche ajenas.

De la puerta del dormitorio entreabierta salían unos leves suspiros. Me acerqué: estaban las dos desnudas, dos pieles morenas, dos cabelleras cortas, veinte dedos entrelazados, unas bocas todavía rojas por haberse mordido.

Se me revolvió el estómago.

- Mierda -dijo Aline, frunciendo el ceño-. ¿Qué absurdo es éste?

- Eso me gustaría a mí saber -murmuró Libby con frialdad, mirando mi ropa hecha jirones.

Inspiré. No contestar con demasiada precipitación. Mantener la calma o, al menos, intentarlo.

- ¿Qué haces aquí, Aline? -dije, percatándome de lo ridículo de la pregunta mientras la formulaba.

Ella parecía tan sorprendida como yo.

- Creía que era agua pasada. ¿Cómo es que todavía tiene unas llaves de tu casa? -preguntó a Libby.

Libby se levantó sin responder y cogió su albornoz. Se plantó delante de mí mientras encendía un cigarrillo.

- Te he dicho que nunca te presentes de improviso. Realmente tienes un don para crear problemas.

Sentía que el corazón iba a estallarme, pero era evidente que le preocupaba tan poco como la sangre que no cesaba de manar de mis heridas.

- Bueno, marchaos los dos, será mejor para todos -concluyó-. Necesito pensar.

- No -repuso Aline mirándome al tiempo que se ponía las bragas-. No nos iremos. Nos debes una explicación.

Yo asentí. Adelante, Aline, habla. Yo me he quedado sin fuerzas. Con el cuerpo ensangrentado, embutido en unas mallas de ciclista de color malva, frente a la amante desnuda de mi novia... Pese a ser un hombre maduro, pese a mi experiencia, me cuesta digerirlo.

Los ojos de Libby iban del uno al otro. Estaba evaluando los daños. Era evidente que no había previsto la situación ni su evolución. Que su amiga se atreviera a contradecir su orden, la dulce, la obediente Aline, era sin duda lo más inimaginable.

- Creía que estabas muy enfermo -continuó Aline-. Libby me dijo que seguía relacionándose contigo porque era un deber moral, pero que ya no follabais.

Así que eso es lo que has dicho de mí, ¿eh, Libby? Que estaba muy enfermo. Que ya no follábamos. Pues follar es la palabra adecuada, ¿no?

- Todo esto es ridículo -dijo Libby por fin, como si no hubiera sucedido nada extraordinario-. Aline, ve a vestirte. Y tú, Tom, más valdrá que vayas a que te curen.

- Me prometió que a partir de Navidad viviríamos juntas -continuó Aline, haciendo caso omiso-. Me ha enviado miles de mensajes, ¿quieres verlos? Los tengo todos. Cuando ya no cabían en la memoria, los copié en una libreta. Palabras de amor como éstas se guardan, ¿comprendes? Me ha llevado a todas partes con ella, a Camboya, a Japón, el mes pasado a Brasil. Hemos alquilado habitaciones en palacios, nos hemos fotografiado, hemos jugado como crías. Bueno, puedes imaginártelo, ¿no?

No, Aline, no puedo. Le he propuesto cientos de veces a Libby acompañarla en sus reportajes y cientos de veces ha rechazado mi

propuesta. Decía que no escribiría tan bien, que debía mantener la concentración. Que necesitaba estar sola. Por otro lado, nosotros también hemos viajado. A todos los festivales del planeta. Las estancias en el Edén Roe, las noches de fiesta en Miami, los fines de semana en Nueva York. Nos hemos fotografiado, hemos jugado como críos, me ha enviado miles de mensajes con sus palabras sublimes. Sólo tengo los últimos, los hombres conservamos menos que vosotras.

Aline habla sin parar, llora, está descompuesta. El semblante de Libby, por el contrario, permanece frío, inexpresivo, como esculpido en un desprecio glacial.

Empiezo a darme cuenta de que Aline quiere a Libby por lo menos tanto como yo. Y de que Libby nunca ha querido a nadie más que a sí misma.

Los pequeños restaurantes, las copas en las terrazas...

Aline cita nombres de lugares, enumera detalles, expresiones. Descubro que Libby tiene dos vidas paralelas, pero curiosamente dos veces la misma. Lo único que ha hecho ha sido dividir su tiempo en dos.

Sobre la marcha, llego a la conclusión de que toda la ciudad está al corriente.

Y hay que añadir los detalles escabrosos.

Aline habla y se tira de cabeza, y yo con ella. Siempre me había parecido una chica del montón, quizá porque era incapaz de ver a nadie que no fuera Libby. Ahora descubro su belleza, tan radiante como desesperada.

- Te toca, Tom -me anima Aline-. Tiene que salir todo a la luz. Que no pueda mentirnos nunca más, ni volver atrás ni cambiar nada.

- Callaos -ordena Libby-. No quiero seguir oyendo vuestras voces. Marchaos.

- Tiene rituales -digo con dificultad-. ¿Contigo también?

La portera tenía razón: esto duele. Pero por ahora la rabia me salva.

- Cállate -repite Libby-. Después no digas que no te lo advertí.

Sin embargo, veo a las claras que ni ella misma se cree sus amenazas. Se desmorona. Se sienta en el borde de la cama. Empieza a temblar, por fin. Me mira asustada, vacila: ¿hablará Tom?

- No -contesta Aline-, rituales no.

Entonces, es conmigo con quien ha tocado fondo. Ha sido a mí a quien ha reservado lo peor. Cuanto más pienso en su perversidad, más me condeno. ¿Por qué callé cuando me llamaba «papá»? Hundía la cabeza en la almohada para ofrecerme el culo. Me daban ganas de vomitar. Siempre. Culo, dolor, infligirlo, infligírselo. Odio y perdición en las miradas cruzadas. Objetos y materiales de todo tipo. Atravesar, penetrar, torturar, violar, humillar hasta el límite de lo imaginable. Ella: cada vez más, cada vez peor, adelante, papá.

Y yo, que fingí pasar por eso sin estremecerme, sin dolor. Convertía lo vil en la imagen falsa de un amor apasionado. Lo aceptaba todo porque un instante después ella era de nuevo la mujer ideal, guapa, sutil, culta, adorable. Mi mujer.

Pienso en el anillo cuyo estuche me deforma el bolsillo. Pienso en los girasoles. Pienso en Aline. Pienso en los regalos.

- ¿Sabes lo que le he regalado? -pregunta Aline.

La ha cubierto de regalos. Yo también. El director japonés, el joyero, todos los demás, pura invención. El reloj y los cuadros los escogieron ellas juntas. Los vasitos de plata, las cortinas indias, las joyas, conmigo.

Cada vez que recibía uno de mis presentes, Libby citaba el *Inventario* de Prévert: *Dos piedras tres flores un pájaro Veintidós sepultureros un amor.*

Cada vez que recibía una de mis sorpresas, añade Aline, recitaba:

Una Fulana de tal

Un limón un pan

Dos enamorados en una gran cama.

A mí me parecía poética.

- A mí me parecía mágica -balbucea Aline.

- Eres un monstruo de corazón duro -le digo a Libby-. La encarnación del diablo, la emperatriz de la manipulación. Eres tóxica.

- Te quiero -le murmura Aline mientras termina de vestirse-. Jamás volveré a verte.

Va por su bolso y me estrecha la mano antes de marcharse dejando la puerta abierta tras de sí. Yo me cambio de traje.

Libby permanece con la cabeza agachada un instante. Por supuesto, es una pose estudiada. De tres cuartos. Hombros desnudos, nuca inclinada. Nunca se sabe. Da una lenta calada al cigarrillo.

Echo un vistazo por la ventana. El taxi me espera.

OceanofPDF.com

Goodbye Marylou

Todos hablan de la explosión. Mi mente se esfuerza, trata de distinguir las palabras, lucha contra ese soplo que me aturde, ese viento que aúlla bajo mi cráneo. Intento con todas mis fuerzas reconstruir el instante en que se produjo. Estaba en el ascensor, pulsé el botón y... ¡pum! Sé perfectamente que no hay ninguna relación posible, mi dedo no tiene ese poder. De lo contrario, sin duda hace mucho tiempo que habría hecho saltar por los aires al señor Farkas.

Pillo retazos de conversación. Diecisiete muertos, once heridos. «Por ahora», ha precisado una enfermera. Son casos graves, pronóstico reservado, así que ocupan todos los quirófanos. En lo que a mí respecta, nada digno de mención salvo ese ruido persistente que me aturde: después de una serie de pruebas, me han trasladado a la gran sala de urgencias, en compañía de otros pacientes que no son víctimas de la explosión.

De repente pienso: es la primera vez que puedo sacar provecho de algo. El último mono, el cero a la izquierda ha salido bien de ésta. Hace apenas dos horas, estaba en el fondo del agujero. Ahora, en el candelero. Me ha salvado un milagro: aquí nadie es consciente todavía, pero Paulo lo celebrará muy pronto conmigo.

Todavía no ha llegado mi muchachito. He pedido que lo avisen, a él y a Nadège, para que lo acompañe. Habría preferido verlo en casa, pero el médico ha dicho que no saldré esta noche, quiere tenerme en observación, nunca se sabe, no olvidemos que he tenido una conmoción. Así que me pongo a esperar.

De cuando en cuando, desde donde estoy veo pasar una camilla. A veces, de una de ellas cuelga una mano inerte. Imagino a uno de mis antiguos compañeros bajo la sábana, sobre todo a la directora general, esa víbora supermaquillada. ¿Qué pinta tendrá después de algo así? Me avergüenzo de este pensamiento, la víbora meando sangre, pero es más fuerte que yo, necesito encontrar una lógica, una forma de justicia divina. Los malos y los colaboracionistas son castigados, los últimos serán los primeros: no es fruto del azar.

- ¿Usted cree que ha sido Al Qaeda? -pregunta una voz bellamente modulada.

A mi izquierda, hay un hombre trajeado tendido en una camilla. Un poco más allá se encuentra una mujer con traje de chaqueta, el pelo muy estirado recogido en un moño y un magnífico collar de brillantes, demasiado bonito para ser bisutería. Es ella, sentada en una silla de ruedas y más tiesa que una reina en su trono, la que ha hablado.

- Ha sido provocado, pero según los primeros indicios no tiene nada que ver con los islamistas -responde el hombre.

- ¿Cómo lo sabe? -replica la mujer.

- Lo han dicho en la radio. El joven interno me ha puesto al corriente. De todas formas, un edificio de oficinas, y encima en uno de los barrios elegantes, no es su estilo.

- Islamistas o no, el resultado es el mismo -prosigue la mujer, irritada-. ¡Ya no sé ni el tiempo que llevo esperando que me atiendan! Podría irme, el tratamiento ha surtido efecto, pero no hay ningún médico libre para firmarme el alta. -Suspira-. Hay que fastidiarse. Justo el día que vengo yo a urgencias. En fin, no me quejo, entiéndame, me refiero a que habría podido pasar ayer o mañana, pero no, ha tenido que ocurrir hoy, como si yo no tuviera otra cosa que hacer.

- El destino es caprichoso -contesta el hombre, pensativo-. Y además, le encantan las cadenas de desgracias -añade, haciendo una mueca de dolor y dejando escapar un gemido.

- ¿Se encuentra mal? -intervengo.

- Para ser sincero, estoy empezando a pasarlas canutas -responde, respirando hondo-. Le he pedido un analgésico al tipo que me trajo aquí,

pero parece que no tiene intención de hacerme caso.

Es bastante mayor, un hombre atractivo de facciones finas, regulares, y tez mate, con algunas salpicaduras de sangre en la cara.

- Llevo unas pastillas en el bolso. Paracetamol, eso no podrá hacerle daño. Voy a pedir que me lo traigan.

- ¡Bah!... -dice la mujer-. Si cree que van a tomarse la molestia de traerle sus cosas...

- Yo creo que sí.

Sí, lo harán. Porque esta tarde algo ha cambiado: soy la única superviviente. Cinco participantes en la reunión y veintidós empleados de la empresa, más el señor Farkas, las cuentas cuadran: veintiocho muertos o heridos graves. Una planta entera borrada del mapa. Yo soy la única que se ha salvado. El comodín, el número complementario. Hubo esos atascos monstruosos, me bajé del taxi, cogí el metro y éste es el resultado. No te darán la patada, Marylou, no, tú sigues en tu puesto, es a los demás a quienes se la han dado, a quienes han quitado de en medio, a quienes han machacado.

Se me acelera el corazón y le suplico que se calme. Pero ¿cómo es posible tranquilizarse cuando uno se siente por fin vivo? Los malos recuerdos afluyen como si hubiera llegado la hora de extirparlos de mi memoria y afrontarlos; el miedo, mis miedos me abandonan, renuncian, abdican, me he vuelto invulnerable.

- Si usted lo dice... -concluye, sin convicción, la mujer.

Aquél no encajaba en la idea que yo tenía de los hospitales. Nunca me pongo enferma y -crucemos los dedos- Paulo tampoco. Lo peor que hemos pasado juntos fue una varicela de aúpa cuando tenía seis años. Comprendió muy pronto que estar enfermo es un lujo de ricos. No me refiero a las enfermedades graves, pues éstas, por lo que sé, están bastante bien repartidas, sino a las otras, los virus invernales, los lumbagos, las afecciones menores, que te dejan hecha polvo y pueden costarte caras, en el mejor de los casos una fortuna en tratamientos, en el peor, el empleo si no te recuperas lo bastante deprisa.

Había hablado con mi hijo el día que empezó a ir a preescolar: Mira, Paulo, no puedo contar con nadie que se ocupe de ti si caes enfermo, así que

vas a tener que colaborar. Queda terminantemente prohibido olvidarse la bufanda y las manoplas en invierno. Queda prohibido quitarse el abrigo después de practicar deporte. Queda prohibido compartir la cantimplora con los compañeros. Zumo de naranja natural y cucharada de miel todas las mañanas, sopa de verduras por la noche obligatoria. ¡Rompan filas!

Así que del hospital sólo conocía realmente la maternidad. Había estado unos días después de dar a luz. Paulo, dispuesto ya a ayudar, había nacido rápido y bien un 10 de junio a las tres y veinticinco de la tarde. Primer baño, primeros cuidados, aprender a darle el pecho, consultar al pediatra, y enseguida fuera. Paulo y yo habíamos salido a la hora de comer, con su cabecita apoyada en mi hombro, exactamente en el lugar adecuado... listo para hacerme olvidar la pena.

En esa época yo era guapa: la felicidad favorece. Quería, me querían, la vida era sencilla, sobria, magnífica: él se encontraba a mi lado... todavía hoy soy incapaz de pronunciar su nombre.

Recuerdo que cuando estaba embarazada se volvían para mirarme. No importaban los muslos gruesos, las nalgas demasiado voluminosas, los brazos rollizos. Las miradas se desplazaban de mi barriga abultada a mi sonrisa beatífica y se iluminaban por contagio.

Una mañana, la frecuencia de las contracciones había aumentado de repente. Después de haber comprobado que no faltaba nada en la maleta, había telefoneado al padre de Paulo con el corazón palpitante.

- Ha llegado el momento, ¿eh? -dijo-. ¿Estás segura?

Esperaba que viniera a casa a recogerme. Me parecía romántico despedirnos juntos de nuestra vida sin hijos. El se había negado amablemente.

- No me esperes. Tengo que terminar un trabajo. No tardo nada, pero por seguridad prefiero que salgas ya. -Me sentí decepcionada e insistí, en vano-. Es el primero, pasarán horas antes de que des a luz. Me reuniré contigo en el hospital mucho antes de que nazca.

Era mecánico, el mejor y, sobre todo, el más guapo del taller, del barrio, de la ciudad. Pelo negro, ojos azul intenso, cejas pobladas, cuerpo de estatua griega: según los rumores, su físico tenía que ver con el éxito del establecimiento. Era el más solicitado, el más mimado. Corría de un coche a

otro, hacía el trabajo de cuatro, hasta tarde, a veces incluso trabajaba toda la noche. Volvía a casa agotado y dejaba los billetes en la mesa del salón.

- ¡Ingresos extra! -anunciaba.

Algunos meses doblaba el sueldo. Eso me había animado; vivíamos juntos desde hacía dos años, me sentía preparada. El no.

- Imagínatelo, tendríamos un niño, se parecería a ti...

- No quiero hijos. Quiero disfrutar de la vida contigo. Nos lo merecemos, ¿no?

Era verdad: las habíamos pasado moradas. Hasta esos últimos meses y ese nuevo empleo, habíamos vivido los dos con mi salario mínimo. Nos privábamos de todo. Pasábamos los domingos ante el televisor para evitar salir y gastar. A mí no me importaba. Le decía: lo más importante es el amor. El contestaba: lo más importante es la libertad, y la libertad sin dinero es un coche sin ruedas.

Soñaba con vivir aventuras, con recorrer el mundo. Quería cruzar el desierto de Nevada, navegar por las islas Galápagos. Escalar el Himalaya.

- Marylou, nosotros dos en el techo del mundo, reconoce que sería una pasada...

Cuando le oía soñar lo imposible se me hacía un nudo en el estómago. Nuestro pisito me bastaba. Pero él estaba decidido. Estudiaba las ofertas de trabajo en el periódico, pateaba las calles, preguntaba a los comerciantes. Saldría adelante, le aseguraba a quien quisiera escucharlo. Su condición de huérfano ex hijo de la miseria no lo impediría: sólo era una cuestión de tiempo.

Lo había conseguido. A fuerza de tesón, sin títulos ni referencias. El dueño del taller lo había cogido a prueba veinticuatro horas: no hacía falta más para convencerse.

- ¡Me han contratado! ¡Empiezo mañana! ¡Sí, señora, y con las felicitaciones de la casa! -exclamó una noche, con una botella de vino espumoso en la mano y una sonrisa triunfal.

Sus proyectos se habían ampliado. Todos los meses metía dinero en una cuenta bloqueada. Noche tras noche, inclinado sobre la mesa de la cocina, dibujaba en un mapamundi recorridos multicolores cada vez más complicados.

- Empezaremos por los desiertos. Quiero escuchar el silencio.

Me quedé embarazada por accidente, seis meses después de haber firmado el contrato. Cuando se enteró de la noticia, me besó en la frente, guardó los lápices y dobló el mapa. Después permaneció un buen rato ante la ventana, mirando el horizonte. Yo temblaba de miedo. Le prometí que seríamos felices. Le pedí que tuviera confianza. El asintió con la cabeza. Durante las semanas siguientes se mostró tierno, atento. Traía fruta, caramelos, flores. Dejé de temblar.

Hacia las dos y media, aquel 10 de junio, las contracciones se habían vuelto insoportables. La comadrona se disculpó: todos los anestesiistas estaban ocupados. A duras penas oía su voz; de la anestesia podía prescindir, pero ¿de él, de mi amor, de mi otra mitad, de mi vida? Miraba la puerta del paritorio, me dirigía a Paulo: Espera, bebé, tu padre está en camino. Pero la comadrona no opinaba lo mismo: ¡Vamos, señora, empuje, ya veo al niño, está preparado, hay que ayudarlo a salir, respire hondo, empuje!

Una enfermera miró su reloj mientras Paulo profería su primer grito. Las tres y veinticinco. Un bebé magnífico, señora, puede estar orgullosa. Ni una arruguita, el peso ideal, los centímetros adecuados: simplemente perfecto.

Te lo suplico, abre esa puerta, aparece ahora, por favor, estamos esperándote, sólo te esperamos a ti, el resto del mundo nos tiene sin cuidado, Paulo se te parece, te lo había dicho, la nariz fina pero no demasiado, los labios carnosos, los asombrosos hoyuelos, la carne de tu carne adorada.

Entró otra enfermera con un sobre. Y enseguida comprendí, por supuesto.

- Es para usted, un mensaje del papá -dijo con una sonrisa cómplice.

El corazón se me encogió tanto que grité.

- ¿Le duele? No se preocupe -dijo la comadrona-. Todo está en orden, lo he comprobado, relájese, lea la carta.

La carta.

Es cuanto me queda de ti. Tres palabras y una coma: «Perdona, y ánimo.»

Apreté el papel tan fuerte que la huella se me quedó grabada en la palma hasta la noche.

De repente cesaron los ruidos en el paritorio. La comadrona se sentó a mi lado, en la cama, me cogió la mano entre las suyas, trató de hallar las palabras apropiadas.

Un frío que dura una eternidad. Mis venas azules revientan mi piel, mis ojos. «Perdona, y ánimo.» ¿Por qué esa coma? Ánimo, Marylou. Un bebé perfecto. Estréchelo contra usted, señora, es fundamental, piel contra piel, ya verá, eso es lo que cuenta, mire qué fuerte es, un niño rebosante de salud, será el rey de la maternidad.

Hacer acopio de fuerzas. Imaginar que un día conseguirás vivir sin esa sensación de no ser más que un fragmento de ti misma. Fuerzas para mentirse, repetirse que tú, Paulo, eres lo más importante de mi vida, el único ser que cuenta; a fuerza de decirlo una y otra vez acabará por ser verdad.

Y hasta entonces, resistir.

Había cogido todas sus cosas. Incluso se había llevado su ropa sucia. Las fotos de nosotros dos colgadas de la pared habían desaparecido. Había limpiado el lavabo y la bañera, cambiado las sábanas. Ni un pelo suyo. En el taller dijeron que no sabían nada, no había avisado de su marcha.

Me afeé enseguida. Mejillas hundidas, piel mortecina. Me maquillaba para disimularlo, pero no engañaba a nadie. Miradas contritas a mi paso. Notas compasivas en el buzón.

Resistir.

Le cantaba nanas a Paulo con un ansiolítico en el estómago, nos dormíamos juntos en mi cama. Piel contra piel: salvar eso. Al mes siguiente decidí mudarme. Nos instalamos en otro barrio de la periferia, con los mismos edificios grises cubiertos de grafitos, los mismos supermercados, las mismas marquesinas con los cristales agrietados de las paradas de autobús. Idénticos vecinos o casi, aunque con una ventaja considerable: no sabían nada de mi pasado y les importaba un pimiento. A Paulo le conté que su padre era alpinista y había desaparecido en la ascensión de la cara norte del Everest. Habría sido preferible decirle que había muerto, pero no fui capaz de pronunciar la palabra. Un error.

- Si ha desaparecido, podemos encontrarlo.

- Verás, Paulo, la última persona que se cruzó con él lo hizo a siete mil setecientos metros de altitud, en un momento en que las condiciones meteorológicas se estaban poniendo terribles.

- Razón de más. Si esa última persona sobrevivió, ¿por qué no él?

Una tarde, hacia las cinco, Paulo está en clase de cuarto de primaria y recibo una llamada de la psicóloga del colegio. Señora, le aseguro que siento mucho tener que abordar este tema, su hijo me ha contado lo de la tragedia en la montaña. Terrible, pero, en fin, regla número uno: no hay que dejar que un niño imagine lo imposible. Su padre no volverá, ¿verdad?

- No volverá, no.

Bien, entonces tiene que saber la verdad. Paulo cree que un ser humano puede sobrevivir nueve años en una falla. Que quizá su padre haya descubierto un mundo paralelo. Que en la leyenda del Yeti hay forzosamente algo de cierto. Aún peor: que el calentamiento del planeta y la fundición del hielo podrían reservarnos un milagro. Perdone que me exprese con crudeza, señora: es hora de que asuma sus responsabilidades.

El día que cumplió diez años, se lo conté.

- Lo sospechaba -contestó Paulo.

Acordamos que no volveríamos a hablar del tema, o por lo menos hasta que pasara mucho tiempo, para evitar hacernos daño.

- ¡Mamá!

Está ahí, en el umbral de la puerta. Sonríe. Nadège le rodea los hombros con un brazo. Lleva pantalones cortos, una camiseta y el pelo revuelto. Ella se ha puesto un traje de chaqueta de pata de gallo con un gran broche dorado en forma de flor y una cinta gris en el pelo: a duras penas la reconozco. Jamás la he visto más que con jersey o blusa, y el pelo recogido en una coleta.

- Todavía no me he muerto, no hacía falta que te vistieras de ceremonia -intento bromear.

Ella frunce el entrecejo y trata de responder, pero es demasiado tarde: Paulo se ha precipitado en mis brazos.

- ¿Qué tienes?

- Nada grave, estoy bien.

- Mami, qué miedo has debido de pasar...

Lo abrazo con fuerza. Una vez más, descubro lo agradable y bueno que es tenerte, Paulo. Una vez más, el tiempo se detiene y mi corazón se reconforta.

- Tiene un hijo muy guapo -dice el hombre de al lado.

- ¿Usted también estaba allí? -preguntó Paulo.

- No, qué va, lo mío ha sido mucho más tonto, me he caído de la bicicleta. Seguro que eso no le pasaría a un chico como tú.

- Todo esto es horrible -interrumpe Nadège-. Ya ves, Marylou, tenías razón. Tu jefe no era trigo limpio. Si no, ¿por qué iban a ponerle un bomba, eh? -Me coge la mano-. De todas formas, eres una mujer con suerte.

Es una síntesis sorprendente de mi vida, pero lo reconozco: hay materia para reflexionar.

- Paulo, ve a buscar mis cosas, por favor, necesito el bolso. Trae también una botella de agua de la máquina.

- Voy, mamá.

- Es un día extraño -comenta Nadège, pensativa-. Aunque no he leído nada de particular en los horóscopos...

- Un periodista pregunta si puede hablar contigo -me dice Paulo cuando vuelve, con la espalda ladeada por el peso de mi bolso-. Está con un cámara.

- Qué alucinante -exclama Nadège-. ¡Vas a salir en la tele!

- Me extrañaría. Yo estaba en el ascensor, no he visto nada. Se han equivocado de persona.

- ¿Está de broma? -interviene el hombre trajeado-. Usted es la única en condiciones de hablar. No la dejarán escapar. Con tantas víctimas, la audiencia está asegurada.

- No es muy fuerte, pero si puede aliviarle... -digo tendiéndole una pastilla y la botella de agua.

- Gracias. Ver que alguien se preocupa por mí ya hace que me sienta mejor.

- ¿Qué le contesto al periodista, mamá? -insiste Paulo-. La enfermera dice que eres tú quien ha de decidirlo, si te sientes capaz.

- Diles que estoy cansada.

Una auxiliar entra en la sala y se dirige hacia la mujer de la silla de ruedas.

- Va a examinarla un médico. Después podrá marcharse.

- Ya era hora -replica la mujer-. Si tuviera que facturar el tiempo de espera con mi tarifa horaria, el hospital se arruinaría. -Se vuelve hacia nosotros y hace un leve gesto de despedida mientras la auxiliar la empuja hacia la puerta.

- Por cierto, ¿a qué se dedicaba esa empresa? -pregunta el hombre trajeado, incorporándose para tomar la pastilla.

- Montar sociedades, comprar y vender empresas... Yo sólo era secretaria.

- Secretaria de dirección -cree oportuno rectificar Nadège-. Trabajaba como cuatro, pero le pagaban como a una becaria. Lo típico.

Paulo se estremece. Fulmino a Nadège con la mirada y ella se acurruca.

- No hay nada más valioso que una buena secretaria -observa el hombre-. Es el puesto de trabajo que resulta más difícil cubrir. Puedes estar orgulloso de tu madre, Paulo... ¿Me permites que te llame por tu nombre? Yo soy Tom -se presenta; habla cada vez más despacio, como si cada palabra le exigiera un renovado esfuerzo.

- Tom es nombre de héroe -afirma Paulo.

- ¿Ah, sí? -dice, sorprendido, el hombre-. Pero si es muy corriente. No sé qué te hace pensar algo así.

- Pues Tom Joad -contesta Paulo encogiéndose de hombros, como si se tratara de una evidencia.

- ¿Tom qué? -pregunta Nadège, frunciendo el entrecejo-. Yo conozco a Tom Cruise, pero a ese otro nunca lo he oído nombrar.

- Yo tampoco -coincide el hombre, sonriendo-. ¿Es un personaje de manga? ¿De un videojuego? ¿Un jugador de baloncesto?

- No, no... -murmura Paulo con expresión contrariada-. Es el protagonista de *Las uvas de la ira*.

- *Las uvas de la ira*... -repite el hombre sobresaltándose-. Pero ¿qué edad tienes, Paulo? ¿Once años, doce? ¿Y lees a Steinbeck?

Mis pulmones se hinchan de orgullo. Pues sí, mi Paulo lee. A Steinbeck, a Hugo, a Baudelaire, a Rimbaud, a Roman Gary y a un montón más cuyo

nombre he olvidado. Todas las noches, incluso después del apagado oficial de las luces. El finge creer que no veo el resplandor de la linterna bajo las sábanas, y yo finjo creer que duerme plácidamente.

Los viernes va a la biblioteca y vuelve con dos o tres libros que devora durante el fin de semana. Ha intentado convertirme, pero la lectura no es lo mío. Con mi historia tengo bastante, no me quedan fuerzas para meterme en las de otros.

El hombre sonríe con expresión afectuosa y dolida a la vez.

- ¿Sabe qué? Este niño es... -No termina la frase. De repente palidece y su cabeza cae hacia atrás: ha perdido el conocimiento.

No puedo contener un grito.

- No te preocupes, mamá -dice Paulo, como si el asunto fuera responsabilidad suya-. Voy a buscar a alguien.

Nadège se apoya contra la pared descolorida con los ojos muy abiertos.

- Joder! ¡Espero que no la diñe delante de nosotros!

- Tenías razón -concluyo-. Hoy es un día realmente extraño.

Dear Prudence

La expresión de Versini cuando entré en la sala. Prácticamente dio un respingo. No deliro, no, lo dio. O sea, que al primero que mencione la paranoia, lo meto en una olla, me pongo un hueso atravesado en la nariz y me lo como en salsa. Sí, cuando una se llama Prudence Mané, tiene un doctorado y es *partner* en una famosa asesoría jurídica, nada indica a priori que sea negra.

Conozco tan bien esas miradas desviadas... Esa manera torpe de disimular la sorpresa, porque, claro, semejante reacción está lejos de ser políticamente correcta.

Las conozco, preveo y espero, pero aun así no logro acostumbrarme. Resisto, me aferró: sé muy bien que es a mí a quien castigo dando pie a esos pensamientos sombríos. En vano. A diario me miro largamente en los espejos con que me topo. Acecho la afrenta. Eres negra, Prudence. Para todos esos blancos con quienes te cruzas, descienes de una estirpe de esclavos. Tu belleza, inteligencia, rigor, profesionalidad nada valen. Eres negra, luego inferior. Salida del reino subhumano, en algún lugar entre lo animal y lo vegetal.

- Entonces, usted es... mmm...

- Prudence Mané. Encantada de conocerlo por fin.

Pobre Orléans, que se empeña en creer en los cuentos de hadas. Está dispuesta a hacer borrón y cuenta nueva, con el pretexto de que la esclavitud ha sido calificada de crimen contra la humanidad. Sólo sabe pronunciar una palabra: tolerancia. Orléans no se ha dado cuenta de la gran estafa del siglo XX. Yo, en exceso. No creo en los buenos sentimientos.

Analizo los hechos, las cifras, constato que la esperanza de vida de un negro es inferior a la de un blanco, observo la cotidianeidad humillante de nuestras vidas. La hipocresía de los biempensantes. Ese aire solícito permanente. Siento que voy a explotar, pero ¿de qué serviría? Hay que aguantar. Sólo tengo un objetivo: pasar por esta vida lo más deprisa posible. Entretanto, poner algunos puntos sobre las íes cuando se presente la ocasión.

Miro a Versini a los ojos mientras hablo. Hay motivos para estar satisfecho. Es un expediente muy sólido. Hay un buen puñado de elementos convergentes. Relación de pagos, cruce de cuentas. Meses de minuciosas indagaciones, de análisis despiadados. Noches estudiando las disposiciones legales más abstrusas y menos conocidas, a la caza de las imprecisiones jurídicas, elaborando teorías, aportando conclusiones casi irrebatibles. Presento, expongo, desarrollo, demuestro. Él escucha. Menea la cabeza. Se acaricia la barbilla, bebe agua.

He terminado: le tiendo el expediente con cierto orgullo. Este es el circuito tal como podemos reconstruirlo, estimado señor. Estamos preparados para el último asalto.

- Bien -dice Versini tras haber escuchado mi exposición-. Un trabajo exhaustivo, no cabe duda.

No ha desviado la mirada ni una fracción de segundo. Nuestros ojos se enfrentan en una batalla silenciosa, aunque seguramente él ignora lo que está en juego. Sonrío levemente: imposible controlar la satisfacción que experimento en este instante, frente a ese hombre arrellanado en su mullido sillón de piel, en esta estancia cuya decoración pretenciosa te recuerda que te encuentras en la cueva del éxito. Este hombre que acaba de felicitarme, y no es para menos.

- Sin embargo... -añade.

- ¿Sí?

- Me preocupa un detalle. Usted ha mencionado (la cito textualmente) unas «conclusiones casi irrebatibles». Lo que me contraría sobremanera.

Un rictus a duras penas perceptible le contrae las comisuras de los labios y trasluce su tensión. Debería decir más bien su crueldad: acabo de

presentarle un expediente de cemento armado, pero el señor Versini está «contrariado sobremanera».

- Lo lamento, es imposible hacer más.

- Es lamentable, en efecto. ¿Quién ha trabajado en este expediente?
¿Clara?

- Yo misma. Puedo desarrollar algún aspecto en particular, responder a sus preguntas, hablarle de nuestros métodos.

- Querida -dice en tono condescendiente, frunciendo el ceño-, pago sumas elevadísimas a su despacho para obtener garantías. Así que voy a formular la pregunta sin tapujos: ¿hay aquí... -deja caer ruidosamente la mano sobre la carpeta naranja- algo que borre por completo las sospechas que pesan sobre mi empresa?

Bien, al parecer las cosas están torciéndose. Su mirada me sondea con dureza. Despliego mi armadura, pero es demasiado tarde. Estás tocada, Prudence.

- Quedan ciertas zonas de sombra. Habremos de contar con nuestro poder de convicción ante el juez, pero eso también forma parte de nuestro oficio. Ha llegado el momento de confiar en nosotros.

- No me gusta su enfoque -suelta Versini-. Usted no está aquí para enumerar las zonas de sombra ni para presentar conclusiones basadas en estimaciones. Si no tiene más que añadir, esta reunión ha terminado. Llamaré a Clara a última hora.

Se levanta y sale de la estancia. He visto a menudo su foto en los numerosos recortes de prensa que figuran en el expediente: Versini condecorado por el ministro de Economía, Versini en la escalera del Palacio de Justicia, Versini celebrando la reapertura de un conocido restaurante galardonado con varias estrellas. Pero es la primera vez que lo veo en carne y hueso. Más en carne que en hueso, dicho sea de paso. Los negocios le van bien. Es célebre por tener una de las mejores bodegas del mundo, sí, del mundo. El banco privado que dirige posee varios grandes viñedos y financia una prestigiosa marca de champán y un coñac muy conocido: una sola botella vale el equivalente de seis meses de sueldo de un obrero.

¡Clara estaba orgullosísima de haber conseguido este cliente! Hasta entonces, Versini nunca había recurrido a una asesoría externa. Tenía sus

propios juristas, sus propios perros de presa famosos por su rabia. Tres veces imputado, tres veces limpio de toda sospecha.

- Pero esta vez, Prudence, el asunto es grave -había advertido Clara-. Necesita lo mejor de lo mejor para salir del atolladero, y lo mejor de lo mejor somos nosotros. Eres tú. Tú eres la mejor.

Sus cumplidos me dejaban indiferente, pero el caso me motivaba.

- Y tú, Clara, en el fondo, ¿qué crees? ¿Está pringado?

- Lo que cuenta no es mi opinión, sino lo que el juez va a creer. Y gracias a ti, el juez va a pensar que es más inocente que un corderito. -Clara había captado mi mirada de desconfianza-. Y no, claro, no está pringado. No trabajo con organizaciones mafiosas. Además, el juez no tiene ninguna prueba de indicios.

Ninguna prueba, pero sí una convicción que él apenas disimula. Le han asignado el caso hace unos días, después de que el anterior magistrado -una magistrada, para ser precisos- falleciera inesperadamente de un infarto. Yo no lo conozco. Sólo sé que es joven y que es la primera vez que lleva un asunto tan importante. Tanto más peligroso: querrá hacerse un nombre a toda costa. El caso Realprom es una ocasión única para alguien que desee entrar en el círculo de los mejores: actividades poco claras, red implantada en los paraísos fiscales más enrevesados, sospecha de vínculos con el crimen organizado, hipótesis de financiación política. Y, para dar la última pincelada al cuadro, el apoyo de un gran banco privado, famoso hasta ahora por su poder y discreción. Versini.

Muy difícil separar lo verdadero de lo falso.

- Mira -había dicho Clara, pasándome una pila de documentos-, la verdad es que en este país no se perdona el éxito. Cuando el padre de Versini fundó el Lexis en el año cuarenta y siete, era contable en las Grandes Galerías de la Moda, así que figúrate.

Sí, me lo imagino muy bien. Es precisamente eso lo que hace que me resulte simpático el tal Versini. No soporto que se juzgue a las personas por su pedigrí, ¿comprendes, Clara?

Me había entregado al caso con pasión, decidida a proteger a mi cliente de los ataques malintencionados. Sería su escudo, su chaleco antibalas, su seguro a todo riesgo. Si alguien había jurado acabar con él, terminaría

estrellándose. Yo encontraría los fallos en el informe de la acusación. Demostraría la mala fe y la falibilidad de los argumentos expuestos. Barrería de un plumazo las sospechas.

Había invertido una energía considerable en ese trabajo. Durante noches enteras había comparado flujos financieros, estudiado extractos de cuentas, clasificado números de teléfono; el combate de Versini era el mío, su victoria sería la mía. Esto da una idea de la satisfacción que me había causado enterarme de que iría en persona a presentarle los frutos de mi trabajo.

Pero resulta que, tras exponerle con todo detalle, durante dos horas, mi dispositivo de defensa, Versini despreciaba mis esfuerzos y pisoteaba mis conclusiones con un humillante «Llamaré a Clara a última hora».

Ni siquiera se tomó la molestia de despedirse, limitándose a inclinar vagamente la cabeza antes de salir de la estancia, gesto que sin duda consideraba suficiente para una subalterna, negra por añadidura, que había tenido la audacia de no dar una respuesta tajante a un interrogante imposible de resolver.

Recogí mis cosas, tapé la pluma estilográfica. Observé de nuevo el precioso artesonado, la gruesa moqueta, los cuadros de grandes maestros. La propia mesa era de una madera tan bonita, tan maciza, de una forma tan original y con una pátina tan perfecta que parecía una obra de arte. Bajo la dirección de Versini hijo, el banco había multiplicado por cinco su crecimiento. Había motivos para atraer la atención de un juez puntilloso, tanto más cuanto que el Lexis Bank, que ya disponía de una representación activa en las islas Caimán, había abierto recientemente una oficina en Moscú y otra en las islas Tonga, y que en estas últimas se había ubicado en el mismo período una filial de Realprom, cuyas actividades eran como mínimo poco claras.

Dicho esto, financiar una empresa y gestionar sus cuentas no implicaba forzosamente conocer al cien por cien la naturaleza de sus transacciones. Que un banco tuviera una o dos sucursales en paraísos fiscales sólo formaba parte del oficio; en cuanto a Versini, eludía la ley y operaba *off-shore* guardándose las espaldas: en resumen, las persecuciones de que era objeto

resultaban infundadas y calumniosas, al menos eso aspiraba yo a demostrar hasta aquella reunión mortificante.

Sin embargo, la situación acababa de cambiar. Ya no estaba muy segura de seguir con el caso. Me urgía hablar con Clara.

Cogí el teléfono, pero cuando iba a marcar su número el contestador se puso en marcha. Su voz, en un estado de nerviosismo extremo.

«Oye, Prudence -gruñó, con un timbre todavía deformado-, es increíble, pero me encuentro literalmente aprisionada, retenida contra mi voluntad en una horrible sala de espera. Estos imbéciles no se atienen a razones y se niegan a dejarme salir del hospital sin un acompañante, cuando ya han desaparecido todos los síntomas. Ven a recogerme en cuanto termine la reunión con Versini. Menudo lío por ese puto atentado. ¡Prudence, date prisa, o si no ahora seré yo quien haga saltar todo por los aires!»

¿Un atentado? Me conecté inmediatamente a Internet. Informaban de una explosión por causas todavía no determinadas, una planta entera de un edificio de oficinas había volado y se contabilizaban unas treinta víctimas, la mayoría al parecer muertas en el acto y las demás gravemente heridas.

Me estremecí. Vida y muerte, el instante presente. Vamos, Prudence, ve al hospital, ahora mismo filosofar no servirá de nada. Más vale recoger a Clara y tratar de reconducir la obstinación de Versini. Después será el momento de reflexionar sobre lo demás. De tomar un poco de perspectiva e interrogarte sobre este extraño día durante el cual, y de forma sucesiva, has pensado dimitir, has tenido la oportunidad tan ansiada de presentar los frutos de tu trabajo y, al final, recibido el peor bofetón de tu carrera, lo que en cierto modo te devuelve a la primera premisa.

Tenía el coche aparcado muy cerca. Llegaría al hospital en menos de un cuarto de hora.

Aquel día que había dicho «Es que sí» cuando Antonin ya iba camino de la clase de física, lo esperé a la salida del colegio con el corazón palpitante, las piernas trémulas y una mezcla de vergüenza y felicidad. Pero Antonin el Guapo, Antonin el Magnífico, pasó por delante de mí mirando el suelo, sin decir una palabra. Eran las cinco de la tarde, la culpa era mía, no había contestado con la rapidez necesaria, seguramente ya había elegido a otra.

Aquel día funesto, de vuelta en casa me miré largamente en el espejo para medir mi resistencia. ¿Cuánto tiempo podría sostener la mirada de una chica deshonrada, que no había temido dar lo más precioso que tenía para obtener unas migajas de reconocimiento, para existir al menos físicamente, para -en el mejor de los casos- constatar que tenía ese lastimoso poder de dar placer a quienes la trataban como a una intocable?

A los once años, los pechos no son el único órgano desarrollado: a veces el cerebro y el corazón ya están en condiciones de sentir la brutalidad de conceptos tan violentos como los de desgracia y fatalidad.

A los once años se puede llorar sin derramar una lágrima; y así, con los ojos secos, me dirigí hacia la ventana del salón. Pensé por un instante en mi madre y le pedí perdón en silencio por abandonarla de ese modo, a la vez que me decía que más valía tener una hija muerta y digna que una viva y repugnante. Después pensé en ti, querido abuelo. Me disculpé también porque temía tus reprimendas cuando nos encontráramos allá arriba, en la lejanía de lo desconocido. No te gustaría enterarte de que me había convertido en una perdida. Tampoco de que había tomado una decisión que no me correspondía. Sin embargo, y ésa era mi única certeza, siempre me querías: me estrecharías contra tu pecho susurrándome al oído las palabras consoladoras de un poeta.

Me acerqué a la ventana. Vivíamos en el cuarto piso, de modo que podía imaginar un fin brutal. Pasé una pierna por encima de la barandilla y caí a una velocidad alucinante, con la misma simplicidad que una piedrecita arrojada desde un puente. Al pie del edificio, un arriate descuidado intentaba vagamente animar un poco el blanco sucio de las paredes. Vi la mezcla de colores, un arco iris precipitado, después vino aquel tremendo puñetazo, la respiración cortada, el estrépito silencioso, el instante de alivio.

Mi madre nunca hizo ningún comentario sobre lo que habían dicho en el colegio y yo jamás se lo pregunté. Cuando desperté, cuatro meses más tarde, su piel y su pelo se habían vuelto de un horrible tono gris uniforme. Me explicó que nos habíamos mudado. Todavía tuve que pasar más de un año en rehabilitación en un centro especializado antes de ver nuestro piso. Era luminoso y alegre, una planta baja que daba al jardín en una pequeña urbanización modesta de la periferia, al oeste de la ciudad. Los muebles

eran nuevos. Mi madre había colgado en las paredes decenas de fotos de mi infancia. Hablaba, cantaba, no paraba, poseída por la urgencia de ocupar los espacios, los instantes, desconcertada ante la idea de que yo pudiera intentar otra vez poner fin a mis días. Y cuanto más reía, cuantas más excursiones proponía, más actividades inventaba y más trampas tiernas imaginaba para verme sonreír, más miserable me sentía yo. Me parecía encarnar la idea misma de fracaso: cuatro pisos, y aun así incapaz de quitarme de en medio.

Todos los días venía un profesor particular. «Eres un verdadero milagro -murmuraba-. Cuatro pisos, no muy altos, es verdad, pero aun así... Es como para preguntarse si los negros poseen una constitución diferente que los blancos. ¿No es del dominio público que sois más flexibles?»

Mamá aprovechaba su presencia para salir, hacer la compra, cumplir con sus obligaciones exteriores. Yo me aplicaba, me concentraba en mis cálculos, en las clases: por lo menos mientras estudiaba mi mente dejaba de dar vueltas machaconamente a mi desesperación. Con ese régimen, no tardé en volverme imbatible. Cuando me reincorporé al régimen escolar tradicional, enseguida me convertí en la primera de la clase. Por lo menos había conseguido algo: gracias al éxito en los estudios, mi madre recuperaba un poco de serenidad. Empezaba a maquillarse de nuevo, iba a la peluquería, se vestía otra vez con gusto. En muy pocos momentos se dejaba llevar, y entonces me abrazaba, la mano derecha pegada a mi nuca, y lloraba contra mi mejilla. Después se enjugaba las lágrimas.

- Qué tontería, Prudence, mira si soy sensiblera que lloro sin siquiera saber por qué. Pero dime, dime que estás bien.

- Sí, mamá, te lo juro.

Nos mentíamos mutuamente con delicadeza.

La verdad era más cruda. Mi vida se había detenido el año que cumplí los once, ¿cómo habría podido ser de otro modo? Por esa expresión tan trillada, «mi vida», entiendo mi verdadera vida, la que esperaban para mí quienes me quieren, aquella con que soñaba de pequeña, hecha de amor, de deseo, de nobles sentimientos, de aventuras, de luchas justas. Había fallado en la consecución de mi muerte física, pero había logrado la psíquica. Desde entonces sobrevivía exclusivamente para proteger a mi madre de un sufrimiento peor que el ya infligido.

Nunca dejó esa última vivienda. Todavía hoy cultiva allí su pequeño jardín, planta rosas de nombres alambicados y otras flores anónimas que lleva a mi casa cuando está segura de que no va a encontrarme.

En el momento de entrar en el hospital para recoger a Clara, me he parado un instante. No había vuelto a pisar un centro de ese tipo desde el accidente. Un accidente de coche, ésa era la versión oficial, porque la necesitaba, ya que me quedaron varias cicatrices impresionantes en brazos y piernas. Las múltiples fracturas habían dado lugar a decenas de operaciones. Mi esqueleto aguanta gracias a una infinidad de pequeñas piezas metálicas que activan las alarmas en los aeropuertos y me impiden olvidar, suponiendo -algo improbable- que el grito de mis heridas intentara extinguirse.

El acceso se hallaba obstruido por varias furgonetas equipadas con antenas parabólicas. Un grupo compacto de cámaras y fotógrafos se agolpaba ante las cristaleras. Sonaban teléfonos sin cesar, entremezclados con toques de claxon, voces desordenadas y ruidos de motores.

Instintivamente, al atravesar la multitud agaché la cabeza. En el vestíbulo reinaba la misma agitación. Batas blancas se afanaban de derecha a izquierda, bajaban a toda prisa la escalera, cerraban ruidosamente las puertas. La ventanilla de información estaba tomada por periodistas y familiares. Era inútil esperar que me atendieran en medio de aquel caos. Marqué en vano el número de Clara: no había cobertura. Así que me adentré en el pasillo principal, atestado de camillas en que yacían viejos de mirada perdida, niños inquietos y mujeres embarazadas con expresiones tensas.

Seguí los carteles hacia la sala de espera. Las puertas se abrieron con brusquedad cuando me disponía a entrar. «¡¡Vía libre!!», gritó un auxiliar corpulento empujando hacia mí una cama con ruedas provista de barrotes anticaída. Tuve el tiempo justo de ver la cara de un hombre que gesticulaba de dolor y la roja sangre que se extendía por la sábana blanca.

Me asomé a la sala. Al fondo, una mujer medio incorporada en una camilla acariciaba la cabeza de un chiquillo. Otra mujer endomingada con un traje de chaqueta de pata de gallo, un poco vulgar pero de aspecto afable,

cogía de una mano a la primera. Alrededor, algunas personas sentadas en el suelo leían o charlaban.

Clara no estaba allí.

- Disculpe, estoy buscando a una persona, ¿sabe si hay otra sala de espera? -pregunté a la mujer del traje de chaqueta.

- El hospital entero es una sala de espera -respondió.

- Si es por lo de Realprom -intervino el chiquillo-, creo que hay una ventanilla especial en el vestíbulo.

- ¿Realprom? -repetí sobresaltándome.

- Sí, Realprom -repuso el chaval con el ceño fruncido.

- Esta señora no está forzosamente aquí por la explosión, Paulo -señaló la mujer de la camilla.

Realprom. No puede ser verdad. Una cosa así... no puedo creerla. Has entendido mal, Prudence.

- Perdona, lo de la explosión... ¿se refiere al edificio de oficinas que ha saltado por los aires hace un rato?

- Exacto, ha sido Realprom lo que ha saltado por los aires.

- Su oficina -precisa el chiquillo, hinchando de pronto el pecho con una especie de orgullo insólito-. Pero ella no tiene nada. Bueno, casi nada. ¡Ha sido la única superviviente! Es mi madre.

- Calla, Paulo -lo interrumpe la mujer, sonrojándose-. Discúlpelo, siento mucho si tenía algún conocido allí. De todas formas, nada es seguro aún, los médicos todavía están trabajando...

- No, no venía por eso. En realidad, tampoco sabía que se trataba de Realprom... Pero es que... justo ahora estoy trabajando en un asunto un poco delicado relativo a Realprom.

- Ah -dice la mujer de la camilla-, no me extraña, ¿sabe? Con el señor Farkas, los asuntos siempre son delicados.

- ¿Trabajaba con Grégoire Farkas? ¿Directamente?

- Era su secretaria. ¿Lo conoce? Bueno, debo decírselo, espero que no fueran muy allegados: ha muerto -anuncia entre incómoda y satisfecha.

- No lo éramos. Dirijo la asesoría que trabaja para Lexis, el banco de Realprom. En fin, la codirijo, para ser exactos.

- Entonces, es usted abogada o algo por el estilo, ¿no?

- Es lo que digo siempre -interviene la mujer del traje de pata de gallo-: el mundo es un pañuelo.

En el momento en que pronuncia la frase, de repente tomo conciencia de que, por primera vez, ninguna de las personas que están en la estancia ha pestañeado al enterarse de mi trabajo. Sí, al parecer, en esta sala de espera de paredes descoloridas ser negro no es una característica más sorprendente que ser rubio o pelirrojo.

- Dígame, ¿cómo se llama su bufete? -pregunta la secretaria de Farkas con aire pensativo.

- Protech Consulting. ¿Le suena?

- Ya lo creo. Una de sus colaboradoras solicitó unos documentos hace unas semanas. Me ocupé de facilitárselos. Se llamaba...

- Victoire. Seguramente usted habló con Victoire Milton.

- Eso es, la señorita Milton. ¿Sabe qué? -añade la secretaria de Farkas-. Es una suerte que usted esté aquí. -¿Ah, sí?

- Excepto yo, todos los demás están muertos o gravemente heridos... ahora ya puedo decírselo, pues no es usted pariente de ninguno. Y quienes habían venido para la reunión, lo mismo, muertos o casi. ¿Se da cuenta? Fulminados. No queda nada de los locales y no mucho más de los empleados. Realprom liquidada -concluye mientras empiezan a temblarle las manos.

- Qué terrible.

- Sí, pero la cuestión es que no sé qué va a pasar ahora. No sé a quién dirigirme y todavía menos qué va a ser de mí. Quizá usted pueda ayudarme.

- ¿Por qué no? -respondo, un poco recelosa: ya tengo bastantes problemas como para ponerme a hacer de buena samaritana.

- En el bolso tengo unos contratos. No sé a qué se refieren, pero el señor Farkas les concedía gran importancia. Eran para la reunión de hoy. -Señala bajando el tono, y reprime una arcada-. Estoy viva gracias en parte a ellos. No sé qué hacer con esos documentos, así que, si usted aceptara encargarse de ellos... Quizá haya que dar curso a algo, avisar a alguien, seguramente incluso al Lexis, ¿no? Yo me quedo una copia y usted se lleva las demás. - Se interrumpe de nuevo-. Oiga, puedo confiar en usted, ¿no? Alguien tiene que ocuparse de esto. Sí, por supuesto que puedo, eso se nota, ¿verdad,

Paulo? Por cierto, me llamo Marylou Mihajilovitch, es un poco difícil de pronunciar. Paulo es mi hijo. ¿Tiene una tarjeta? Por guardar las formas, ya sabe. Está claro que la ha enviado Dios, así que no vamos a complicarnos la vida.

La observo con atención. Hay en ella algo profundo y patético a la vez, una belleza cansada, humanidad. Y tiene un nombre bonito.

- Paulo, acércame mis cosas -pide Marylou.

El niño coge un gran bolso y lo deja sobre la camilla.

- Me llamo Prudence Mané -me presento, tendiéndole una tarjeta a su madre-. Aquí puede localizarme. En cuanto a los expedientes, me encargaré de hacérselos llegar a quien corresponda. Voy a escribir un recibo para que tenga un comprobante de que me los ha entregado.

- Como quiera.

Me disponía a contestar cuando la puerta se abrió y se acercó una enfermera.

- ¿Señora Mihajilovitch? El periodista pregunta si puede entrevistarla ahora. ¿Cómo se encuentra?

- Bastante bien. Sí, ahora puedo. -Y volviéndose hacia su amiga, pregunta-: Nadège, ¿te quedas con Paulo? Hay cinco expedientes, más los anexos -me dice a continuación-. Son el mismo, ya lo verá, sólo cambia la carta de acompañamiento, por el nombre. Déjeme uno y llévese los demás. Paulo le dará mi dirección y teléfono, para que me mantenga al corriente. ¿Le parece bien?

- Sí, por supuesto. La llamaré mañana.

- ¡Allá vamos! -exclama la enfermera empujando la camilla hacia la salida.

El chiquillo me ayuda a sacar los expedientes del bolso. Le doy las gracias.

- Oiga... -dice cuando me dispongo a marcharme.

-¿Sí?

- No la deje colgada, ¿eh?

Es guapo. Once años, doce quizá. Por un instante se me encoge el corazón.

- Va a necesitar ayuda. Una abogada le vendrá bien -añade.

Ignoro por qué extraño mecanismo mi mano se toma de pronto ciertas libertades y se posa sobre su hombro. Tampoco sé cómo soy capaz de sonreírle, me refiero a sonreírle de aquella manera: desde el interior.

- No te preocupes, Paulo. No la dejaré colgada.

Son las cinco y media. De repente me siento acalorada. Más vale que me vaya. Además, tengo que encontrar a Clara.

OceanofPDF.com

Royal Albert Hall

Por sorprendente que parezca, lo que más me dolió no fue enterarme de que era hijo adoptado, sino más bien darme cuenta de que se trataba de un hecho que todos conocían.

Primero sentí un dolor lacerante mezclado con un odio feroz. Los increpé en silencio, a uno tras otro, madre, padre, hermana, cuñado, sobrino, hasta que mi alma se apaciguó. Después reflexioné. Un minuto, dos. Me invadía una calma sobrenatural cuando empujé aquella puerta y besé a quienes en teoría constituían mi única familia. ¿Advirtieron aquella especie de escupitajo helado que mis labios depositaron en sus mejillas? Quizá Dan, pues se estremeció.

- Me alegro de verte -mintió mi cuñado-. Tienes buen aspecto pese a todo.

Clélia alzó los ojos al cielo. ¿Cuándo había dejado de querer a su marido? No recuerdo haberla visto mostrarse tierna con él jamás. Cada vez que él habla, lo mira con desprecio. Lo interrumpe a menudo. Suspira sin cesar. No se priva de humillarlo en público, se complace en hacer chistes a su costa, le encanta tenderle trampas. Tiene facilidad de palabra y le gusta ser el centro de atención. Nadie pone en duda que decidió hacerse profesora de enseñanza media para asegurarse un auditorio cautivo y sumiso a la vez. Pobres muchachos, abandonados a su crueldad deslumbrante, a lo que ella llamaba sus «castigos creativos». Tan retorcida y cínica como lo fuera conmigo durante la infancia a fin de adjudicarse el mejor sitio, la mejor parte, para esconder mis cosas, robarme los ahorros y, peor aún, sisar a nuestros padres y culparme a mí.

Durante todos esos años, sin embargo, la perdoné. Me obstinaba en encontrarle justificaciones: demasiado joven, inmadura, frágil, compleja. Yo quería muchísimo a mi madre, y mi madre la adoraba, de modo que ésa era razón suficiente. Me contenía.

Por su parte, mamá no dejaba de recordarme mi misión: proteger a mi hermana de todo y contra todo. Morir por ella si era preciso. Eres su hermano mayor, Albert, eso es importante. Defiéndela de sus enemigos. Protégela de los celosos. Es tan luminosa, tan espiritual, inteligente, excepcional... El mundo entero le tendrá manía por perfección semejante.

Mientras que tú, Albert...

Mientras que yo, claro.

¿Por qué no me atreví a liberarme solo del injusto trato? ¿Por qué ha hecho falta esta tragedia?

A los diecisiete años recién cumplidos -ella tiene trece-, mis padres nos envían de vacaciones a colonias. Clélia y yo detestamos tener que compartir nuestras diversiones, pero no nos queda elección. Hace un tiempo espléndido y, a la hora de la salida, el responsable del grupo promete a las familias reunidas un verano inolvidable. Mientras subo al autocar, mamá me repite que vele por mi hermana. La abraza; a mí me gratifica con una ligera palmadita en la mejilla. Adiós, niños, sed prudentes, ¿eh? Y divertíos mucho.

Acampamos a orillas de un río. El ambiente es alegre; la naturaleza, hermosa. Clélia hace amigas de su edad; yo conozco a Ingvar. Se expresa mal, pues llegó de Suecia hace sólo tres meses. Desgarbado, más flaco que un fideo, de boca grande y dientes de caballo. Pero esa sonrisa de felicidad que flota permanentemente en su rostro hace que todos lo quieran, empezando por mí. Me enseña algunas palabras en sueco: *solsken*, *smaskig*, *broder*. Reímos. El sueco suena a mis oídos como una sucesión de onomatopeyas sacadas de dibujos animados. Las primeras semanas transcurren de maravilla. Me siento mejor que en casa, más libre, menos solo. Ingvar tiene una navaja con el mango labrado, una noche mezclamos nuestras sangres: hermano, *broder*. Me la regala. El porvenir adopta de pronto un nuevo aspecto.

Se proponen diferentes actividades. Algunas son obligatorias, otras facultativas. Renuncio al piragüismo porque Ingvar no sabe nadar. Jugamos al ajedrez, nos inscribimos en tiro al arco. Me ayuda a construir cabañas sofisticadas que despiertan la admiración de los demás. Yo dibujo los planos, él da su opinión. Yo soy fornido, él tiene imaginación: entre los dos creamos portentos hechos de ramas, musgo, piedras y cañas.

Hasta que llega aquella mañana de agosto: el sol parece todavía más radiante que los otros días. El director de las colonias congrega a la tropa y nos da la noticia. Es el día del recorrido por los árboles, actividad para la que todo el mundo se presenta voluntario. Somos afortunados, y lo sabemos: en esa época, este ejercicio no se hace en ninguna otra parte. Es el orgullo de la organización, la principal atracción, la razón por la que se desplazan chavales desde todos los rincones del país. «¿Preparados para la gran aventura? ¡En marcha!», exclama divertido el director. Todos profieren gritos de alegría y se precipitan hacia el punto de partida, muy cerca de un roble centenario. «¡Buen viaje!», dicen el cocinero y el administrador, que nos han acompañado hasta el linde del bosque, como manda la tradición. Clélia e Ingvar están justo delante de mí. Una casualidad: la fila se ha formado de manera espontánea. «¡Me encanta la carrera por árboles!», comenta Ingvar con su acento espantoso. Está más a sus anchas que una ardilla. Salta de rama en rama, se ríe de los obstáculos, enrosca su cuerpo interminable a los troncos. Se diría que es de goma. De cuando en cuando, se vuelve para comprobar que lo sigo, pero yo no soy tan rápido y me cuesta subir por las escalas de cuerda. Unos metros por encima de mi cabeza, Clélia vuela también, danza en medio del follaje, me provoca mientras yo, más abajo, resbalo, patino, sufro y me lastimo. «¡Ahí! ¡Y ahí!», chilla Ingvar, señalándome desde lejos los asideros y haciendo los gestos adecuados para que lo imite. Llego por fin a la red donde se agarran riendo los más pequeños como arañas a su tela. Clélia deja escapar grititos de miedo fingido y se desplaza procurando ofrecer su mejor perfil: está enamorada de uno de los monitores. Ingvar sonríe. Yo cuento mis desolladuras. «Go!-dice Ingvar-. ¡No terminado aún!» Las acrobacias se encadenan hasta el puente de madera, sobre el río. La excitación ha llegado al límite. A nuestros pies, los remolinos forman aquí y allá espirales

ruidosas. Ingvar se acaricia una oreja: «¡Múuuusica, Albert!» El agua canta, ruge o susurra según rompa en la orilla, se precipite en un remolino o se apacigüe entre dos obstáculos. Detrás de mí, unas chicas taconeán y entonan una canción cautivadora. Pienso que el verano es delicioso, inverosímil, magnífico, pero el equilibrio es tan frágil... El equilibrio del puente, la balanza de la vida, basta una fracción de segundo para que todo estalle, se haga añicos, desaparezca, el verde de los árboles, el gris de las rocas, el azul del agua... Me fallan las piernas, mi cuerpo resbala, busco un apoyo, mas sólo encuentro el vacío. ¡Dios mío, Ingvar!

El puente se viene abajo, arroja a los niños al río, lo divide levantando dos altos muros de agua.

Un blanco extraño. Apenas diez segundos.

Luego ensordecimiento, el frío del agua que martillea las sienes, oprime el pecho. Trago agua, he tocado fondo, no me atenaza el miedo sino que me asfixia la angustia. Golpeo con todas mis fuerzas el suelo blando, emerjo a la superficie, a mi derecha Clélia grita mi nombre, a mi izquierda Ingvar no grita, tiene los ojos cerrados, los dedos crispados, agarrados a una roca, está luchando, me hallo a cinco o seis metros de él, siento como si fuera yo mismo su esfuerzo, su concentración, su determinación por sobrevivir.

- ¡Albert, ven a ayudarme! -grita Clélia con su voz aguda.

Es buena nadadora. La corriente es constante, pero dista mucho de ser insuperable. Muchos niños ya han subido a la orilla.

- ¡Ven a ayudarme, Albert! -repite mi hermana-. ¡Los remolinos me dan miedo!

Cinco brazadas bastarían para alcanzar a Ingvar, solo en el centro del río. Pero es a Clélia a quien mamá me ha pedido que proteja.

Mientras nado en su dirección, me esfuerzo en mentirme. Aguanta, Ingvar. Cumpro con mi deber y vuelvo a buscarte. Eres fuerte. Estoy aquí, *broder*.

Clélia en la orilla, se pone a arreglarse el pelo mojado. Los monitores gritan: ¡Ingvar! El agua burbujeante, desierta. Me zambullo. Mis ojos abiertos, cegados por el fango en suspensión. Mi piel azotada por las hierbas. ¡Ingvar! ¡Ingvar! Una mano me agarra del tobillo. Es uno de los organizadores, está furioso.

- ¡Sal del agua, Albert!

Me niego, me debato, no volveré sin Ingvar, ni hablar, pero el joven es fuerte y me coge del pelo.

- Hostia, Albert, ¿no crees que ya tenemos bastantes problemas?

Encuentran el cuerpo de Ingvar dos semanas más tarde, a kilómetros de allí, con la cara tumefacta y los miembros descoyuntados. Me entero por los periódicos, pues volvimos a casa el mismo día de la tragedia. Culpan al director de las colonias, y con él, al tipo que diseñó el puente, al encargado de su mantenimiento, al alcalde y algunos más. En las fotos, todos parecen sinceramente afectados. Nadie hace alusión a mí. Nadie me nombra. No existo. El único testigo de mi debilidad ha muerto. Ingvar ha muerto.

La vida se reanuda donde la dejé al principio del verano. Entro en mi prisión.

- Hola, tío Albert -saluda Dan. Luego señala una bandeja de plata con un servicio de café, zumo de naranja y unas pastas-. Me he tomado la libertad de pedir que nos la sirvieran. ¿Café?

- No, gracias, Dan. Aprecio tu solicitud, créeme.

Su mirada cambia. Está inquieto. No le ha gustado mi contestación, o quizá haya sido ese deje de amarga ironía en mi sonrisa. Clélia se pone tensa también. Guardamos silencio. Veinte, treinta segundos, una pausa interminable. Saboreo su incomodidad. Deben de estar perdiéndose en múltiples suposiciones. Los miro uno a otro, con intensidad. Bajo su traje de chaqueta clásico y elegante, la rodilla de Clélia empieza a temblar. El notario entra, cargado con un grueso expediente. Todavía ignora que ese documento ya no tiene ningún sentido. Cree que va a resolver el asunto en media hora y cobrar un succulento cheque. Me estrecha la mano con calidez sincera.

- Bien -dice-, creo que estamos al completo.

- En efecto, señor Jambert.

Se sienta. Su sillón de piel es tan ancho que no logra ocuparlo del todo.

- Señora, señores, nos encontramos reunidos hoy a petición del señor Foehn, que desea organizar su sucesión.

Los semblantes se iluminan. Clélia reprime una sonrisa. Es transparente como el agua. Ya está, piensa. Va a soltar su fortuna. Un poquito de

paciencia y todo quedará arreglado, para nosotros la vida regalada, caviar a espuestas, tiendas lujosas, cruceros en camarote de primera clase.

Mientras los nervios contraen los estómagos, mi cerebro trabaja a marchas forzadas. Debo darme prisa. Ser creativo. Ha llegado el momento de demostrar tus aptitudes como arquitecto, Albert. Consideración de los campos de fuerza, medida de las resistencias, cálculo del riesgo de fisura. Objetivo: destrucción total del edificio.

- Le cedo la palabra, señor Foehn.

- Gracias.

Dejo que pasen unos segundos más. Quiero contemplar esas tres bocas entreabiertas, escuchar esas respiraciones entrecortadas.

- Señor Lambert, ante todo, perdón por alterar el documento -digo al fin.

Resulta, queridos míos, que he hecho una última modificación. Algo totalmente nuevo, fresquísimo, recién salido de mi cocina.

El notario enarca una ceja. ¿Alterar? ¿En qué sentido, señor Foehn? ¿Hasta qué punto?

Hasta el punto, señor Lambert, de borrón y cuenta nueva.

Me vuelvo hacia mi «familia».

- Clélia, Frédéric, sé muy bien que contáis con mi fallecimiento en fechas próximas para mejorar vuestra jubilación.

- Oye, ¿adónde quieres ir a parar? -protesta mi cuñado-. Estamos sinceramente apenados por lo que te pasa.

- Cállate -interviene Clélia con acritud-. No lo interrumpas.

- No quiero decepcionaros. Así que he decidido dejaros a mi muerte una renta mensual de quinientos euros.

- Un momento -interviene el notario, cuyos ojos parecen salirse de las órbitas-, ¿ha dicho quinientos euros? ¿Entiende por eso una renta para el matrimonio de un montante de quinientos euros, o bien esa misma suma para cada uno?

- Una renta de quinientos euros abonada a mi hermana, por supuesto.

- Bien -dice el notario escribiendo en su cuaderno-. ¿Algo más?

- El pago de la renta irá vinculado a una obligación. -Clélia está lívida y sus uñas arañan los reposabrazos del sillón. Frédéric está anonadado; Dan, tenso. El notario suspira-. Clélia, irás a Suecia todos los años, el diecisiete

de agosto, para visitar la tumba de Ingvar, mantenerla en buen estado y poner flores naturales. Te ocuparás personalmente de hacerlo, y ante notario. Los gastos estarán cubiertos. En caso de incumplimiento de ese deber, el pago de la renta se interrumpirá de inmediato. ¿Lo ha anotado, señor Jambert?

- Sí, claro, señor Foehn. ¿Qué más?

- Dan, en el fondo no eres mal chico, pero todavía necesitas madurar. He pensado en ti. Quiero hacerte un pequeño regalo, pero recibir dinero demasiado joven se convierte en una fuente de problemas. Acabarías por ignorar lo que es esforzarse. Olvidarías tus principios. Quiero ayudarte a que te hagas un hombre.

Es curioso cómo te pareces de repente a tu madre, Dan. Tu semblante se ha vuelto tan duro como el de ella. Estás a punto de saltar de la silla, ¿verdad? Pero ejerces el autocontrol, intuyes que no debes reaccionar, no por ahora. No tienes la sartén por el mango.

- Por consiguiente, he decidido lo siguiente: te lego la succulenta suma de cincuenta mil euros. Sin embargo, no la cobrarás hasta que tu madre fallezca. Así estoy seguro de que tendrás la madurez necesaria para disponer del dinero con sentido común.

- Es... es... -dice Clélia, mordiéndose la lengua para no pronunciar un adjetivo que daría al traste con nuestra conversación.

- Querida hermana, tanto uno como otro podéis rechazar esta oferta si no os interesa.

Esta frase es una pequeña satisfacción que me concedo. Tú y yo sabemos, Clélia, que no la rechazarás. Ya has hecho cuentas: quinientos euros al mes suman seis mil al año, o sea, sesenta mil al decenio. Y decenios, cuentas con tener por delante por lo menos dos: eres ambiciosa.

- Señor Foehn -dice el notario, vacilante-, resumiendo, tenemos cincuenta mil euros para el señor y quinientos mensuales para la señora, pero en lo que respecta a... mmm... bueno...

- ¿El resto del tesoro? Recibirá instrucciones en los próximos días. Necesito pensarlo. En cualquier caso, hemos terminado con las personas aquí presentes.

- Muy bien -contesta el notario-. Mandaré redactar esta parte.

Dan y sus padres cruzan miradas de cólera fría. Ninguno de los tres, sin embargo, se atreve a reaccionar. Temen perder lo poco que han logrado. Una migaja comparada con mi fortuna, pero una bonita suma en términos absolutos. Me levanto y estrecho la mano del notario.

- Siento mucho estos cambios de última hora. Volveremos a vernos muy pronto.

- Por favor, señor Foehn, estoy a su disposición.

- No creo que tenga ocasión de veros de nuevo, así que prefiero deciros adiós -me despido volviéndome hacia el trío.

Abandono la estancia sin haber oído sus voces.

Al salir, anduve sin rumbo fijo. Mi vida me atenazaba la garganta, me asfixiaba con esa parte oscura brutalmente sacada a la luz. Así pues, ese agujero que me torturaba desde hacía tanto tiempo tenía razón de ser: era hijo adoptivo. Peor, un hijo reprobado, despreciado a tal punto que nunca habían considerado que mereciera la pena contarme mi propia verdad, cuando los demás estaban al corriente.

Por lo menos, las múltiples reflexiones, las actitudes vejatorias, la discriminación sufrida durante tantos años acababan de hallar una explicación. Al igual que el amor incondicional profesado por mis padres a una hermana cruel, sin dignidad ni espíritu, pero hecha de su carne y su sangre. Una hermana que se les parecía. Detalles y sucesos afloraban de pronto revestidos de un sentido nuevo. El escaso interés de mi madre por mis deberes, mis amistades, mis actividades, mientras dedicaba gran atención a cuanto hacía o dejaba de hacer Clélia. Sus afirmaciones tajantes sobre los chicos, a quienes forzosamente les tenía sin cuidado vestir bien (yo heredaba las camisas viejas de mi padre) y eran por naturaleza más resistentes que las chicas (así que limpiaba el garaje solo mientras Clélia hablaba por teléfono con sus amigas).

Y aquellos eternos interrogantes: ¿De quién podía haber heredado los ojos negros? ¿Y ese vello tan abundante? ¿Y mi baja estatura?

- Tu bisabuela se casó con un griego.

- ¿Un griego? ¿Dónde lo conoció?

- ¡Y yo qué sé! Nos agotas con tantas preguntas.

Quienes habían aspirado al papel de padres me habían sumido a sabiendas en la oscuridad. ¿Era posible ser tan cobarde y egoísta a la vez?

Tras sus muertes en un accidente de coche, Clélia y yo habíamos vaciado la casa. Recuerdo haber llorado acariciando las fotos de familia. Habíamos llenado cajas, seleccionado cientos de papeles sin que yo viera nada anormal. Ni un documento oficial, ni una carta ni un recuerdo guardado en una caja de zapatos. Nada. Evidentemente, todo rastro de mi adopción había sido eliminado. Eso me condenaba al vacío a perpetuidad, y más aún desde que la generación precedente había desaparecido al completo: ningún miembro de la familia, amigo o aliado superviviente podría dar testimonio, revelar aunque sólo fuese un detalle.

Clélia era la única que sin duda conocía parte de las claves. Pero de ella no quería saberlo, prefería continuar en la ignorancia.

Me senté en un banco. Dios mío. Mi corazón febril, ahíto de informaciones, de interrogantes y dudas. Vamos, Albert. Admite y asume tu manifiesta soledad. Mira cómo se tambalea tu pequeño mundo en poquísimos tiempo. ¿Querías dejar una huella? Ahora sabes que es inútil. La huella de no se sabe quién nacido no se sabe dónde no impresionará a la gente.

Necesité una hora más para reconocer que aquella noticia bomba era lo mejor que podía haberme pasado: de no ser por ese episodio, habría concluido mi existencia en la mentira y el error. En cambio, el telón sobre mi pasado se había alzado. Ahora podía entender mi escasa capacidad para ser feliz, ese miedo instintivo al abandono que me había llevado a convertirme en un viejo solterón cínico y propenso al desencanto. ¿No era ya eso un maravilloso regalo de despedida?

Era hora de irse. Me levanté del banco y conecté el teléfono móvil para llamar a un taxi. Dentro de nada estaría en mi casa. Me tumbaría en mi sofá blanco con un whisky, al que seguiría otro, y otro más, hasta desplomarme y dormirme. Dejar de pensar, de rumiar, de machacar, de seleccionar. Duerme, Albert, duerme.

El teléfono vibró: tiene un mensaje nuevo, recibido hoy, a las quince horas cincuenta minutos. La voz trémula de Martin. «Acaban de entregarme

los resultados de las últimas pruebas. Ven a verme en cuanto puedas. Un abrazo.»

¿Un abrazo? Martin nunca se había mostrado tan cariñoso. Por lo menos, la situación tenía la ventaja de ser clara. La historia llega a su fin, Martin, oh sí, lo he entendido perfectamente, y por lo que te conozco, sé que estás hecho polvo, descompuesto ante la idea de tener que anunciarme que no es un año sino seis meses, tres, una semana lo que me queda de vida. La bestia ha terminado por devorarme antes de lo previsto. Te sientes culpable por haber pronosticado un plazo tan largo. Te preocupa mi reacción. Temes que me rebele, me derrumbe, pierda el control, explote. Amigo mío, estoy ya tan fragmentado... si tú supieras...

Era la hora de salida de los colegios. Decenas de niños invadían las calles con la mochila a la espalda, cogidos de la mano de sus mamás, dando saltitos, jugando, intercambiándose las meriendas, sonriendo al porvenir. Las niñas llevaban falda, los niños bermudas, y corrían tras las palomas para que echaran a volar. Hacía mucho calor. De repente me horroricé de mí mismo: ¿Acaso no encarnaba la muerte entre aquel alegre grupo? ¿No había empezado ya a descomponerme? Ven lo antes posible, había dicho Martin. ¿Qué horrible imagen había descubierto en las pruebas?

Bajé los ojos para evitar cruzar la mirada con algún niño y apreté el paso. Una fila de taxis esperaba en el cruce siguiente. Monté en el primero. Al hospital, por favor.

La taxista, una mujer de unos cincuenta años con el pelo descolorido, observaba una actitud hosca.

- Hay varias entradas, tengo que saber si cojo por el bulevar o si voy por el puente. ¿Adónde quiere que lo lleve exactamente?

- A urgencias, por supuesto: ¿no ve que estoy muñéndome?

- ¿Cómo? -exclamó frenando en seco-. ¡Pero entonces hay que llamar al Samu, hombre, no a un taxi!

- Tranquila, era una broma. Déjeme en la entrada principal.

- ¡Vaya sentido del humor! -suspiró-. Me ha asustado. Aunque la verdad es que, para ser un moribundo, está muy en forma.

- Si usted lo dice...

- De todas maneras, siempre me tocan clientes plomos, así que, ¿por qué no un tipo a punto de palmarla? Hablando de muertos y ambulancias, fíjese que estoy pensando en reciclarme como conductora de coches fúnebres. Por lo menos no te dan la paliza los charlatanes y el pago es por anticipado.

- En ese caso, debería pasarme su tarjeta -concluí-. Quizá tengamos que vernos pronto. -Habíamos llegado a nuestro destino. Le tendí un fajo de billetes-. Quédese. Le servirá para su pequeño negocio.

- Pero... -empezó. Las puertas automáticas ya se habían abierto. Entré en el hospital-. ¡Gracias! -gritó la mujer-. Y si...

Las puertas se cerraron a mi espalda. No pude oír lo que dijo.

Ground Control to Major Tom

A los enfermeros les costaba empujar la camilla. Se abrían paso entre compañeros presurosos, otras camillas encalladas, periodistas y un montón de personas atontadas que se agarraban de sus batas pronunciando un nombre, llorando, gritando. En ese pasillo empecé a calibrar la gravedad de la situación. La mía y la de los demás, pues las dos estaban íntimamente unidas.

- ¿Cómo se encuentra? Sigue aquí, ¿eh? -repetía el enorme tipo negro que estaba frente a mí-. Vamos, debe hablar, mantenerse despierto.

Tenía muchísimo frío, me encontraba tremendamente mal, cansado, agotado. ¿Era mi cuerpo, o más bien mi ego y mi alma lo que me hacía sufrir tanto?

- ¿Cree que es grave?

- No -respondió el enfermero-. Bueno, en realidad yo no creo nada. Perdió el conocimiento en la sala de espera de urgencias, pero ahora está mejor, ¿eh? Vamos, un pequeño esfuerzo. ¿Qué le ha pasado exactamente? ¿Qué relación guarda con la explosión?

- Ninguna. Me he caído de la bicicleta.

Me miró decepcionado: era un paciente menos interesante que todos esos jóvenes pulverizados delante del ordenador.

- Es que al ver las heridas de la cabeza... Porque los fragmentos de vidrio son un clásico, las ventanas estallan, los añicos salen disparados en todas direcciones, penetran en el cráneo... En fin, entonces no es su caso... -Suspiró y me tomó por testigo-: De todas formas, ¿se da usted cuenta? Esas personas que se levantaron tranquilamente esta mañana, tomaron el

café, se asearon silbando o pensando en la película que irían a ver el próximo fin de semana, subieron al metro, fueron a currar, se sentaron a su mesa como todos los días, abrieron sus expedientes y... ¡bum!

Me doy cuenta, sí. Yo también me levanté esta mañana en plena forma, desayuné, estaba enamorado, me disponía a realizar una propuesta de matrimonio, comí una excelente langosta a mediodía, hice el amor mientras tomaba un café, después monté en mi bicicleta, colisioné con un perro y... ¡bum! Mi vida ha saltado por los aires.

De acuerdo, no estoy muerto. Es sólo el lado invisible del corazón el que se ha parado. ¿Por qué, Libby? ¿Por qué me mentiste? No tenías por qué fingir celos, enamoramiento, mostrarte tan posesiva. Si hubieras sido sincera desde el principio, habríamos podido amarnos de otra forma, sin comprometer el futuro. Pero eso no te bastaba. Tenías que poseerme por completo, fueren cuales fueran las consecuencias. Te tiene sin cuidado provocar el hundimiento de los demás. Y, por supuesto, yo no soy el primero, claro. Antes, numerosas víctimas en tu lista, algunas importantes, creyeron en tu honestidad, pero a continuación se enteraron de que ya eran agua pasada, de que habían sido engañadas, sustituidas, relegadas, y hala, a hacer las maletas y desaparecer discretamente, nada de armar jaleo, ni reclamar ni desencadenar hostilidades.

He pecado de orgullo. Aseguraste que conmigo era diferente. Que yo era distinto. Me dijiste que los anteriores no tenían mi clase. Que en verdad eran ellos los culpables porque habían sido incapaces de conservar tu amor. Conseguiste hacerme creer que era el único que contaba en realidad, aquel a cuyo lado el rey del mundo habría parecido aburrido y sin interés (esta frase es tuya). ¡Qué estúpido fui! ¡Soy tan penoso! Sin embargo, había indicios. Pruebas. Indicios. Tu amor por el dinero, por el lujo. Esa manera de conseguirlo todo sin dar nunca nada. Deberías haber sido actriz, Libby. Nadie sabe interpretar la sinceridad tan bien como tú. Ni hacer promesas. El futuro rebosa contigo, ése es tu punto fuerte: a quienes temen el vacío, les presentas un reino donde el aburrimiento está desterrado para siempre.

Te creí. Te adoré. Te mimé. Te veneré. Nos imaginé como marido y mujer. Y de viejos: tú y yo, la pareja ideal. Creí haber hallado la respuesta a

mis interrogantes. Había vivido, aprendido, probado y comprendido para llegar hasta ti. Mis amores anteriores eran borradores; tú, la obra maestra.

Ahora sé que no eran sino ilusiones, proyecciones, fantasmas. Nunca formamos una pareja. Tú sólo vives el presente. Coges. Robas. Absorbes. Te llenas de los demás. Respondes a tus necesidades. Sacias tus deseos. En tu fuero interno, una vocecita te recuerda que los años pasan, que tu belleza se marchitará, que tu poder de seducción se acabará. Que sería juicioso sentar cabeza. Que otras mujeres más jóvenes, más frescas, más astutas te desbancarán.

Pero acallas la vocecita: ya decidirás más adelante qué hacer. Ya lo pensarás. Retrasas el momento y reanudas tus intrigas. Te equivocas. Acabas de perder un buen ejemplar. Dentro de un año, de cinco, de diez, una mañana cualquiera echarás un vistazo alrededor y verás un desierto.

¡Bum! Tu vida explotará también, Libby.

- Ya viene un médico para examinarlo -anunció el enfermero, entrando en un cuartito-. Mientras llega, voy a limpiarle las heridas. ¿Es su hijo este jovencito tan guapo?

- No -dijo Paulo-. Soy sólo un conocido.

Volví la cabeza con dificultad. El crío estaba allí, de brazos cruzados, más serio que un juez. Quizá fuera una tontería, pero verlo me reconfortó.

- ¿Qué haces aquí, Paulo? Deberías estar con tu madre.

- Está entrevistándola un periodista. -Señaló con la barbilla al enfermero-. He sido yo quien lo llamó, me he dado cuenta de que la cosa no iba muy bien.

- ¿Llamado? Algo más, diría yo -precisó el enfermero-. Me encontró en recepción y me arrastró hasta urgencias. Es tenaz, el chaval. Por eso creía que era su hijo.

- No tengo esa suerte. -Miré a Paulo-. Tu padre debe de estar muy orgulloso de ti.

- Yo no tengo padre -replicó, volviéndose hacia la pared.

¡Serás imbécil, Tom! Decididamente, metes la pata en cuanto abres la boca. Claro que hay que reconocer que el mundo está mal repartido. Este chiquillo resistente como el hormigón no tiene padre, y yo tengo un hijo, un

gilipollas de veintisiete años que sólo se pone en contacto conmigo para que lo inviten al Festival de Cannes o si ha de presentarme facturas.

Reconozco mi parte de responsabilidad: lo consentí en exceso desde su más tierna infancia. Peor aún, dejé que su madre lo convirtiera en un pusilánime. Con la excusa de protegerlo, evitó de forma deliberada que realizara ningún esfuerzo. Tal vez para olvidar que ella y yo nos alejábamos un poco más cada año, se encerró con Nathan en una burbuja en que se fundían los dos. Resultado: después de haber tenido legiones de profesores particulares pagados a precio de oro y seguido media docena de cursos privados sin conseguir aprobar el bachillerato, mi hijo reparte ahora su tiempo entre estancias prolongadas en el sofá y garbeos por clubes nocturnos de moda donde la botella de champán vale lo que una Vespa. Eso me pone frenético: ¿acaso, por el hecho de llevar una vida lujosa, uno está obligado a no dar golpe? A veces, en un arrebató de impaciencia, lo llamo e intento sacudirle la conciencia: Nathan, ya va siendo hora de que te preocupes por tu futuro. Él ni se inmuta. Asegura que dedica a ello más esfuerzo de lo que imagino.

«Lo que quiero es montar mi propia empresa. Tengo una idea», me dice. Y algún tiempo después: «Vale, eso no funciona. Voy a abrir una agencia inmobiliaria. Ya he establecido mis contactos.» Más adelante: «Tengo un plan estupendo con un amigo en China. Un negocio de bisutería.»

Siempre que hablamos, aprovecha para pedirme dinero. Y todas las veces pago. A veces discuto un poco. «Si no quieres ayudarme, dilo. ¿Crees que es fácil meterse en el mundo de los negocios?»

Le propuse contratarlo en mi productora. Lo habría puesto en manos de Gina, una gran profesional que trabaja conmigo desde hace quince años. Ella lo habría formado y le habría enseñado un poco de rigor, pero por supuesto declinó el ofrecimiento. Tiene un discurso bien armado: no quiere que lo traten como «hijo de», no soporta las estructuras, necesita independencia; es, por lo visto, una cuestión de temperamento. Sospecho que ya lo ha calculado: cuando yo muera, podrá vivir cómodamente de rentas. Y mi muerte, según las estadísticas y teniendo en cuenta mi estilo de vida, el alcohol que ingiero y los dos paquetes que fumo a diario, debería producirse más o menos cuando él tenga cuarenta años. Es una visión cínica

pero fundada. Hasta entonces, hace lo posible para ir pasando el tiempo, me gestiona, por emplear una de sus expresiones favoritas. Si aumento la presión y amenazo con cortarles los víveres, toca la fibra sensible.

- Vale, tengo que currar para encontrar mi sitio, pero explícame cómo te las habrías arreglado tú sin la pasta del abuelo.

- A tu edad, hacía ya mucho tiempo que me ganaba la vida.

- Entonces debía de ser más fácil. ¿Sabes qué? Siempre resulta más fácil sentirse fuerte cuando uno tiene un padre que le ayuda a hacer los deberes de mates por la noche. Yo no te vi durante toda mi infancia, ¿y ahora quieres aplicarme doble castigo?

En eso tiene razón: nací con suerte. Una familia unida con altos ingresos, buenos colegios, buenas amistades, contactos eficaces, las personas adecuadas en el momento oportuno. Subí muy deprisa los peldaños del éxito social. Sin embargo, ¿me ha hecho feliz? Rebusco en el fondo de mi memoria los momentos de alegría auténtica, de plenitud vital como adulto, y me cuesta encontrarlos. Sí, he disfrutado, he tenido satisfacciones de todo tipo. Frecuento los mejores restaurantes, visto ropa de los diseñadores más famosos, me he acostado con chicas guapísimas, modelos, actrices, periodistas, vivo en un piso espléndido con una terraza arbolada que la mitad de la ciudad envidia. He producido películas que han ganado los premios más prestigiosos y también otras que han sido auténticos éxitos de taquilla. Pero no sé qué es el gran amor, y en cuanto a la amistad, no estoy seguro de nada. Los dos únicos momentos de mi vida que puedo asociar a la sensación de dicha auténtica son el día que nació Nathan y el día, inesperado, que conseguí, recurriendo a mi relación con personas situadas en los cargos más importantes, promocionar y posteriormente naturalizar y llevar hasta la Palma de Oro a un realizador chino contestatario.

Después, Nathan se ha convertido en lo que ya sabemos. El realizador chino contestatario vive en Hollywood y rueda películas de elevado presupuesto, aunque no ha renegado de su lucha: me he enterado de que la mayor parte de las ganancias que obtiene van a parar a un movimiento clandestino de oposición en China: el honor se halla a salvo, tengo motivos para seguir confiando en el ser humano.

Un hombre de blanco, rondando la cuarentena, con unas gafas enormes apoyadas casi en la punta de la nariz, entró a paso vivo.

- Bueno, no perdamos tiempo, ¿es éste mi paciente?

- Sí, doctor, es este señor.

El enfermero me había hecho desvestirme y ponerme una bata. Me sentía tan débil como ridículo.

- ¿De qué se trata? -preguntó el médico mientras se lavaba las manos.

- Una caída de bicicleta -respondió el enfermero.

- Bueno, entonces no debe de ser muy grave. Supongo que ya sabe que hoy estamos un poco ocupados en el quirófano, ¿verdad? Veamos. -Se inclinó sobre mí. Frunció el ceño. Me pasó la mano por la cabeza, me examinó el cráneo, la pierna-. Heridas superficiales. ¿Cómo se encuentra?

- Muy cansado. Me duele el vientre. Estoy sudando, y es extraño porque tengo frío, mire, estoy helado. Me encuentro bastante mal, doctor.

- ¿Dónde le duele? ¿Aquí?... ¿Aquí? -preguntó, observando y palpándome el vientre.

- Sí, ahí me duele.

-Mmm... mmm...

- ¿Qué tiene? -preguntó Paulo-. ¿Por qué dice «mmm... mmm...»?

- Llévelo al servicio de ecografías -ordenó el médico al enfermero.

- ¿Ahora?

- Sí, ahora. Voy a avisarlos. No pierda tiempo, hay que darse prisa. -Se volvió hacia mí-. Vamos a hacer unas pruebas complementarias. Presenta síntomas de... Dígame, ¿cómo fue la caída? ¿Chocó contra una acera? ¿Cayó en la calzada?

Iba pedaleando en una nube, doctor. Contaba los girasoles, fue hace un par de horas, no, hace cien años, era otra vida, otra historia, otro Tom. Me crucé con una chica rubia de aspecto desmañado que llevaba un perro con una correa, hice un vuelo planeado y aterricé en la cara norte de la realidad. Desde entonces estoy resistiendo, pero me cuesta, doctor, me pregunto qué habría pasado si no hubiera sufrido este accidente. ¿Qué habría respondido Libby ante el anillo y los girasoles? ¿Habría seguido mintiendo? ¿Habría pedido a Aline que fuera nuestro testigo?

Se agolpan en mi mente sus cientos de preguntas sobre las secuelas financieras de mi divorcio. Ella también contaba con un divorcio en su pasivo, fructífero pero no lo suficiente para su gusto. Enterada de lo que mi ex mujer había obtenido, se había pasado horas rumiando.

«Era demasiado joven -había tenido el desparpajo de decir-. Divorciarse antes de los cuarenta es una gilipollez. Los jueces consideran que tienes la vida por delante. Salió bien parado ese cabrón.»

Libby me contó con cierto orgullo que el cabrón en cuestión había pasado varios meses en una clínica psiquiátrica, perdón, en una cura de reposo. En estos momentos, es decir, quince años después, todavía recibe tratamiento por depresión profunda, va de fracaso en fracaso profesional y no ha vuelto a casarse. Debería haberme parecido inquietante, pero la vanidad me cegaba. Escuchaba a Libby describir los daños infligidos a sus amores pasados con deleite. Me halagaba oírle humillar a sus anteriores conquistas. Su desgracia me divertía.

Ahora me doy cuenta de que yo no era mejor que ella: uno tiene la mujer que merece.

El médico salió de la habitación con expresión preocupada.

- En marcha -anunció el enfermero-. Chaval, aguántame esa puerta, ¿quieres?

El dolor se intensificaba en mi vientre.

- Radiología está en el edificio contiguo. Espero que todo vaya bien.

Una silueta jadeante surgió detrás de mí después de apartar a Paulo.

- ¡Tom! Tom, ¿cómo estás?

¿Aline?

- ¿Qué haces aquí?

- ¿Es usted su mujer? -preguntó Paulo.

Andaban deprisa, el enfermero empujando la camilla, Paulo agarrado a los barrotes metálicos y Aline apretando su bolso contra el pecho.

- No. En realidad soy... -empezó, pero no acabó la frase.

- Es una amiga, Paulo.

- Quería saber cómo estabas. Libby, todas esas mentiras... Bueno, me refiero a que... todo ha terminado. Quería que lo supieras. Quería que

supieras que tú y yo, bueno... que ella y yo... -De pronto se dirigió al enfermero-. ¿Por qué tiene tanta prisa? ¿Pasa algo?

- No te preocupes por mí, me encuentro bien -mentí.

- Estás muy pálido... ¿Sabes?, a mí también me ha destrozado esta historia... Si hubiera podido imaginar...

- Bueno -intervino Paulo, incómodo-, como ya no está solo, voy a volver con mamá.

- ¿Adónde lo lleva exactamente? -insistió Aline.

- A radiología. Hay que hacerle una ecografía.

- Lo acompaño -dijo ella.

No estaba seguro de apreciar su ofrecimiento, pero no me quedaban fuerzas para discutir.

- Buena suerte -dijo el niño antes de desaparecer.

- Adiós, Paulo -contesté. Y cuando nos dio la espalda, inexplicablemente se me encogió el corazón.

- Qué chaval más guapo -comentó Aline.

- Y lee a Steinbeck...

- Ya no hay generaciones -concluyó el enfermero-. Todo va demasiado deprisa. Dentro de nada tendremos que hacer cursos de formación para entender a nuestros críos.

Una mañana, en primavera, el dormitorio inundado por el sol, pegadas nuestras cabezas, nuestras pieles, nuestros corazones, cabellos castaños sobre la sábana blanca, canto de los pájaros por las ventanas abiertas de par en par, le había hecho una confidencia a Libby al oído: Siempre he soñado con tener una niña.

- Yo jamás tendré hijos -replicó ella encogiéndose de hombros-. Engendrar un hijo es egoísta. Te concedes el capricho, juegas con él como con un muñeco y después lo abandonas en este mundo de mierda. ¡Bonito regalo!

Pero la verdad era otra. Tiempo después, una noche que volvía borracha de un cóctel, me lo había confesado riendo.

- Fíjate en mi vientre, Tom. Mira esta piel flexible, elástica, estirada justo donde debe. Ningún crío vendrá a arruinármelo.

Su dedo sobre mis labios: Promételo, Tom, no dirás nada, ¿eh?, esto queda entre nosotros. Yo no soy políticamente correcta, lo sabes muy bien, pero reconoce que te gusta, te encanta que sea tu querida sin escrúpulos, tu amante ideal, tu perfecta perversa.

La podredumbre está en ti, Libby. En tu corazón, en tu cerebro, en cada partícula que te compone, sea material o inmaterial. En el fondo, quizá una especie de instinto de conservación de la especie te haya impulsado a no reproducirte. O tal vez un dios cualquiera haya considerado oportuno intervenir para impedir que un niño crezca entre las mentiras y manipulaciones que constituyen tu sistema personal de valores.

- Fue la portera del edificio quien me dijo a qué hospital te habían traído -explicó Aline mientras me preparaban para hacerme la ecografía-. Lloraba metida en su garita. Decía que era culpa suya.

- Yo la apreciaba.

- Yo también.

- Le ruego que salga, señora -pidió el médico.

- Te espero fuera, Tom -dijo ella recogiendo su bolso.

La ecografista era una mujer joven. En torno a la treintena, guapa, de ojos verdes, pelo castaño claro, afable. Me palpó el vientre, extendió el gel.

- Está muy duro todo esto -comentó. Mi piel había cambiado de color. Empezó a mover la sonda-. Después de esta prueba le tomarán una muestra de sangre. Será un momento. Luego volverá a examinarlo el doctor Grangé.

- ¿Grangé?

- Ha sido quien pidió la ecografía abdominal.

- Ah.

Su expresión cambió mientras pasaba una y otra vez el artillugio. Frunció el entrecejo.

- ¿Ve algo?

- Un momento, por favor. -Por un instante permaneció con los ojos fijos en la pantalla y luego dejó la sonda-. Disculpe, vuelvo enseguida.

¿Disculparla por qué, en concreto? ¿Por dejarme solo frente a aquella máquina incomprensible? ¿Por mostrarse tan amable y tan distante a la vez? ¿Porque yo tuviera tanto frío? Me sentía cada vez más pesado, casi pastoso. Me pareció que de repente la habitación se oscurecía. ¿Qué ocurría?

¡Estaban equivocándose conmigo! Me habían tomado por uno de los de la explosión, confundiendo los destinos: eh, señorita, vuelva, yo sólo me he caído de mi bicicleta, eso no puede ser tan grave, hoy ya he perdido a la mujer de mi vida, ¿no cree que es suficiente?

La doctora regresó.

- Vamos a llevarlo al escáner: probablemente haya una lesión intraabdominal con hemorragia interna. No voy a engañarle, es preocupante, pero se halla usted en el lugar adecuado, en buenas manos, no se preocupe, ¿de acuerdo?

Bueno, Tom, estás en un aprieto. En las películas que produces las hemorragias internas muy pocas veces acaban bien. En la realidad, todavía es peor. ¿Diana? ¿Arafat? ¿Bruce Lee? ¿Napoleón? Puede seguir hablándose interminablemente sobre las causas, pero el resultado está ahí: hemorragia interna.

La joven continúa explicándome la situación, pero emplea una jerga médica demasiado complicada: no entiendo nada, las palabras se vuelven más y más confusas y yo estoy cada vez más inquieto y angustiado. ¿Lesión de qué, exactamente?

- Hay un problema a la altura del riñón, vamos a verificarlo.

- ¿Un problema?

Ella no responde, está ocupada escribiendo en un gran bloc blanco. Otra joven entra empujando un carrito.

- Vengo a tomar las muestras. ¿Lleva encima una tarjeta de grupo sanguíneo?

Todo se acelera en la habitación y en mi cabeza. Llevo una, sí: cero negativo. La chica meneaba la cabeza con expresión afligida. Bueno, nos las arreglaremos, qué vamos a hacerle.

El año pasado tuve que someterme a un chequeo completo para el seguro: había comprado una casa en Cannes, una auténtica locura, casi cinco millones de euros, pero qué maravilla: estilo florentino, cinco dormitorios con cuarto de baño privado provisto de jacuzzi, ascensor interior, piscina, una vista suntuosa del cabo de Antibes. Gozaba de buena salud, ni una manchita en los pulmones, apenas un poco de colesterol que había que controlar, pero a mi edad quién no tiene ese problema. La única

sombra, según el médico, mi grupo sanguíneo. «Cero negativo; ha pecado usted de original, amigo. O más bien de complicado. En fin, que no cunda el pánico, normalmente hay reservas para los grupos raros.»

Me gustaría que me dijeran qué está previsto para hoy: ¿lo normal, lo no normal?

Me gustaría que me dijeran qué voy a hacer con esa casa de ensueño, solo en mi piscina.

Me gustaría que me dijeran cómo borrar los tres últimos años. Reiniciar el programa. Sin Libby, sin bicicleta. Otros problemas, otras adversidades: no pido imposibles. Pero éstos no.

Un enfermero me instaló de nuevo en la camilla, ayudado por un auxiliar. Dos personas, eso quería decir que el asunto era grave. Aline seguía allí cuando enfilamos el pasillo en sentido inverso, en dirección al escáner. Intentó bromear: ya estaba enterada, debía de haber obtenido información; si no, ¿por qué iba a poner esa cara de pena?

- Todo irá bien, Tom, todo irá bien. ¿Quieres que avise a alguien?

No, a nadie. Gracias por tu solicitud. Desde que te encontré entre los brazos de Libby, no queda nadie. No creas que te guardo rencor, Aline. Es una simple constatación, una historia archisabida, la del tipo que tiene tantos amigos que acaba por darse cuenta de que no tiene ninguno. ¿Avisar a quién? ¿Y con qué fin? A estas horas, Nathan estará preparándose para una de sus noches de dispendio y mi ex mujer haciéndose la manicura mientras llama a una amiga amargada; mis colegas estarán ocupados en sus actividades en la facultad y mi socio estará hablando de una producción con el responsable de cine de una cadena televisiva. Todos tienen cosas mejores que hacer que cogerme de la mano.

Aline está a punto de llorar.

- Eres demasiado sentimental -le digo.

Por otro lado, esto explica aquello.

- Me quedo contigo -murmura mientras los pasillos desfilan.

El dolor se recrudece de pronto. Tengo una sed repentina. Se me cierran los ojos, mi vientre parece de madera, soy un pelele, me niego a perder el conocimiento, ¡resiste, Tom, resiste! Las puertas se cierran alrededor, el aire

me deja helado, la vista se me nubla, ya no tengo fuerzas, oigo a Aline: «Vas a salir de ésta, Tom.» ¿Cómo?, ¿está en juego la supervivencia?

Se hace el silencio. La última imagen que me viene a la mente es una chica rubia que lleva un perro atado con una correa y grita: ¡Tom, serás capullo! Luego, una sábana negra cae mientras tiritito.

OceanofPDF.com

Dear Prudence

Recorrí la avenida dos veces, en ambos sentidos. No encontraba mi coche. Teniendo en cuenta la cantidad de polis presentes ante la verja del hospital, podía excluir que me lo hubieran robado: en mi precipitación, probablemente había aparcado en el sitio reservado a las ambulancias y se lo había llevado la grúa. No tenía más que ir al depósito.

Me dirigí a la parada de taxis. Había una cola de unas quince personas.

- ¿Hace mucho que espera? -pregunté a la señora que estaba la primera.

- Sí, ya lo creo. A raíz de la explosión, todo va manga por hombro. La mayoría de los taxis que llegan aquí ya están reservados para volver. Si se ve con ánimos, le aconsejo que vaya andando hasta la parada siguiente, o que use el transporte público. Yo lo haría si no estuviera tan cansada.

Le di las gracias. Con una ojeada a mi plano del metro me percaté de que me encontraba a sólo veinte minutos del depósito, quizá menos, pues estábamos en plena hora punta, cuando hay mayor frecuencia de trenes. Me apresuré, al tiempo que intentaba localizar a Clara. En vano: estaba hablando con alguien. ¿Con Versini? ¿Qué le comentaría de la reunión? ¿Iba a pedir mi cabeza? ¿Sería suficientemente íntegra para apoyarme? Me habría gustado ser lo bastante fuerte para pensar en otra cosa, confiar en Clara, en mí misma, en resumidas cuentas, en la vida. Pero para eso habría sido preciso ser ingenua, o amnésica, no saber quién era Clara o haber nacido en la piel de otra persona.

El andén se hallaba abarrotado. Raramente cogía el metro, pero aun así aquello me pareció anormal. Llevaba dos o tres minutos esperando, cuando por megafonía difundieron un mensaje:

«A consecuencia del accidente de usuario ocurrido en la línea ocho -dijo una voz casi sensual-, la circulación sigue muy reducida. Rogamos disculpas por las molestias ocasionadas.»

Menuda lata, pero ¿tenía derecho a quejarme cuando seguramente una mujer o un hombre acababa de morir? ¿Por qué algunos días parecían tan propicios para las malas noticias? Las víctimas de la explosión, el accidente de usuario y el desprecio de Versini reunidos en un espacio-tiempo de unas horas. Por no hablar de la retirada de mi coche por la grúa o de la imposibilidad de localizar a Clara.

Decidí esperar. La voz había empleado el término «reducida», no «interrumpida». Por suerte, un chico acababa de dejar un asiento libre justo a mi lado. Me senté y me enfrasqué en mis pensamientos. Quizá había llegado el momento de tomar las riendas de mi futuro. Después de todo, ¿no había estado a punto de dimitir a primera hora de la tarde? Había analizado los pros y los contras, los motores y los frenos de mi vida. Calibrado mi rencor, mi sufrimiento, la vanidad de mi sacrificio. Había hecho por fin acopio de fuerzas para levantar la cabeza... hasta que había escuchado el pedido de Clara, que había dado al traste con todo. La simple perspectiva de una reunión importante había bastado para hacerme renunciar.

¿Qué había sido de mi orgullo? ¿Dónde estaba la niña herida que tiempo atrás saltara al vacío sin miedo ni lamentaciones? ¿Durante cuánto tiempo más seguiría siendo capaz de mentirme con tanto aplomo?

Los raíles permanecían mudos. El panel de información anunciaba que el siguiente tren llegaría cuatro minutos después. Los viajeros ociosos giraban sobre los talones, miraban sus relojes, intentaban utilizar sus teléfonos móviles por enésima vez, pero no había cobertura. Saqué del bolso los expedientes que me había pasado la secretaria de Farkas. Un drástico «confidencial» cruzaba las cubiertas. «Son copias -había precisado Marylou Mihajilovitch-. Sólo cambia el nombre del destinatario.» Abrí la primera carpeta.

El corazón me dio un vuelco: en la guarda, una lista de los asistentes a la reunión. En negrita y mayúsculas: Grégoire Farkas, propietario de Realprom; Piotr Ryzhkov, magnate ruso conocido por su pertenencia a la

mafia; y Léandre Severino, número dos de Lexis. Los siguientes eran segundos espadas, directores financieros de cada una de las partes.

Recordé el rostro carnoso de Versini y su tono suficiente. «Así que voy a formular la pregunta sin tapujos: ¿hay aquí algo que borre por completo las sospechas que pesan sobre mi empresa?»

Mis dedos pasaban las páginas con frenesí. Ante los ojos tenía un montaje perfecto de una sociedad tapadera destinada a realizar transacciones turbias de forma ilegal, una de las cuales estaba ya preparada y descrita con minuciosidad en un documento anexo.

Oh, señor Versini, tranquilícese, ya no hay la menor duda sobre su empresa. Ya no existe ninguna «conclusión casi irrefutable». El Lexis está metido hasta el cuello, como puede leerse claramente en estos documentos que habrían desaparecido si la secretaria de Farkas no se hubiera retrasado, o si hubiera hecho el sacrificio de morir como los demás, o si no hubiera resultado que Clara era alérgica a la violeta... pero mire por dónde el destino lo ha decidido así, señor Versini, la secretaria de Farkas se encuentra en plena forma y estos expedientes tremendamente comprometedores están ahora en mis manos.

Me levanté de un brinco, con la sensación de llevar un tesoro, un cinturón de explosivos, un pergamino sagrado, una sensación súbita, increíble, de inconcebible gratitud hacia un guiño de la vida. «A consecuencia de un accidente de usuario...», repetía la voz almibarada. Esta vez, la llamada a Clara no podía esperar más. Iba a darle mi versión de los hechos con todo detalle y se quedaría pasmada, Clara-lo-sé-todo.

Salí precipitadamente del metro y marqué su número. Por fin lo cogió.

- Clara, soy Prudence, no vas a dar crédito a lo que he de explicarte.

- ¡Un momento! Prudence, no sé qué vas a decirme, pero espero que sea una buena noticia, porque hoy es un asqueroso día de mierda. No sólo me he transformado en un globo a causa de un pastel, no sólo no he podido asistir a una reunión de doscientos mil euros, sí, porque vamos a facturarle doscientos mil, Versini quiere lujo, ¿no?, pues el lujo cuesta caro...

- Hablando de Versini...

- No sólo, decía, me pierdo esa reunión... no te lo tomes a mal, estoy segura de que lo has hecho muy bien, Prudence, pero ya sabes cómo

funcionan estas cosas, a la gente le gusta tener al «auténtico» jefe delante... Bien, entonces, escúchame con atención, no sólo he tenido que soportar todas esas desgracias, sino que además Victoire me cuenta que *Bob* ha enviado a un ciclista al hospital, ¿qué te parece? ¡Esa idiota es incapaz de controlar a un chucho de medio metro de alto! ¡Ni que fuera un perrazo! ¡Pero claro, lo saca a pasear y ella va con botas de tacón de aguja, que no son lo más indicado para mantener el equilibrio!

- ¡¡¡Clara!!!

-¿Qué?

Clara, recupera el aliento. Vas a tener que despedirte de los doscientos mil euros. Tu Versini está pringado a base de bien. El Lexis no queda fuera de toda sospecha, sino totalmente dentro. Avala el blanqueo de dinero. Abre todas sus puertas y arcas a la mafia rusa. Lo ha hecho de un modo impecable, con verdadera maestría, me he pasado semanas buscando algo de lo que pudiera acusársele sin encontrar nada, absolutamente nada sólido, sólo suposiciones, el blindaje es perfecto, sublime el maquillaje, ninguna filtración posible, y sin embargo...

- Pero ¿de dónde has sacado todo eso?

De mi bolso, Clara. Pues sí, se trata de expedientes confidenciales. La superviviente de Realprom, ¿estás al corriente de la explosión? ¿Y sabes lo más divertido? Es muy probable que estuvieras sentada a su lado hace un rato, en esa sala de urgencias. Mientras te buscaba me topé con ella. Bueno, eso da igual, el caso es que tengo los expedientes. ¿Quieres los detalles? Aquí están. Por el derecho y por el revés.

Reconoce que te has quedado de piedra, Clara.

Un largo silencio al otro lado de la línea.

- ¿Clara?

- Estoy pensando.

- ¿En qué?

- Era una factura de doscientos mil euros, Prudence. Antes de que descubrieras ese expediente.

- Ya no es antes, sino después: lo tengo delante de los ojos.

- Exacto. ¿En cuánto lo valoras? En tu opinión, ¿cuánto estará dispuesto a pagar Versini para recuperarlo?

- ¿Estás de broma, Clara?

Este expediente huele a muerte. Los cadáveres de los presuntamente firmantes se hallan depositados en la cámara frigorífica del hospital. Realprom ha sido destruida y con ella su propietario. Por no hablar de Ryzhkov. ¿A qué te refieres exactamente? ¿Al chantaje? ¿A la presión? ¿Al tráfico de influencias? ¿A la manipulación?

- No te embales, Prudence. Mantén la calma y considera lo que está en juego. Has descrito perfectamente la situación: todo el mundo relacionado con esta historia ha muerto. ¿A quién vamos a perjudicar? Ni siquiera al fisco o al Estado, ya que esa famosa sociedad no verá la luz. Lo único que tenemos que hacer es meter ese expediente en un bloque de hormigón y arrojarlo al fondo del mar; en fin, es una forma de hablar.

- ¿Y Versini, que nos ha hecho trabajar para exculparlo?

- Nos contrató porque somos las mejores. Dedujo que si nosotras no encontrábamos nada, nadie más podría hacerlo. Tomémoslo como un cumplido y veamos qué partido podemos sacar.

- ¿Estás dispuesta a negociar con ese cerdo? Pero ¿a qué nos dedicamos exactamente? Creía que nos habíamos prometido conservar las manos limpias.

- Prudence, te lo suplico, sé lúcida por una vez en tu vida. Si quieres castigar a Versini, ¡sácale el dinero! ¿Qué prefieres, meterte en un proceso en que nada garantiza que no vaya a salir vencedor (ya sabes, un defecto de forma por aquí, un sello desaparecido por allá) o golpearlo donde le dolerá de verdad: en su cuenta corriente? Ya no hablamos de cientos de miles de euros, ¡sino de millones! Es fácil: enterramos el expediente, Versini nos abre una cuenta en las Tonga, nadie sale perjudicado y puedes olvidarte del plan de pensiones.

Me quedé muda. En mi cabeza, en mis tripas revueltas por la cólera, todo estaba claro, pero ¿cómo dar con las palabras? ¿Cómo expresar lo que sentía? Tanto asco, y esa sensación insoportable de haber dejado una vez más que me la pegaran.

No pensaba que fueras capaz de llegar a eso, Clara. Sabía que eres cínica, pero te creía honrada.

- ¿Prudence? ¿Estás ahí?

Estoy aquí, sí. Bueno, no del todo. Estoy estupefacta. Descolocada. Intento atar cabos, recapitular.

- Prudence, te lo suplico, despierta. ¡Estamos en la vida real! Nuestro despacho tiene clientes de todo tipo, están los buenos y los malos, son gajes del oficio, ¿no?

Lo siento, Clara, no firmé para ponerme fuera de la ley. Soy cándida, eso sí, o en todo caso lo he sido, y durante mucho tiempo. Pero tengo principios. No estoy dispuesta a pisotearlos, ni siquiera por mucho dinero.

- ¿Y la secretaria, Prudence, la que te ha dado esos expedientes? ¿Qué piensas de ella? ¿No crees que le gustaría vivir al sol? ¿Serás tú quien le dé trabajo ahora que se ha quedado sin él? Porque aquí, Prudence, no hay ningún puesto vacante, no sé si lo sabes.

Podemos equivocarnos sobre las personas, incluso las más cercanas. Pero ¿a tal extremo? Me parecía sorprendente.

- Eres repugnante, Clara. Presiento que dentro de un segundo vas a proponerme donar una parte de la suma a una asociación humanitaria.

- Qué graciosa...

- Tengo que dejarte. Por cierto, presento mi dimisión.

- ¡Prudence! ¡Espera! ¡No cuelgues!

Todavía no son las seis. Tomando otra línea de metro y recorriendo una pequeña parte del trayecto a pie, puedo llegar al Palacio de Justicia en menos de diez minutos. Nunca he visto al juez, ni siquiera sé qué aspecto tenía, pero llevo el teléfono de su despacho en la libreta de direcciones. Es más que suficiente: el nombre de Versini será la palabra mágica, me recibirá.

Su secretaria contesta al primer tono. Le digo: avísele, tengo que verlo esta tarde sin falta, soy de Protech Consulting, es sobre Vernon Versini y el Lexis. Es importante, ¿comprende? Urgente.

Todavía hace calor, sudo al correr. Demasiados sentimientos se agolpan en mí, demasiadas cosas se tambalean. Ya no es cuestión de ser negro o blanco, sino fuerte o débil. He desconectado el móvil para estar segura de

no volver a oírte, Clara. No porque tema ceder a tus cantos de sirena, sino para disfrutar de un poco de paz. Probablemente habrás marcado mi número diez veces; luego, furiosa porque siempre salta el buzón de voz, el de Versini antes de darte cuenta de que no puedes decirle nada. Avisarle que tengo este expediente es admitir que la elección de Protech era la peor decisión de toda su carrera, a la vez que te convertirías en su cómplice ante la ley. Puedes prever las consecuencias y por tanto no te atreverás. Rezarás para que yo cambie de opinión en el último momento, para que acepte tus argumentos. O bien para que un infarto inopinado me fulmine. Mientras tanto, contestarás a Versini con tono neutro y educado. Abundarás en su parecer cuando critique mi incompetencia. Le explicarás que todavía me falta rigor, que ahora vas a tomar las riendas del caso.

- El juez está esperándola.

El artesonado es precioso, aunque está descuidado. El juez Dubois tiene suerte; por lo que sé, no todos los despachos del Palacio de Justicia son tan bonitos.

- La acompaño. -La secretaria se levanta trabajosamente de la silla. Es una mujer mayor con un vestido estampado. Su andar es envarado y su mirada, dura. El hecho de que me presente a semejante hora hace que no me vea con simpatía: una jurista tan impaciente por presentar un expediente sólo augura una fuente de trabajo suplementario-.

por aquí. -Se dispone a llamar a la puerta, una puerta majestuosa decorada con una gran manilla dorada, pero en ese instante el batiente se abre solo-. Ah, está aquí, señor Dubois -dice mientras mi corazón da un vuelco súbitamente y noto los latidos en las sienes.

- Es usted... -murmura el juez.

No te derrumbes, Prudence, pese a la conmoción brutal. Mantén los ojos abiertos, muérdete los labios: comprueba que no es un sueño ni una alucinación. Que esas pecas existen de verdad. Piensa también que puedes equivocarte. Han pasado muchos años. Toda una vida.

- Es la señora de Protech, por el caso Versini -precisa la secretaria frunciendo el ceño. Aunque sea incapaz de entenderlo, percibe lo extraña, lo inusual, lo sobrenatural que es la situación. También está incómoda.

Nos miramos. Nos observamos. Yo no soy capaz de hablar. Él sí.

- Perdón... ¿Es usted...? ¿Eres...?

Quiero responder, lo intento, hago acopio de las fuerzas que me quedan con un esfuerzo inmenso, pero la voz no me sale. Es demasiado duro. Violento.

- Prudence, ¿no? ¡Sí! Eres Prudence Mané. -Antonin Dubois se vuelve hacia su secretaria-. Fuimos compañeros de colegio. Hace mucho, claro.

- ¡Vaya! -exclama la mujer-. ¡Qué casualidad!

- Si hubiera leído su nombre, me habría dado cuenta de inmediato - prosigue él, con un deje de reproche-. Pero usted sólo mencionó a Protech.

¿Quién ha pasado por la experiencia de retroceder quince años largos en una fracción de segundo? La vergüenza me cubre la cara como si fuera ayer. Las piernas me fallan, busco una ventana, un precipicio, un abismo, no puedo controlarme, necesito una salida, pero no hay ni una sola ventana en esa antesala, tampoco queda aire, ni el menor átomo de oxígeno, me asfixio, ¡socorro!

- ¿Y usted no ha establecido la relación con el juez Dubois? -insiste la secretaria, a quien de pronto la situación le resulta apasionante.

- No, no lo he relacionado.

Nada más lejos de mi mente. Hay decenas, cientos, miles de Dubois en cada ciudad, seguro que su panadero o mi electricista se apellidan así, ¿qué creía?, ¿qué esperaba, que muriera de nuevo cada vez que me cruzase con un Dubois?

La secretaria pone cara de extrañeza. Antonin permanece inmóvil.

Su pelo se ha oscurecido. Es más alto de lo que habría podido suponer. El mismo aspecto, idéntico encanto, al menos eso me parece... En el fondo, ignoro si es una mujer de casi cuarenta años o una colegiala quien emite ese juicio. Su voz es bonita, grave.

¡Vamos, Prudence, serénate!

No sé qué me turba más, si la aparición repentina de un fantasma del pasado o que ese fantasma se acuerde de mí con tanta exactitud, de mi nombre, mi apellido, mi cara. Me mira con atención, me observa.

- Les dejo trabajar -se despide la secretaria.

Antonin me indica que entre en su despacho, me precede, se sienta en su sillón.

- Bueno, toma asiento, por favor. -Vacila, abre la boca dispuesto a hablar, pero cambia de opinión, deja pasar un instante. Al final dice:- Entonces, ¿venías por algo relacionado con Versini? Ya dispongo de un primer informe de Protech sobre el Lexis.

Eso es, hablemos del Lexis. Recuperemos el aliento, ¿de acuerdo? Necesito centrarme. Dejar de ser Prudence Mané para convertirme en un elemento del caso Versini. Un elemento clave, entendámonos. Bien, mira lo que tengo bajo el brazo, señorita. Echa un vistazo a este contrato. Tu convicción estaba fundada. Los rusos, el Lexis, Realprom. El nido de víboras. Todo está aquí, todo.

Hojea el expediente. Su expresión va cambiando a medida que pasa las páginas. No se lo esperaba.

- Gracias, Prudence. Es fantástico. Me dejas impresionado.

- De nada. La ayudante de Farkas, la única que ha salido indemne de la explosión, me ha pedido que entregue el informe a quien corresponda.

- Qué tragedia. Esta gente está dispuesta a todo. Ha sido provocado, no me cabe duda. ¿Sabes que la investigación sobre la muerte de mi predecesora continúa abierta? Nadie ha podido establecer la causa exacta de su fallecimiento, pero lo más probable es que la envenenaran. Yo mismo recibo amenazas con regularidad. -Suspira-. Eso no me impedirá llegar hasta el final. Pero, dicho esto, gracias a ti voy a ganar un tiempo precioso.

- Bien, entonces me marchó.

Me dispongo a irme, pero él me retiene.

- Prudence, ¿puedes esperarme unos minutos? Voy a pedir que guarden estos expedientes en lugar seguro. He de hablar contigo.

¿Hablar conmigo? ¿Por qué? ¿De qué? ¡Eh, Antonin, mírame! ¿No ves que el pasado me está matando?

- Tengo prisa.

- Por favor, es importante. Si no puedes ahora, quedemos para otro día.

No se dará por vencido, lo noto por la firmeza de la mano que ha puesto sobre mi brazo.

- De acuerdo, te espero abajo, en la cafetería de enfrente. Pero date prisa, por favor.

Mientras bajo los peldaños, noto que la cólera me invade. ¿Por qué he tenido que encontrármelo bajo esa toga de juez, bajo ese aspecto de hombre respetuoso, atento, honorable, con ese tono afable y decidido? ¿Por qué no se ha convertido en un pequeñoburgués superficial, un tipo sin escrúpulos como tan a menudo lo imaginé? ¿Qué clase de dios decide asignar unos papeles tan poco merecidos en la gran comedia humana?

Puesto que insistes, ven. Habla y desaparece.

La cafetería está animada. Decenas de empleados del Palacio de Justicia charlan, se levantan, tropiezan unos con otros, ríen o maldicen. Las conversaciones se cruzan, las palabras divorcio, falta, procedimiento, aplazamiento, declaración, imputación y muchas más se enmarañan, se desgarran, se enfrentan y me aturden más que las dos cervezas que acabo de beber. Cierro los ojos un momento.

- Hola -dice la voz de Antonin.

- Bueno, ¿qué es eso tan importante que tienes que decirme?

Con la ayuda del alcohol, he conseguido adoptar un tono cáustico. Mantengo la cabeza alta, como me enseñó mi abuelo. Miro con arrogancia a ese hombre que me hizo tanto daño cuando no era más que un niño.

Pero Antonin no se ofende. Me coge la mano por encima de la mesa de madera barnizada. Dice: Lo que es importante, Prudence, es tu imagen, que me ha perseguido hasta aquí. Tu recuerdo y mi angustia. Tu desaparición y mi sentimiento de culpa.

- ¿Por qué no dijiste nada aquel día? -me pregunta con dulzura-. ¿Por qué no viniste a escupirme a la cara? Te habrías enterado de la verdad.

- ¿La verdad?

- Recuerda, Prudence, Laurie te preguntó...

- Me explicó tus condiciones infames.

- Esas condiciones jamás existieron. Ella se las inventó, las impuso. Se arrogó el derecho de hablar en mi lugar. Eso la divertía. Sabía que estaba enamorado. Sí, Prudence, enamorado, ahora puedo decirlo, el delito ya ha prescrito. -Su mano sobre la mía; se me seca la boca, me falta el aire-.

Cuando me crucé contigo entre una clase y otra, esperaba... Pero tú me dejaste pasar por delante sin decir palabra...

- Dije que sí.

Lo juro, Antonin. Lo murmuré, lo susurré, lo musité: de acuerdo. Pero lo dije: sí.

- No te oí. Supuse que yo no te gustaba. Cuando al día siguiente no viniste al colegio, creí que estabas enferma. Luego, los alumnos de tu clase se enteraron de lo sucedido y nos lo contaron. Al saber de tu tentativa de suicidio Laurie me lo confesó todo. Se sentía culpable. Yo también.

La vista se me nubla. Sin duda a causa de estas lágrimas rebeldes. Tengo once años.

- Jamás supimos qué te habías hecho, ni siquiera si habías sobrevivido. Pregunté al director, al portero de tu casa. Nadie sabía nada, o más bien no querían hablar. Tu madre se mudó, rompió todo vínculo. Pero nunca dejé de pensar en ti. He buscado tu nombre por todas partes en vano. Cientos de veces he creído verte y otras tantas me he equivocado. Y de repente apareces en la puerta de mi despacho. -Sonríe-. Y con un expediente trascendental.

No sé qué decir. En realidad, no sé nada, ni siquiera quién soy. Me siento dividida.

Fuera, la luz ha tomado un color anaranjado.

Antonin Dubois se inclina y me coge la cara entre las manos.

- Gracias, Prudence.

Goodbye Marylou

- ¿Qué se siente cuando una sigue con vida de milagro? -preguntó el periodista con los ojos brillantes.

¿Quiere saberlo? ¿De verdad? Pues te reconforta el corazón. La gente como yo, me refiero a la gente insignificante, raramente tiene suerte. Somos nosotros quienes tenemos choques en cadena cuando hay niebla, quienes perecemos en los incendios de los hoteles de quinta categoría, quienes acabamos contagiados por las vacas locas porque comemos carne barata y también quienes la palmamos consumidos por el amianto de las fábricas. Así que cuando por casualidad nos toca la lotería... en fin, es una forma de hablar, usted ya me entiende.

El periodista exigía detalles. Expliqué: no depende de nada, una cadena de acontecimientos insignificantes, unas fotocopias que hay que hacer en la otra punta de la ciudad, los atascos que no dejan avanzar al taxi, el metro paralizado por un accidente. A mí también me habrían barrido del mapa como a los demás, pero no; una sola persona se salva y soy yo. Ni una contusión. Único daño colateral: me he quedado sin trabajo.

- Si me da la exclusiva -propuso el periodista-, le pagarán.

Ofreció una cantidad disculpándose: Es poco, pero ni siquiera está herida, la sangre hace que la audiencia suba mucho, así que forzosamente influye en los precios, son las reglas del juego.

No repliqué; la suma, de todas formas, equivalía a tres meses de sueldo. Me parecía perfecto.

- Según los primeros indicios -volvió a la carga el periodista-, la explosión podría haber sido provocada. ¿Usted qué cree?

- Nada. Yo sólo era una secretaria.

- No se quite importancia: secretaria del propietario de la empresa. Pudo oír conversaciones, ver notas sospechosas... ¿No le llamó la atención nada? ¿Tampoco entre sus compañeros?

- Lo siento, pero no.

- Bueno -prosiguió el periodista, mirando a la cámara y adoptando un tono cáustico-, la señora Mihajilovitch no sabe nada y tampoco vio ni oyó nada. Una lástima, porque, después de todo, era la persona más cercana a Grégoire Farkas. -Y volviéndose hacia mí-: Mihajilovitch es un apellido de origen eslavo, ¿no?

- ¿Y su comentario no será de origen retorcido? -¿Era yo quien acababa de replicar? ¿La nueva Marylou? El periodista abrió los ojos desmesuradamente y se volvió de nuevo hacia la cámara.

- Lo cierto es que desde hacía varios meses corrían insistentes rumores sobre una posible colusión entre Grégoire Farkas, el diabólico propietario de Realprom, y la mafia rusa. Por otro lado, se sabe que el banco Lexis, socio financiero de Realprom, está en el punto de mira del juez Dubois. Datos suficientes para alimentar las sospechas de los investigadores...

Continuó con su monólogo un poco más y para terminar recordó el número de muertos y heridos graves, y describió con detalle la naturaleza de las heridas. Deploró con tono patético que todavía hubiera numerosas víctimas por identificar, pero prometió que daría la lista de nombres antes de que acabara la noche. Acto seguido, hizo una señal de partida a los dos técnicos que lo acompañaban.

- ¡Venga, chicos, acelerando, hay que montarlo! -Después me dedicó un guiño vulgar-. ¡Que siga bien, señora Mihaetcétera!

Mientras se dirigía apresuradamente a la salida, una enfermera me llevó de vuelta a la sala en la silla de ruedas.

- ¡Menudo buitre! -comentó-. ¿Sabe?, mientras la entrevistaba, el número de fallecidos ha aumentado considerablemente: hemos perdido a cinco personas más en reanimación. No lo he dicho porque seguro que le habría parecido una buena noticia. ¡Que se busque la vida él solito!, ¿no le parece?

No tuve tiempo de contestar. Paulo acababa de aparecer a mi lado. Me cubrió de besos.

- Paulo, ¿dónde está Nadège?

- Nos espera en la sala. He acompañado un rato a Tom.

- ¿Tom? ¿Ya lo llamas por su nombre?

Parezco sorprendida, pero no lo estoy. ¡Estás tan dotado para la comunicación con el ser humano, Paulo...! Al contrario que yo. Tú vas hacia el otro, tiendes la mano, ofreces tu hombro desde la altura de tu corta edad. Nunca te sientes decepcionado... al menos desde que ya no esperas nada. A veces me riñes. Bueno, eso es poco decir: más bien me abroncas. Crees que tiro fácilmente la toalla, detestas la idea que tengo de la vida. Te opones, protestas, sostienes que la suerte no sólo se presenta una vez.

Hoy, mientras el hospital llora por tantas víctimas, me miras divertido, fanfarroneas amablemente: ¿Quién tenía razón, eh, mamá?

Nadège esperaba paciente, sentada con las piernas cruzadas en una camilla abandonada. Había cogido chucherías y bebidas en una máquina cercana.

- ¡Ah, por fin estáis aquí! He preparado la cena.

Mientras picoteábamos, un auxiliar vino a anunciarme que estaban preparándome una habitación para pasar la noche. La sala estaba más tranquila. Paulo sacó un libro de su mochila y Nadège fue a telefonar a su padre: quería asegurarse de que grabaría bien el telediario de las ocho.

Empezaba a adormilarme cuando la puerta se abrió y apareció una chica morena, delgada, de ademanes nerviosos. Recorrió con la mirada la sala y se dirigió hacia Paulo.

- Estaba buscándote.

Enarqué una ceja. ¿A Paulo?

- Mamá -dijo mi hijo-, ésta es Aline, una amiga de Tom. Aline, te presento a mi madre Marylou.

La joven sonrió sin ganas. Parecía ausente.

- ¿Cómo está Tom? -le pregunté.

- Muy mal.

- ¿Cómo es eso? ¿Ya han terminado de hacerle pruebas? ¿No lo han curado?

- Tiene una grave hemorragia interna. Hay que operarlo, pero... es complicado.

- ¿Qué tiene de complicado operar en un hospital? -protestó Paulo-. No hay ningún cirujano disponible, es eso, ¿no?

' -Es peor -respondió Aline, reprimiendo un sollozo-. Hay cirujanos, pero no sangre. Bueno, no la suficiente. -Se apoyó contra la pared-. Creo que va a morir.

- ¿Morir? -repitió Paulo, palideciendo.

- Es cero negativo. Incluso de los otros grupos, las reservas están al límite, así que de ése no digamos.

Sólo faltaba eso para rematar el día. Paulo me dirigió su mirada más intensa, la que reserva para los casos de necesidad absoluta.

- Mamá...

- No, Paulo.

- Por favor...

- Es absurdo. Debe de hacer falta muchísima.

- No lo sabemos, mamá; lo único que sabemos es que va a morir si no lo intentamos. Hay que darse prisa.

- Eres menor... los menores no pueden donar.

- Es cuestión de vida o muerte, mamá, puede servir. Los convenceremos. Por favor...

- ¿De qué estáis hablando? -preguntó Aline.

- De mí -dijo Paulo-. Soy cero negativo.

- Dios mío... -Aline se estremeció-. ¿Estáis seguros?

Pues sí. Cuando abortas a los dieciséis años en una sala trasera de una clínica belga y descubres entonces que tu Rh es negativo, aprendes a negociar con los grupos sanguíneos. Conjugas ABO y Rh mejor que el presente del indicativo. Vigilas el embarazo siguiente como un cazo de leche al fuego y no esperas a que tu hijo tenga un ataque de apendicitis para preocuparte por su grupo. Resultado: un Paulo negativo. Y no cualquier negativo, además: cero negativo.

Como señaló en aquella época la analista, ¡un niño tan guapo forzosamente tenía que tener algo!

Paulo, cuando naciste dediqué un breve pensamiento al otro: a mi no hijo. Me dije que él y tú quizá formabais uno solo. Que tú eras el fruto de una repetición del destino. ¿Te he querido el doble por eso?

- Mamá, hay que avisar a los médicos. No perdamos tiempo.

No me hace gracia que te toquen, Paulo. No soporto que te atraviesen, te vacíen, te desangren, no puedo evitarlo.

- No tenemos elección, mamá.

- Va a morir -repite Aline estrujándose las manos-. ¿Es de verdad cero negativo?

- Mamá, vamos. Si no lo intentamos, nos arrepentiremos toda la vida.

Ése era el argumento bueno, Paulo. Cosas de que arrepentirme, he acumulado demasiadas. No es cuestión de añadir otra, y todavía menos si eres tú quien tiene que cargar con ella. Vamos a avisar a los médicos, daré mi autorización, pero cuidado, un poco, no demasiado, ¿eh, doctor?, coja el mínimo, lo estrictamente necesario, ni una gota más, ¿me lo jura?

Todo sucedió muy deprisa. Se llevaron a Paulo y Aline se quedó conmigo. Estaba hundida.

- ¿Hace mucho que conoce a Tom? -pregunté.

- Más o menos. Para ser franca, ya no estoy segura de conocer a nadie aparte de a mí misma. Y ni siquiera respecto a mí estoy ya segura de nada.

- ¿Usted tampoco?

- Figúrese que esta mañana creía ser el único amor de una mujer. Y esta tarde descubro que lleva una doble vida con Tom.

- Ah.

- Esta mañana estaba convencida de que Tom se hallaba gravemente enfermo cuando en realidad estaba como una rosa. Esta tarde se encuentra al borde de la muerte. Póngase en mi lugar. Tengo la impresión de que en cualquier momento el mundo puede venirse abajo y reconstruirse, de un modo totalmente distinto.

- Conozco esa sensación.

- Me da miedo -murmuró Aline-. Además, no sé por qué, cuanto más se aproxima Tom a la muerte, más cercana me siento a él. Y más lejos de todo. Temblaba.

Le acaricié el pelo.

- Espera a que pase la deflagración. Ya verás como muy pronto dejas de temer el minuto siguiente.

OceanofPDF.com

Royal Albert Hall

Desde que Martin era jefe de clínica le habían asignado otra ayudante. La primera, Bianca, se dedicaba esencialmente a dar citas. La segunda, que respondía al bonito nombre de Mélisande, lo ayudaba a preparar las conferencias y los desplazamientos, organizaba sus sustituciones y a veces incluso extendía en su lugar algunas recetas. Bianca, muy joven, era introvertida y se sentía desvalida frente a los enfermos. No miraba a los ojos y empezaba a balbucir en cuanto tenía que pronunciar palabras desagradables, como tumor o recidiva, por ejemplo. En el extremo opuesto, Mélisande, curtida por años de experiencia y con un temperamento de acero, no temía bromear con los pacientes ni abordar con flema los asuntos más delicados. A fuerza de vernos nos conocíamos bien. Notaba que me profesaba cierto afecto, y era recíproco. El día que Martin me había informado del resultado de los primeros escáneres, habíamos entablado un juego muy personal: imágenes características que intercambiábamos como si lanzáramos globos.

Mélisande se hallaba en el despacho cuando se habían pronunciado las palabras fatídicas.

- ¡Caramba! ¡No sabía que la jerga médica fuese tan metafórica! -había dicho yo, sonriendo-. ¿Tenéis muchas del mismo estilo?

- Vómitos en surtidor, bolsa de lombrices (o sea, un corazón en fibrilación ventricular) -había respondido Mélisande, inmediatamente interrumpida por la mirada reprobadora de Martin.

En la visita siguiente, mientras ella estaba concentrada consultando un anuario profesional, yo le había susurrado al oído:

- Ruiseñor de los curtidores.

- ¿Perdón?

- Lesiones en forma de ojo de pájaro, características del oficio. Antiguamente, claro. ¿Y usted? Es su turno.

Ella había meneado la cabeza amigablemente: Ah, señor Foehn, si se pone así, prepárese, porque no va a ser el mejor en esta materia.

El juego había continuado en las posteriores visitas. Yo me había preparado a conciencia, ella también.

- Enfermedad del beso.

- Válvula en paracaídas.

- Síndrome de Peter Pan.

- Síndrome de Pickwick.

- ¡De Munchausen!

- ¡De Ondina!

- ¡Collar de Venus!

- ¡Hocico de tenca!

Cuando nos pillaba en pleno intercambio, Martin alzaba los ojos al cielo.

- Estáis hechos el uno para el otro, no cabe duda.

- Por desgracia, nací cuarenta años demasiado pronto, amigo mío.

Mélisande estaba al teléfono cuando llegué al consultorio. Me saludó con una seña.

- El doctor Savy no está -me informó Bianca-. Ha tenido que ir urgentemente al quirófano.

- Esperaré. No tengo prisa.

No, ninguna prisa por oír lo que Martin va a decirme. Sobre todo por él. Me veré obligado a reconfortarlo, a recordarle que tengo setenta y ocho años, ¡no veinte ni treinta! Habré de ser directo, ahorrarle los eufemismos.

Mélisande había terminado de hablar por teléfono.

- Es un verdadero placer verlo, señor Foehn -dijo tras dirigirme una amplia sonrisa-. ¡Con el ambiente que tenemos hoy!

Era obvio que no se hallaba al corriente de ninguna novedad sobre mi estado.

- Ya lo he visto, Mélisande. ¿Qué hay de esa explosión?

- A usted puedo decírselo: los supervivientes pueden contarse con los dedos de las manos. Vamos perdiéndolos uno tras otro. Todo el mundo hace lo que puede, pero las heridas son demasiado graves. No lo conseguiremos.

- ¿Martin está también al pie del cañón?

- Sí, como los demás... Bueno, no sólo tenemos malas noticias...

- ¿Ah, no?

- En el hospital hay dos personas que siguen con vida de milagro. No está mal, ¿eh?

- Cuento, Mélisande, cuente; necesito distraerme -le pedí cogiendo una silla y sentándome a su lado.

- Bien -dijo la joven-, para empezar, está esa empleada de Realprom. La única que no se encontraba en la oficina en el momento de la explosión, sino en el ascensor. Un minuto después y habría saltado por los aires con los otros. Pero no. Ha sufrido una conmoción, pero ni una contusión seria. ¿Se da cuenta? ¡Llegaba tarde!

- Sí, ya veo -murmuré-. En mi caso ha sido al revés. He llegado antes de hora.

- ¿Antes de hora?

- Me refiero en un asunto de familia sin ningún interés. Bien, ése es el primer milagro. Hábleme del segundo.

- El segundo es un accidente de usuario.

- ¿Un accidente de usuario?

- Ya veo que usted no coge muy a menudo el metro, señor Foehn. De lo contrario sabría a qué me refiero. Los accidentes personales son personas que caen a las vías. En fin, hablemos claro, la mayor parte de las veces se trata de suicidios. ¡Menuda idea! Suicidarse tirándose a las vías del metro es la mayor estupidez del mundo.

- ¿Ah, sí? ¿Se lo parece? Por cierto, me gustaría que me llamara Albert, por favor.

- ¿Por qué no? Bueno, pues como le decía... Pero ¿por qué estoy contándole estas cosas? Si el doctor Savy estuviera aquí, me echaría una bronca de mucho cuidado.

- Continúe, Mélisande, lo encuentro apasionante.

- La gente cree que si se tira al metro morirá en el acto, sin dolor, cuando la mayoría de las veces acaban lisiados. ¡Menudo éxito!

- Desde luego.

- En cuanto a quienes acaban muriendo, en general lo hacen en el hospital, después de días y noches de sufrimiento. Mire, yo creo que si la gente supiera lo peligroso que es suicidarse, renunciaría a hacerlo.

- Mélisande...

- Sí, vale, de acuerdo. Pero yo me entiendo. Resumiendo, ese chico...

- ¿Es un hombre?

- Treinta y cinco años como mucho. Bueno, pues ese chico bajó a la estación más cercana a su casa y saltó delante del primer tren que apareció. Conclusión: se quedó atrapado entre el tren y el andén. No digo que esté bien del todo, hay trabajo por hacer, pero aun así salió bien parado: traumatismo craneal leve, algunas fracturas y sin duda la sensación de haber pasado entre dos rodillos compresores, ¡pero salió bien librado, Albert! ¡Está consciente, el muy bribón, y habla! ¡Un milagro!

Todo depende, Mélisande. Es una cuestión de punto de vista. ¿Cómo va a reaccionar un tipo que ha tenido el valor de tirarse a las vías del metro y no ha conseguido ni morirse?

- Una cosa así es un cable que te echa el destino. Yo, en su lugar, correría a comprar un décimo de lotería.

- O la demostración última del fracaso: el fracasado por excelencia, tanto en su vida como en su muerte.

A Mélisande le parezco un pesimista. Hay algunas circunstancias atenuantes que justifican mi actitud, pero ella no dispone de los parámetros necesarios para valorarlas.

- Bueno, Mélisande, puesto que el muchacho habla, ¿qué ha dicho?

- Eso habría que preguntárselo a mis colegas.

Entonces, pregúntaselo. Quiero saber qué siente ahora ese chico. Quiero saber quién es. ¿Por qué? Es demasiado difícil de explicar, demasiado largo, habría que tener setenta y ocho años por delante, lo que en tu caso es imposible. Confía en mí, llama a tus colegas, pregunta, interroga, obtén respuestas. ¿Sabes qué, Mélisande? Vamos a darle su décimo de lotería.

- Albert, perdona, pero no entiendo nada de lo que dice.

- Por favor.

Descolgó el teléfono. Llamó al servicio correspondiente. Bien, Albert, un historial previsible: ex beneficiario de los servicios sociales, ex toxicómano, limpio pero sin trabajo, una hermana con depresión en la otra punta del país. Marca particular, esta frase tatuada en la espalda: «La vida de un hombre no es sino una lucha por la existencia con la certeza de ser vencido.» Y firmado: A. S.

- Arthur Schopenhauer.

- A ése no lo conoce ni su padre. En cualquier caso, no es muy alegre, el tal Arthur.

- Es un filósofo alemán del siglo diecinueve. ¿Nada más referente a nuestro caso?

- Nada. El chico bajó al metro para pedir limosna y, en vez de montar en un vagón, saltó a las vías.

Me tiende un papel escrito. Aquí está su nombre y el número de su habitación. ¿Necesita algo más? Una cosita más, sí. Tengo que enviar un fax: es urgente, muy urgente. Nunca se sabe. A veces todo va tan deprisa... Supongamos que me pasa algo aquí, ahora, dentro de un minuto. Visto los tiempos que corren... he de asegurarme. Quiero escribirlo bien claro: Señor Jambert, pasaré por su despacho mañana. Le adelanto que éste es el estado civil de la persona que, éste es el nombre de la persona que, éste es el montante que.

- Su fax ha pasado, señor Foehn. ¿Me mantendrá al corriente?

- Por supuesto que sí. Pero antes tengo que hablar con ese chico, ¿comprendes?

- No, pero da igual.

Me disponía a marcharme cuando apareció Martin.

- Perdona, Albert, has esperado mucho rato...

- No te preocupes. Mélisande me ha hecho compañía.

Pese a su cara de cansancio, estaba increíblemente sonriente.

- Albert...

- ¿Sí?

Me coge por los hombros, me zarandea, se echa a reír, me da un par de besos. Lo interrumpo. Martin, ¿estás bien?

- ¡Las pruebas, Albert! ¡Los resultados!

- ¿Sí?

- No puedo prometerte que sea definitivo: nadie puede afirmar si las metástasis están en suspenso o han desaparecido del todo. ¡Pero ya no hay ninguna célula cancerosa en el pulmón, Albert! ¡Ni una sola! Un caso entre cien mil. En mi cabeza se produce un lanzamiento de globos. Te colaste, Schopenhauer.

Abrazo a Martin hasta casi asfixiarlo: a los setenta y ocho años cumplidos, todavía me quedan fuerzas.

OceanofPDF.com

Ground Control to Major Tom

Desperté lentamente, a trompicones. Primero vi la habitación girando alrededor de mi cama. Luego, las paredes se estabilizaron. La ventana se hallaba abierta, unos pájaros trinaban. Estuve un rato intentando recordar quién era, dónde estaba, hasta que lo conseguí.

Me incorporé.

Paulo, su madre, Aline: sentados en hilera.

- ¡Eh! -dijo Paulo-. ¡Ha abierto los ojos!

- ¡Tom!

- Paulo, ve a avisar a la enfermera -dijo Marylou.

Necesitaba concentrarme.

- Ya era hora -añadió Marylou-. Hace dos días que Paulo tiene que hacer los deberes con la libreta apoyada en las piernas, y no es la postura ideal.

- Perdón, pero ¿por qué están aquí? -pregunté.

- La sangre de Paulo corre por tus venas, así que, lógicamente, el chiquillo necesitaba asegurarse de que despertarías -intervino Aline, respondiendo en lugar de la mujer, que pareció molestarse un poco.

Uy, uy, despacio. Un momentito. ¿La sangre de Paulo? ¿Paulo y yo? ¿Su sangre por mis venas? ¿Su sangre en la mía? ¿Alguien puede explicarme algo más?

Aline habla, Marylou habla, Paulo llega, habla, la enfermera habla, están contentos, se felicitan, ¿y de qué me entero en esta alegre cacofonía?

- Pues vuelve usted de lejos, señor mío. Primero, la hemorragia interna. Después, la malformación que descubrieron al operarlo. Silenciosa,

maligna: una bomba de relojería. En fin, sea como sea, ha quedado atrás. Todo ha terminado, la intervención ha ido bien.

- Me alegro mucho de que esté vivo -concluyó Paulo.

Oh, Paulo. Me habría gustado abrazarte, pero estaban esos goteros, esos cables, este cuerpo debilitado, exhausto. Este pudor idiota que nunca he sabido controlar.

- Así que tú y yo, ahora...

- Pues sí -dijo Paulo-. Así es.

Hubo un silencio. Marylou miraba a Paulo, que me miraba a mí. Miré a Aline. Ella sonrió.

- Ha llegado el momento de dejaros... Ahora sé que todo irá bien.

- ¿Volverás?

- No, Tom. No volveré.

Se inclina y me besa en la frente. Explica: paso a otra cosa, capítulo Libby cerrado, y tú formas parte de él... Solamente quería despedirme.

- Ah, y también que me tomé la libertad de llamar a tu socio. Fue él quien avisó a tu hijo.

- ¿A mi hijo?

- Sí, a Nathan. Vino enseguida. Un chico muy guapo, por cierto, enhorabuena. Quizá un poco sensible, pero bueno... No creo que tarde. Ha ido a cambiarse: después de dos noches con la misma ropa, es normal.

- Nathan es supersimpático -precisó Paulo.

Por un momento pensé: son esos productos que me inyectan, el cerebro está jugándome malas pasadas.

- No estoy de acuerdo contigo, Aline -intervino Marylou-. Me refiero a lo de sensible. Los hombres también tienen derecho a llorar en una situación como ésta. Estaba preocupado.

¿Nathan? ¿Estabas aquí? ¿Has llorado? ¡Dios mío!, pero ¿por qué?, ¿por quién?

Al pensar en retazos de tu infancia se me hace un nudo en la garganta. Mis mentiras me explotan en la cara. Mis excusas, mis pretextos, mis explicaciones vagas.

«Lo siento, Nathan, no puedo recogerte el viernes, pero del próximo fin de semana no pasa, prometido.»

«Hola, Nathan, a ver si adivinas desde dónde te llamo. ¡Desde el avión, Nathan! ¡Sí, estoy volando! Siento no haber podido ir a la reunión con los profes, pero no te preocupes, tu madre me lo ha contado todo.»

«Nathan, vas a ponerte loco de alegría, te traigo una auténtica guitarra de Nashville, sí, como lo oyes, tus amigos van a alucinar. ¿Lo ves? ¡Que no esté ahí para soplar las velas no quiere decir que no piense en mi hijo!»

¿Cuántas veces has oído la expresión «lo siento» de mis labios? ¿Cuántas decepciones has soportado? Te compré. Te desprecié. Te consentí hasta echarte a perder para no ver lo indigno que era como padre. Incapaz de educarte. Jamás presente cuando hacía falta. Dejé que crecieras completamente solo y tuve la cara dura de echarte la culpa cuando te costó madurar. Tú, sin embargo, intentaste prevenirme. Me lo señalaste de mil maneras. Te debatiste para salir adelante y pisoteé tus esfuerzos. Me reí de tus iniciativas. Te hice pasar por un holgazán. Me venía bien contar la historia de esa forma. Mientras tú descendías al infierno, yo me embriagaba de una u otra Libby, me admiraba en mi papel de superproductor con ínfulas de intelectual.

Estoy despertando de un largo sueño, Nathan. Tú estás despertándome. Has venido en cuanto te has enterado de que me hallaba en peligro. Has dormido y llorado a mi lado. No me has guardado rencor por haber sido tan deplorable. Si supieras cuánto me arrepiento... Lo daría todo por reparar mis errores, sí, esto también resulta patético, ¿verdad? Cincuenta y siete años para llegar aquí.

- También ha rezado -murmuró Marylou.

¿También has rezado?

Si Dios existe de verdad, le doy gracias por haberme llevado tan cerca de la muerte. Gracias por haberme concedido esta resurrección.

- Esta vez va en serio: me voy -anunció Aline-. Adiós a todos y buena suerte.

- Adiós, Aline -se despidió Marylou, dándole un beso. -Adiós, Aline -dijo Paulo, a modo de eco.

Ella lanzó un beso al aire.

- Nosotros también debemos irnos -dijo Marylou mirando su reloj-. No vivimos muy cerca.

Paulo guardó un libro de texto en su mochila. Después se puso la cazadora y me tendió la mano. Como un hombre.

La estreché.

- Adiós, Tom, hasta mañana.

- Hasta mañana, Paulo. -En el momento que cruzaba la puerta, lo llamé-: Paulo.

- ¿Sí?

- Si te cuesta hacer los deberes de matemáticas, tráelos. De matemáticas o de lo que sea.

Esbozó una ancha sonrisa al salir de la habitación. Noté que la temperatura me subía de golpe.

- Debe de ser un buen tipo para que estén todos tan pendientes de usted -declaró la enfermera poco después, mientras empezaba a curarme.

- Si usted supiera...

- Hola, papá.

En el umbral ha aparecido Nathan. Lo veo cambiado. Envejecido. Ya no tiene ese aire desafiante que le es tan propio.

- Nathan...

- Me has asustado.

- Nathan...

- Tienes que descansar, estar tranquilo.

Deja la chaqueta en el sillón. Se acerca a la cama, me besa. Mi hijo.

Se sienta. Tengo el corazón en un puño. Siento ganas de llorar.

Lloro.

Me avergüenzo.

- No te preocupes, papá -dice-. Todo va muy bien. Saldrás dentro de unos días. Bueno, si estás de acuerdo puedo instalarme en tu casa: en tu estado, los médicos no quieren que estés solo.

Todo va bien, Nathan.

Gracias.

Perdón.

Me siento muy orgulloso de ti.

Te quiero.

OceanofPDF.com

Rock'n Roll Suicide

¿Por qué aquel día? ¿Por qué en aquel instante? ¿Por qué en aquel lugar?

¿Qué diferencia había?

Ni más ni menos esperanza. Ni más ni menos futuro. Ni más ni menos soledad.

No estaba ni peor ni mejor que el día anterior. Tampoco tenía ni más sed ni más hambre. No hacía ni mejor tiempo ni peor, ni mucho más calor que la víspera. La gente no era ni más simpática que de costumbre ni más desagradable.

Ya llevaba en el bolsillo casi nueve euros, una suma previsible en media jornada pidiendo limosna. Compré una barra de pan y una cerveza en el supermercado, dos chicas que pasaban riendo me dieron un cigarrillo. Me lo fumé lo más lentamente que pude; después eché unas migas de pan a las palomas. Dieron unas vueltas a mi alrededor balanceándose, lo que me distrajo un rato. Habría telefoneado a Gabrielle con el dinero que me quedaba, pero desde hacía algún tiempo lloraba demasiado y ya no sabía cómo animarla.

Un camión del servicio de limpieza se acercó. Tuve que levantarme para evitar que me regara. Por eso me metí en aquella estación en aquel momento preciso: no lo había premeditado. Me disponía a seguir pidiendo, era la hora buena, la gente volvía de comer. Los que mendigan saben que con el estómago lleno se siente más fácilmente la compasión. Me dirigí hacia el borde del andén e intenté calcular el lugar exacto donde quedaría una puerta.

El tren entró en la estación; corregí mi posición.

Sin pensarlo, salté.

No hay gran cosa que describir: el corazón ni siquiera late más deprisa, bueno, eso creo.

- Pero ¿te dolió?

- Paulo, ¿te parece que está bien hacer una pregunta como ésa? Ya te lo ha contado cien veces.

- Puedes preguntarme todo lo que quieras, Paulo. A tu edad también era curioso.

El chiquillo se balancea en la silla mientras bebe zumo de naranja.

- Entonces, ¿te dolió?

Una gran bofetada, ése es el recuerdo que tengo de aquello. Un tortazo descomunal. Una sensación conocida. Los huesos calientes. Ardiendo. No resulta fácil entender eso de los huesos ardiendo, ¿verdad, chaval?

- Deja de balancearte, Paulo -refunfuña afectuosamente Marylou-. Vas a romper la silla.

- ¿Y qué más?

Después: la sensación de ser traqueteado, aplastado, una impresión que dura una fracción de segundo y a la vez un siglo. Blanco, un recuerdo, una luz cegadora. Tengo tres años y estoy en el mar, granos de arena en la boca, en la garganta, el grito ahogado por la ola, última imagen de mi madre. No, imagen no. Una silueta. Una sombra. La sensación. El frío.

- ¿Viste eso, Charlie? ¿Una playa? Entonces, a lo mejor vivías a orillas del mar cuando eras pequeño, ¿no?

- Eso parece. En el norte.

- ¿Por qué en el norte?

- Fue allí donde me abandonaron, delante de la verja de una fábrica.

A veces sospecho que me invento los recuerdos. La psicóloga me lo explicó: De antes de los tres años y medio, en general, no tenemos memoria de nada. Se llama amnesia infantil. Por supuesto, algunos «ven que», «afirman que», «describen que»; sin embargo, Charlie, le soy sincera: yo lo dudo.

Aun así, le pregunté a Gabrielle sobre el mar, sobre la playa. Gabrielle también guarda alguna reminiscencia. El viento. Los pies desnudos en la

arena fría. Pero la psicóloga tiene respuesta para todo: según ella, he «inducido». Es posible.

- En cualquier caso, todos nos contamos historias -afirma Marylou-. Nos mentimos cuando la verdad resulta insoportable, es humano. Debe de ser por eso que se inventó la expresión «mentira piadosa».

Para ella, todo resulta absolutamente límpido.

- ¿Y después? -insiste Paulo, que es perseverante-. Al final, después de la bofetada descomunal.

- Después, ya lo adivinaste: el agujero negro. La pantalla que se apaga. El dolor que desaparece y nada más, nada de nada.

Nada hasta que desperté en el hospital. En realidad, fue allí donde realmente me entró la depresión. Despertarte tras un suicidio que no has programado, vaya mierda. Mi primer pensamiento fue ése: jamás tendré valor para volver a intentarlo, vaya mierda.

Y encima, había escogido el peor día. A la enfermera que me cuidaba le costó disimular su indignación al dirigirse a su compañera: ¿Te das cuenta, Mireille?, esas pobres personas que no pedían nada a nadie han muerto en la explosión, y éste, que era candidato, pues no, mira, resulta que no había llegado su hora, y digo yo, ¿dónde se esconde la voluntad divina?

Marylou me sonrío y su sonrisa me parte el corazón. De felicidad, aclaro.

- Pues yo creo que escogiste la mar de bien el día, Charlie. Mira qué trabajo. Hay motivos para estar orgulloso.

Ella fue la segunda en aparecer. Albert había sido el primero en visitarme, el mismo día de mi intento de suicidio. Se había sentado a mi lado y me había leído el periódico. De vez en cuando, levantaba los ojos por encima de las gafas de media luna.

- ¿Qué tal? ¿Todo bien? ¿Sí? Bueno, entonces sigo.

- Un viejo excéntrico -había comentado la enfermera-. Se le ha metido en la cabeza hacerle compañía. Pero, si le molesta, sobre todo no dude en decirlo.

Yo estaba sonado, miraba fijamente el techo, por más que intentaba hacer memoria no conseguía identificar a aquel señor. ¿Qué quería exactamente de mí?

- No quiero nada de ti, Charlie. O, si acaso, todo y nada. ¿Cómo te diría...?

El segundo día había vuelto acompañado de un hombre con traje gris y una cartera de piel. Había firmado montones de documentos delante de mí. El hombre del traje había meneado la cabeza, todo seguía todavía muy confuso, me había felicitado, se había despedido y, con la misma decisión, se había marchado.

- Ya te lo explicaré -me había tranquilizado Albert-. Todavía estás demasiado cansado, confía en mí.

Durante las jornadas siguientes había seguido leyéndome. Noticias, cartas, recetas de cocina, novelas, libros infantiles, entradas de enciclopedia, aforismos, citas, epitafios célebres, filosofía, resúmenes de prensa.

- Esto te ayudará a recuperar la concentración.

A trozos, entre dos capítulos, dos párrafos, dos frases, contaba su vida, más demencial aún que las que leía. Una vida de huérfano, de soledad, de destino. Un asunto de esperanza.

Empecé a esperarlo. A estar pendiente de su llegada: a la misma hora, minuto arriba minuto abajo. Comencé a tomarle gusto a ver cómo la enfermera descorría las cortinas al amanecer. A refunfuñar por la monotonía del menú. A peinarme, afeitarme. A sentirme alegre... Eso era lo más inesperado.

Una tarde, le pregunté si podía prestarme un reloj. Se quitó el suyo de la muñeca y me lo tendió. «Hace mucho que ya no lo necesito para medir el tiempo que pasa», dijo a modo de justificación.

Una mañana, Marylou irrumpió en la habitación.

Llevaba un enorme ramo de flores que medio tapaba su cara. Quizá era mejor así: ya estaba bastante deslumbrado sólo con la mitad.

- He venido a darle las gracias.

- ¿Por qué?

- Por haberme salvado la vida. Soy la superviviente de Realprom, Marylou Mihajilovitch. De no ser porque aquel tren tuvo que detenerse, o lo que es lo mismo, de no ser por usted, habría muerto con los demás.

Me sentí sumamente feliz de oír aquello.

- Aquel día -señaló Albert- fuimos unos cuantos quienes nos beneficiamos de la generosidad de la providencia. Por cierto, me presento: Albert Foehn, un amigo de Charlie.

- Tenía que volver a la oficina en taxi -prosiguió Marylou-, pero se formó un atasco monstruoso. El taxista era un verdadero imbécil. Me echó una bronca porque me puse a comer un sándwich, y yo no supe reaccionar. Me sentía totalmente inexistente. Puede parecer anecdótico, pero resumía bien mi vida.

- Exactamente en eso pensaba yo cuando salté a las vías -dije-. En la inexistencia.

- Total, que bajé del taxi para coger el metro. ¿Y sabe lo que pasó?

- Que la muerte cambió sus planes en el último momento. Usted y yo dejamos de estar en la lista.

- Y yo -dijo Albert.

- ¡Y Tom! -añadió Marylou.

- ¿Tom?

- Uno que estaba en urgencias esa tarde, con una grave hemorragia interna. De no ser por Paulo, no lo habría contado.

- ¿Paulo?

Sus brazos se movían al compás de las inflexiones de su voz.

Una bailarina.

Un estado de gracia.

Sonrió y suspiró al mismo tiempo... Sí, es posible.

- Paulo es mi hijo. Había venido al hospital para verme. Es cero negativo, el único grupo sanguíneo que Tom podía recibir.

- Bien, haré un resumen -intervino Albert-: Si Charlie no entra en escena, Marylou sale de ella. Si Marylou sale, Paulo no entra. Si Paulo no entra, Tom sale. Bonito encadenamiento. ¿Qué dices, Charlie?

Digo, Albert, que de repente tengo miedo. Escucho a esta chica, a este ángel, a esta chica con cara de ángel, y me entra pánico. Hay demasiada felicidad en juego. Temo haberme quedado atrapado entre el andén y el metro, ser víctima de una alucinación premórtem, de un delirio provocado por el aplastamiento general de mis neuronas. Esta habitación, Marylou,

Albert, las enfermeras y yo, ¿no vamos a estallar como una pompa de jabón, a disolvernó en la realidad?

¿O bien estoy en el paraíso?

- Aquel día yo también subí a un taxi que cambió el curso de mi vida - explicó Albert a Marylou-. Pero se lo contaré en otra ocasión.

- El curso de nuestras vidas -subrayé-. ¿Por qué aquel día? Siempre me lo preguntaré.

- Quizá el mundo dé a veces un viraje -comentó Marylou, pensativa-. Está programado de una forma determinada y algo o alguien decide cambiarlo todo en el último minuto. -Se puso la chaqueta-. A Paulo y a mí nos gustaría invitarlo a cenar. Cuando salga de aquí, claro.

Anocheché cuando abandonó la habitación.

La mirada tierna de Albert.

La sed de vivir me hizo un nudo en el estómago.

El tiempo ha refrescado, el otoño toca a su fin. Paulo apura el zumo de naranja.

- No nos quedemos en el balcón -propone Marylou.

Recogemos los vasos y las galletas. Desde que vivimos juntos, me cuesta separarme de ella, incluso para cruzar el salón. Sé muy bien que es una tontería: le he prometido que me esforzaré. Marylou no se enfada conmigo. Sólo me pincha.

- ¡Menos mal que rechacé la oferta de Albert!

Albert propuso que trabajáramos los dos juntos en la Fundación Ingvar, pero ella prefirió colaborar con Tom, que ha creado una nueva empresa con su hijo Nathan. Su próxima producción está inspirada directamente en nuestra historia común.

Paulo me asombra. Es el mejor de su clase en redacción. En geometría, en cambio, a veces le cuesta. Me gustaría ayudarlo, pero dejé los estudios a los catorce años y la geometría nunca fue mi fuerte. Así que de vez en cuando Albert viene a pasar un rato con él. Dibujan inmuebles de formas complicadas. Ríen mucho también.

Mi hermana Gabrielle va a mudarse. Se instalará cerca de nuestra casa justo después de las vacaciones. Se le ocurrió a Marylou. Pasaremos la

Navidad en el norte. En un hotel junto a la playa. Caminaremos por la arena. Iremos descalzos por el agua, y si nos helamos da igual.

Paulo está escribiendo en un extremo de la mesa.

- Oye, Charlie, ¿y piensas en eso cada vez que coges el metro?

- Cada vez, Paulo. ¿Sabes?, lo peor que podría pasarme sería olvidar.

El meneo la cabeza. Marylou viene a sentarse entre nosotros. Reparte besos, en la mejilla de Paulo, en mis labios.

- ¿Y si cambiáramos de tema? -propone-. Necesito que me aconsejéis: sigo sin saber qué ponerme para la boda de Prudence.

La quiero tanto...

Cuando pienso que un minuto antes o un minuto después...

De todos es sabido que un solo hecho, en un solo instante, puede cambiar el curso de una vida. Llámese Dios o dioses -en singular o plural, con minúscula o mayúscula-, azar o divina providencia, parece como si una mano invisible ordenara de forma caprichosa los acontecimientos para regir nuestro destino, y la conciencia de esta vulnerabilidad es el rasgo que nos hace más humanos. Valérie Tong Cuong -autora de sólido prestigio en Francia con seis novelas publicadas en su haber- ha escrito una historia luminosa y cautivadora, con algo de sabor surrealista, sobre unos personajes que, desgastados por la vida, conservan aún una inmensa capacidad para ser felices.

Marylou es madre soltera y abnegada secretaria de dirección. Atrapada en un gran atasco en el centro de París, necesita llegar a tiempo a la oficina para entregar una documentación crucial. *Albert*, de setenta y ocho años, es consciente del poco tiempo que le queda por vivir. Sin embargo, en una visita al notario para atar los cabos de su testamento se le revela el auténtico sentido de su existencia. *Tom*, un influyente productor de cine en la cima de su carrera, está perdidamente enamorado y sufre un inesperado percance callejero. Y *Prudence*, socia en un prestigioso despacho de abogados, vive bajo las limitaciones que su color de piel le impone. O así lo cree ella, hasta que una serie de coincidencias la ayudará a salir de esa prisión invisible.

Así pues, cuatro sucesos fortuitos transformarán las vidas de un puñado de personas cuyos caminos confluyen con precisión milimétrica. El azar -¿o

quizá la divina providencia?- impone su ley entre los habitantes de la gran ciudad, desencadenando un misterioso efecto dominó.

***This file was created
with BookDesigner program
bookdesigner@the-ebook.org
20/08/2010***

OceanofPDF.com